

Radiografía
de chica con
tatuaje



Jordi Sierra i Fabra

Radiografía

de chica con tatuaje

Jordi Sierra i Fabra



El novio de Carla ha sido acusado de asesinato. Todas las pruebas le incriminan, pero ella cree en su inocencia y decide emprender una investigación para dar con el auténtico culpable

Primera edición: Octubre de 2007

Diseño gráfico: Cass

Fotografía de la cubierta: BradXpictures / Quickimage

Corrección: Paulino Rodríguez

Edición: Laia Tresserra

Dirección editorial: Lara Toro

© Jordi Sierra i Fabra, 2007

© La Galera, SAU Editorial, 2007

Josep Pla, 9J - 08019 Barcelona

Depósito legal: B-17.772-2007

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-2698-3

Digitalización y corrección por Antigo.

Uno

Nunca había estado en una cárcel, y hasta el aire era un prisionero más.

—¿Me deja el DNI?

Se lo entregó al funcionario. Lo examinó como si fuera el primero que viese en su vida.

—Su abogado ha concertado esta cita —casi se vio obligada a decir Carla.

—Sí, claro.

Una estupidez. Se calló. Mejor no abrir la boca. El funcionario tomó finalmente nota de su número y le entregó una credencial.

—Póngasela a la vista —le recomendó—. Y siga las instrucciones de los guardias en todo momento.

—De acuerdo, gracias.

Era un hombre de mediana edad. Aun así, su mirada la desnudó. O tal vez fuese por ello, porque allí no se veían mujeres, y menos como ella, ni mayores ni jóvenes, salvo las visitas. Carla se sintió amargada. Las miradas de los hombres mayores siempre la atravesaban. La mayoría de ellos tal vez tuviese hijas de su edad.

—Acompañenle. —El relevo también la trató de usted.

Se movió igual que un autómata. Mejor dicho, la guiaron. Pasó de mano en mano mientras el eco de sus pisadas resonaba por aquellas paredes vacías y desnudas. Cada puerta que se abría lo hacía con estruendo, y al cerrarse expandía el tono metálico de sus goznes y sus hierros por doquier. Sólo faltaba el sonido de las cadenas, como en los viejos chistes en los que se veía a los condenados con ellas y una bola de hierro, para que no escaparan.

Escapar.

Carla quiso hacerlo.

Siguió caminando. Llegar hasta allí no le había sido fácil. Ahora tenía que verlo.

Saber.

—Espere aquí —le dijo el último guardia.

Esperó, nerviosa, con las manos unidas y apretadas al máximo. De pronto tuvo unos incontenibles deseos de orinar, y eso la hizo sentirse más ridícula. Orinar en la cárcel. Ni loca. ¿Y si no había un lugar donde las visitas pudieran hacerlo? Se acercó a la ventana enrejada, para distraerse, y al otro lado descubrió un patio atiborrado de reclusos de todas las edades, pero mayoritariamente jóvenes. Estuvo a punto de soltar un gemido. Se llevó una mano a la boca y lo abortó. Tuvo que mordérsela. Se le antojó un purgatorio, ni siquiera un infierno, sólo un purgatorio repleto de almas perdidas. Hombres que esperaban, hombres que morían un poco día a día.

Nunca como hasta ese momento había valorado más el concepto de libertad.

Y él estaba allí. Carne de presidio.

Escuchó el ruido a su espalda y se volvió. Diego entraba por la otra puerta acompañado del mismo guardia que le había dicho a ella que esperase. Trató de ser fuerte y a duras penas lo consiguió. El aspecto de su novio no era el mejor. No estaba para tirar cohetes. Su estatura, su buena imagen, todo lo que la había enamorado y seducido, quedaba ahora oculto bajo una pátina de oscuridad y depresión. Las bolsas bajo los ojos, un par de kilos menos, el cansancio, el fantasma del miedo...

—Siéntate —le ordenó el guardia.

Curioso. A él lo trataba de tú. Era un reo. A ella, en cambio, de usted.

Y se dio cuenta de que allí, su cabello rubio, su esbeltez, su sensualidad, incluso la misma ropa con la que se había vestido para que él la viera guapa, eran como una burla. Un cisne entre cucarachas.

No dijo nada. Esperó.

Sólo sostuvo la mirada de Diego.

Parecían haber pasado mil años.

—Señorita. —El guardia le mostró a ella su silla, al otro lado de la mesita que iba a separarlos. El tiempo ya corría en su contra, así que lo obedeció.

No supo si podía cogerle las manos. Ella las dejó sobre la mesa.

Diego sí lo hizo.

Se estremeció.

—Carla...

—Hola. —Se sintió muy cansada.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Se encogió de hombros.

—Gracias por venir.

—¿Por qué me das las gracias?

—No sabía si querías. Le dije a mi abogado que necesitaba verte por encima de todo. Sólo a ti.

—Ya estoy aquí.

—Carla, escúchame. —Bajó la cabeza, buscó las palabras. Tenía mucha labia, sabía hablar, embaucar, formaba parte de su encanto. Pero allí era otro. Allí era un cuerpo más, con la mente desnuda—. Quería que me miraras a los ojos... ¿Sabes? Quiero decir que...

Le apretó tanto las manos que le hizo daño.

Ella las miró. Los dos tenían las manos bonitas.

—¿Lo hiciste? —le preguntó con un nudo en la garganta.

—¡No!

Más que una respuesta fue un salto, un alarido desesperado surgido de lo más profundo de su ser. El tapón que liberó su rabiosa espuma.

—Vale —suspiró Carla.

—¡Tienes que creerme! Si no me crees tú, ¿quién lo hará? ¡Los demás me dan igual, tú no! —Tragó saliva y se aferró más a ella—. ¡Soy un imbécil, lo sé, y no te merezco! ¡Mierda, eso también lo sé! ¡Lo único bueno que tengo eres tú y no quiero perderte! Si no confías en mí, no me queda nada, ¡nada!

—Siempre es igual, Diego —su voz sonó muy débil—, Cada vez me dices lo mismo, y ahora...

Se dio cuenta de que había dicho siempre, y sólo llevaban un año.

Siempre.

—Es la verdad —jadeó él, quebrándose a la velocidad de la luz—. Más que nunca, es la verdad, mi amor. Yo no lo hice. ¿Piensas que puedo matar a alguien, y menos a...?

No pudo decirlo.

—Llevo todos estos días en estado de choque —musitó ella—, debatiéndome entre lo que quiero creer y lo que todos dicen, entre lo que sé y lo que no sé. Ahora mismo te miro y...

—Créeme.

—Los periódicos dicen que ella tenía tu semen.

Diego apretó las mandíbulas y cerró los ojos.

—¿La violaste pero no la mataste?

—¡No la violé! —reaccionó con tanta furia que Carla dio un respingo—. ¡Lo hicimos, sí, pero no la violé y mucho menos la maté!

La atravesó el dolor. De lado a lado, de arriba abajo. El dolor invisible del alma al resquebrajarse. La sensación le llegó al estómago, a los pulmones, a la mente. El estómago se le descompuso de golpe, los pulmones se quedaron sin

aire, la mente se puso a dar alaridos en silencio.

Despacio, muy despacio, pero con firmeza, retiró sus manos.

Diego trató de retenerlas, pero no pudo.

Carla las escondió bajo la mesa

—Lo siento... —gimió él.

—¿Qué pasó?

—Si hubieras estado conmigo en lugar de estudiando...

—¿Qué pasó?

—¡Nada! ¡Fue una tontería!

Se levantó dispuesta a irse. Diego la atrapó saltando desde el otro lado. El guardia les lanzó una mirada de desconfianza, presto a interrumpir su charla.

—Por favor...

Se sentó de nuevo.

Y lo miró fijamente.

—No sé lo que pasó. —Se reclinó hacia atrás—. Por más que lo intento recordar todo...

—¿Qué tomaste?

—Unas cervezas...

—Diego, la verdad —bufó agotada.

—Un par de pastillas —suspiró.

—Joder, tío...

—Estábamos todos y... ¡Vale, mierda, de acuerdo! ¡La cagué! ¡No me presiones más de lo que ya estoy!

—Sigue.

—Los periódicos...

—Cuéntamelo.

Se resignó por última vez.

—Me fui con Gustín, de marcha. Era nuestro primer aniversario y no quise quedarme en casa. Te lo dije. Te dije que si no salías lo haría yo.

—En plan venganza, para castigarme.

—¡No! —se desesperó—. Pero quería pasarlo bien, eso sí. Gustín y yo nos fuimos de colegas, estuvimos en el bar de Paco, en el Diorama... Allí aparecieron Quique y Nando.

—Los Cuatro Jinetes.

—Bebimos unas cervezas. Las pastillas llegaron después. Fue Nando el que se encontró con ellas, Gabi y Solé. Las conocía de vista. Empezamos a tontear...

—Se mordió el labio inferior—. Una cosa llevó a la otra.

—Acabaste en tu casa, en tu cama, con ella.

—Nos acostamos, nada más —desgranó agotado—. Cuando me desperté, Gabi ya estaba muerta.

—Me juraste que si un día tenías una historia, algo como esto, aunque no me lo dijeras, no correrías riesgos y usarías un condón.

Diego tocó fondo.

Ya no dijo nada.

—¿Y el sida, por Dios? ¿Y si pillabas algo y luego...?

En la calle, y con veinte años, era un hombre. Allí se le antojó un niño.

Muchos decían que ella era más mujer a punto de cumplir los diecisiete que él a su edad.

Carla se levantó de golpe.

La bofetada estalló como un trueno seco. Fue dura, fuerte, rabiosa. Pero la que se echó a llorar después fue ella, antes de derrumbarse en la silla y de que el guardia se acercaba para decirles algo, tal vez que ya era la hora.

Dos

—Intentó no hacer ruido al llegar a casa, pero le fue imposible pasar desapercibida. Herminia se presentó como un obstáculo insalvable en mitad del pasillo.

No tenía escapatoria.

—¿Has ido a verlo? —fue directa su hermana mayor.

—Sí.

—Tienes un valor...

—Por favor, Hermi.

—¿Qué te ha dicho?

Ya había llorado bastante, en la cárcel, y al salir, y de camino a casa, abrazada a sí misma y temblando como una hoja. A veces, lo único que le pedía a la vida era ser como las demás, normal, feliz.

Y no podía.

—Hermi, necesito ir al baño.

—Carla, por Dios. No te lo quedes dentro.

—Para lo que va a servir.

—¡Suéltalo!

—¡Vosotros ya lo habéis condenado, todos!

—Nadie lo ha condenado, eso se lo ha hecho él a sí mismo. —Herminia se cruzó de brazos.

El pasillo era corto, pero a veces parecía muy largo, y cuesta arriba.

—Me ha dicho que él no lo hizo.

Su hermana mayor asimiló la información. El único cambio que se produjo en su expresión fue el leve arqueado de la ceja izquierda.

—¿Le has creído?

—Sí —la desafió.

—¿Y ya está?

—No, no está. No lo hizo él y punto.

—Siento hacer de abogado del diablo... Bueno, no sé si se dice así, pero da igual. ¿El semen fue a parar ahí por casualidad?

—Se acostó con ella.

—Tu novio se acostó con ella —lo repitió en voz alta.

Carla la atravesó con una mirada acerada.

—Sí.

—Pero no la mató.

—No.

—Estaban los dos en casa de él, solos. Llegan, lo hacen, la chica muere apuñalada y él no lo hizo.

Sonaba más espantoso de lo que era.

Aunque, desde hacía rato, lo que más le seguía doliendo era lo relativo al sexo.

—He de ir al baño, por favor —le suplicó a Herminia.

Su hermana la dejó pasar, pero no había terminado. Se dio cuenta de ello cuando vio que se apoyaba en la puerta del cuarto de baño, dispuesta a esperarla. Carla se metió dentro, se bajó los pantalones, las bragas, se sentó en la taza del inodoro y quiso vaciarse tanto como lo estaba haciendo su vejiga. La cabeza le daba vueltas. La visita al centro penitenciario formaba parte de una nebulosa, una más. Desde el momento en que conoció la noticia todo había sido nebulosas que formaban parte de una pesadilla global. Se movía, comía, actuaba igual que una sombra.

Quiso quedarse allí, oculta. Pero aunque tardase una hora en salir, Herminia seguiría afuera.

Su paciencia era parte de su personalidad.

Abrió la puerta tras vestirse de nuevo y lavarse las manos.

—¿Qué? —se enfrentó a ella.

Eran muy distintas, demasiado, tanto de carácter como de aspecto. No parecían hermanas. A veces bromeaban con eso. Una rubia y la otra morena, una guapa y sensual y la otra revestida de discreciones. Pero llevaban la misma sangre, de eso no había duda.

—Carla, tú lo quieres, yo no. Tú estás enamorada o, mejor dicho, ciega, yo no. Quieres creer. Pues cree. Pero eso no va a cambiar ya nada, ¿entiendes?

—Nunca te ha gustado.

—Eso no tiene nada que ver. Sabes lo que pienso de él y punto. Allá tú lo que sientas, aunque me fastidie que pierdas el tiempo con alguien que sabía que acabaría mal y ha acabado mal. Y no creas que me jacto de ello. Ojalá me hubiese equivocado —la advirtió—. Pero eres mi hermana. Mi única hermana, ¿sabes? —los ojos le brillaron peligrosamente—, y esto es diferente. No quiero que te condenes por ello.

Pareció que iba a abrazarla. No lo hizo.

Se quedaron quietas, una frente a la otra, muy juntas pero también separadas por una enorme distancia personal.

—Hazme un favor —dijo Carla—. No le digas a mamá que he ido a verlo a la cárcel, ¿vale?

—Eso es cosa tuya, ya te lo dije.

—Gracias.

El abogado le había dado el recado a Herminia. De no ser por eso, ni ella lo sabría. Carla se apartó de su lado y se dirigió a su habitación. Cambió de idea antes de abrir la puerta. Dentro estaba a salvo, sola, pero el peso de tantas emociones tal vez la aplastase. Vaciló, y justo cuando más estaba dudando sonó el teléfono. Era la que estaba más cerca de la sala, así que fue a por él. Al descolgarlo cerró los ojos, como si de pronto todo fueran malas noticias.

—¿Sí?

—¿Carla? —escuchó la voz de su padre.

—¡Papá! ¿Dónde estás?

—¡Hola, cariño! En Berlín.

—*¡Ya val mein kamaraden!* —dijo imitando un falso acento alemán, feliz por el hecho de poder distenderse unos segundos—. ¿Qué tal el viaje?

—Perfecto, un trayecto muy agradable. Ya sabes que me gusta circular por Centroeuropa. Nada que ver con la de animales que hay en nuestras carreteras.

Herminia asomó la cabeza por la puerta de la sala.

—¿Está bien? —le susurró a su hermana.

—Hermi me pregunta si estás bien.

—Como siempre. ¿Está tu madre?

—Aún no ha llegado.

—Vaya —se escuchó el chasquido de su lengua al otro lado del hilo telefónico—. Bueno, dile que me han salido dos cargas más, que haré un par de paradas y que cuando llegue a España he de pasar por Bilbao y ya está.

—¿Tardarás mucho?

—Dos o tres días, mujer.

Herminia ya se había retirado. Carla era la pequeña, siempre lo sería. Y la niña de sus ojos. La relación entre ellos, padre e hija, era más que especial. Todos lo sabían.

También era el único que la apoyaba, hiciera lo que hiciera.

Siempre.

—¿Qué tal Diego?

Esperaba la pregunta, así que se aferró al teléfono para no caerse.

—No lo hizo, papá —susurró sin apenas voz.

El silencio fue muy intenso.

—Me lo ha dicho él, ¿de acuerdo? —lo rompió ella misma.

Otra pausa.

—De acuerdo, cariño —dijo su padre.

Carla lo imaginó al volante de su camión, circulando por una carretera llena de direcciones fantásticas que, un día, ella también recorrería. El mundo tenía que ser mágico. Un lugar enorme y hermoso en el que perderse, mochila al hombro. Siempre había sido su sueño, aunque en el último año, desde su relación con Diego, eso había pasado a un segundo plano. Amor y viajes parecían incompatibles. Y Diego pertenecía al barrio, a su universo, a sus gentes.

A lo mejor hacía alguna escapada con su padre.

Con aquella bestia de veinte metros de largo y una potencia brutal, a la que cuidaba como a una mujer, mimándola, hablándole.

Su padre era un caracol con la casa auestas.

—Un beso, papá —se despidió por si le hablaba con el móvil mientras conducía.

—Te quiero, cielo.

Una vez le había dicho a Diego que un padre era el único hombre en el que una chica podía confiar, y Diego se había echado a reír.

—¡Anda que no hay tíos capullos que violan a sus hijas! —le dijo.

Por la noche había abrazado muy fuerte al suyo, sintiéndose feliz, protegida, afortunada de tenerlo.

Fue la primera vez que escuchó en labios de su novio aquella palabra: violar.

Tres

Desde la detención de Diego, las noches eran una pesadilla.

No sólo por ella, perdida en su habitación, sino por él.

Lo imaginaba indefenso en la cárcel, y todas las películas de presos vistas a lo largo de su vida le pasaban una detrás de otra por la cabeza, a modo de vídeo sin fin. Poco importaba que por lo general fuesen historias muy americanas, de bandas, pandilleros, chicos guapos sodomizados, venganzas o violencia. En España existían otras realidades, las drogas para soportarlo, el sida... La Universidad de la Calle. La graduación del presidio.

Como si Diego no fuese ya un graduado.

Y para ella todo había sido tan rápido...

Poco más de un año antes era una chica normal. Normal dentro de lo que cabía. Demasiado alta para su edad, demasiado guapa para su edad, demasiado mujer para su edad. Siempre demasiado de algo para su edad. Las amigas la envidiaban. Las enemigas la odiaban. En la escuela no había término medio. O era la reina o la más criticada. Y por más que intentaba ser ella misma, sin meterse en problemas, echando una mano a cualquiera, sin dejarse llevar por nada, fracasaba en el empeño porque la realidad siempre la superaba y la desbordaba. Estaba harta de escuchar aquellas frases:

—Tú, con lo guapa que eres, tienes una suerte...

—En la vida todo te vendrá resuelto, tía. Tope fácil. Los tíos babearán por ti.

—Si yo tuviera ese pelo, esos ojos, esos labios y ese cuerpo, de qué iba a estudiar.

Todas lo basaban en lo mismo. La imagen. Al diablo la personalidad, los sentimientos, la inteligencia, sus deseos de hacer algo con su vida. Para sus compañeras era una privilegiada, una candidata al éxito. Pero, ¿qué éxito? Por lo visto pillar a un tío con pasta, o hacer cine, o ser modelo. Lo veían muy sencillo.

Ella no.

Ella era distinta.

De entrada, leía como una esponja. Un libro en un par de días. Absorbía conocimientos de manera mucho más sencilla y directa que estudiando. Muchas se reían de esa pasión, como si leer fuese una estupidez o algo reservado a las feas. Incluso Diego le decía que se le pondría el cerebro del revés de tanto leer, que eso no valía para nada.

Y lo decía él, que no había cogido un libro en su vida, que no tenía apenas idea de nada más allá de su entorno.

¿Por qué se había enamorado de Diego?

Poco más de un año atrás no entendía a las que se liaban tan pronto, a los trece o catorce años. Opinaba que eran unas tontas, unas ingenuas, unas descerebradas que entregaban lo mejor de su adolescencia a cambio de un

estatus, como si tener novio fuese un plus. Repetía que el amor llegaba cuando llegaba, sin forzarlo, y que era más natural a los diecisiete, los dieciocho, los diecinueve...

Quería esperar, estudiar, leer, formarse.

Pero apareció Diego.

Rompedor, guapo, con su labia, su magia y su personalidad. Las feromonas habían hecho el resto. Antes de darse cuenta ya estaba colgada, se besaban por las esquinas y los rincones oscuros, se abrazaban, se deseaban y se necesitaban. Una extraña reacción química. Los propios amigos de Diego, en especial Gustín, su inseparable Gustín, le decían que estaba loco, que no se liara con «una cría».

—¡Está buena, sí, de puta madre, pero es una pava! ¡Quince años!

—Va a cumplir dieciséis.

—¡Como si son más! ¡Con la de flores que hay en el campo!

Diego y ella. Carla y Diego. Y un año vivido a tope, con la intensidad de un vértigo que la había desarbolado. De niña a mujer en un abrir y cerrar de ojos, porque con él había dado también el salto cualitativo que le faltaba. Ya no sólo era la chica más guapa y *sexy* del colegio o del barrio. Era la novia de Diego.

Ya no se sentía adolescente.

Pero ¿cuándo había sido adolescente?

Se miró en el espejo. Era quien más y mejor conocía sus cambios. El espejo. Su alma. Muy despacio se quitó la camiseta. El tatuaje apareció allí, en mitad de su cuerpo, envolviendo al ombligo. Antes siempre lo llevaba al aire, le gustaba, presumía de ombligo perfecto. Y Diego lo adoraba, lo mismo que sus manos y sus pies. Pero hacía quince días, aquella noche absurda, se hizo el tatuaje, sin decir nada en casa. Desde entonces ya no enseñaba el ombligo, lo tapaba. Adiós a los tops. Al menos hasta que no lo contara y lo enseñara.

Y le daba miedo.

Su madre no dejaba de repetir que era una moda absurda y peligrosa. Decía que marcarse de por vida era una necedad.

—Como si fueran vacas —se burlaba.

Pensó en hacerse uno en la espalda, un pequeño dragón, o una rosa. Pero quería vérselo, no que se lo vieran los demás. Por la misma razón renunció al que más le gustaba: un hada. Una gigantesca hada en mitad de su espalda, con las alas extendidas por encima de los omoplatos. En la parte inferior del cuerpo, menos. Muchas llevaban las bragas superbajas para que se les viera el tatuaje, cerca de la ingle. Tampoco en el pecho, o en un tobillo. Así que se lo hizo en el ombligo, lo mismo que Diego, envolviéndolo. Un dragón alado.

Una locura.

Precioso, pero una locura.

Ahora temía que su madre se lo viese, y temía contárselo.

Estaba atrapada.

Carla se pasó la mano por encima, introdujo el dedo en el orificio de su ombligo. Lo tenía muy sensible.

Como los pezones. Era extraordinario. Un ombligo que era como un nervio al desnudo. Toda ella, en ocasiones, lo era. Tan sensible que se estremecía con sólo un roce. Sensible y emotiva.

Se quitó los sujetadores, los pantalones, la última prenda.

¿Cuántas veces se había odiado a sí misma? ¿Cuántas?

Sólo por ser hermosa.

¿Bendición o castigo?

En los últimos tres o cuatro años solía pasar de un estado a otro, de la fiereza y la determinación a la tristeza y la depresión. Unas veces se sentía feliz y a gusto, satisfecha de no parecerse a nadie, ser única. Por lo general, quería ser diferente, odiaba la mediocridad y la vulgaridad. Pero en otras ocasiones lo que más deseaba era desvanecerse, pertenecer a la masa, renunciar a su

personalidad y ser como las demás.

¿Y cómo eran «las demás»?

Su cuerpo cambiaba aún más rápido que su mente. Dijeran lo que dijeran, se veía las caderas anchas, las piernas demasiado recias, le sobraban dos o tres kilos, y el pecho...

Nunca estaba segura de si tenía el justo o era insuficiente.

Para Diego era perfecta.

Su cabello rubio, sus ojos grises de mirada cálida e intensa, sus labios carnosos y sensuales, el óvalo de su rostro simétrico y perfecto. Todos decían que eso daba morbo.

Odiaba esa palabra: morbo.

La forma en que la miraban los hombres, todos, era morbosa.

—Eres la mujer más guapa que jamás he conocido —le dijo Diego aquella primera noche.

Mujer.

—Gracias por lo de mujer.

—¿No lo eres?

—Voy a cumplir dieciséis.

No la creyó. Tuvo que demostrárselo. Y aun así, cayó, como había caído ella. El primer amor, y posiblemente algo más que fuerte.

Demoleedor.

Iba a ponerse el pijama cuando la sobresaltó el zumbido de su móvil. No era una llamada, era un SMS. Tomó el aparato con urgencia y leyó el comunicado. Sucinto:

«¿Ns vms n azta?»

Lo respondió con la habilidad de su mucha práctica. Rápido y simple:

«S»

Volvió a vestirse, con la misma ropa excepto las braguitas. Se puso unas limpias. No soportaba nada sucio, ni usado, ni húmedo. Cuando recompuso su indumentaria, se arregló el pelo, no por coquetería, sólo por inercia. Después salió de su habitación sin hacer ruido, de puntillas. Creía que tanto su madre como su hermana estarían ya durmiendo y se equivocó. Al pasar por delante de la habitación de matrimonio, lo que escuchó la dejó tan perpleja como anonadada.

Su madre lloraba.

De forma queda, ahogada, pero con un sentimiento tan intenso...

Estuvo a punto de detenerse y entrar.

No lo hizo. Se mordió el labio inferior, se llenó los pulmones de aire y decidió seguir su camino. Lo de Diego era demasiado fuerte, y si a ello unía los problemas de sus padres... Aquellas últimas semanas habían sido más y más inquietantes. Algo sucedía. Algo muy triste se había instalado en sus mentes y en sus corazones. Pero no quería meterse de cabeza en ello. Estaba Diego. Sus padres tenían su propia vida.

Eso no significaba que no le afectase a ella.

De lleno.

Un camionero yendo de aquí para allá, siempre fuera de casa. Una mujer que trabajaba haciendo lo más insignificante para no quedarse en la suya, aburrida y vacía.

Demasiados silencios para no escuchar aquella tormenta.

Si es que era una tormenta.

Carla no se atrevió a salir por la puerta. Demasiado ruido, por imperceptible que fuese, y más estando su madre despierta. Se dirigió al patio e hizo lo que solía hacer siempre que se escapaba de casa sin que la vieran: saltar de él a la

calle y volver a entrar en el edificio por el portal.

Subió a la azotea en el ascensor.

Gonzalo ya estaba allí.

Cuatro

Gonzalo era su amigo. Su único amigo.

Tenían la misma edad, dos meses de diferencia en favor de él. Eso lo hacía «mayor». Un grado. Al comienzo, cuando tenían seis, siete u ocho años y jugaban a médicos o a matrimonios, había estado enamorado de ella. Fue el primero que la vio desnuda y que la tocó. Y el suyo había sido el primer y único cuerpo que ella había visto y tocado antes de aparecer Diego. Pero de todo aquello ya no quedaba nada salvo el cariño y la confianza que se tenían. No valía la pena disimular. No hablaban del pasado. Vivían en otro mundo muy distante de aquel que conocieron siendo niños, como si se tratase de dos personas completamente distintas. Para Carla era un hermano mayor, aunque de aspecto pareciera más pequeño. Para Gonzalo, un misterio que a veces le llenaba de asombro. Ella había cambiado mucho en dos años. Él empezaba ahora.

En ocasiones, sin embargo, aún se preguntaba si Gonzalo pudiera amarla en secreto, disimulando para no perderla, prefiriendo ser su amigo y estar cerca que confesarle su amor y encontrarse solo porque ella, entonces, tal vez lo rehuyese.

Esa noche, bajo las estrellas, sensibilizada por la visita a la cárcel, se lo preguntó más que nunca.

Hubiera deseado que él la abrazara.

—Hola —lo saludó.

—Hola.

Se sentó a su lado, en el suelo, apoyando la espalda en el muro que separaba su edificio del contiguo. Solían verse allí siempre. Era su mundo. Su espacio privado, y más ahora, en el comienzo del verano, sin tener que madrugar ya para ir al instituto. Podían tirarse horas hablando, o sin hablar. Sólo por estar allí. A veces él subía un reproductor de CD y oían música a través de los auriculares.

Noches de paz.

Aunque con Diego cada vez fuesen menos. Estudiar, leer, verlo...

—¿Has ido? —le preguntó Gonzalo por fin, incapaz de resistir más su silencio.

—Sí.

—¿Y qué?

—Deprimente.

—Lo imagino. ¿Qué te ha dicho?

—Que no lo hizo.

Gonzalo la miró de soslayo, y ella se dejó observar. No movió la cabeza. No hizo ningún gesto. Nada. Una esfinge en la penumbra de la noche, iluminada en blanco y negro por la luna que paso a paso perdía su plenitud.

—Entonces lo tiene mal —suspiró su vecino.

Ninguna duda. Ninguna pregunta de más. Ningún «¿Lo crees?» o «Las pruebas dicen lo contrario.» Así era Gonzalo. Y por eso estaba allí, con él.

—La policía ha cerrado el caso —bajó la cabeza.

—Así que alguien se la jugó.

—Y pagará por ello.

—Dios...

Carla buscó el contacto. Necesitaba un calor humano. Abandonó su posición, con la espalda apoyada en el muro, y se tendió en el suelo, dejando reposar la cabeza sobre el regazo de su amigo. Gonzalo se acomodó y la acomodó. Le puso la mano derecha sobre las suyas porque no tenía otro sitio donde dejarla. Con la izquierda le apartó el cabello de la cara.

Los ojos grises de Carla eran dos lagos pálidos.

—No paro de decírmelo y repetírmelo —suspiró la muchacha—. Si esa noche hubiera estado con él...

—Te examinabas al día siguiente.

—Era nuestro primer aniversario.

—No te castigues, ¿quieres? Hiciste lo que debías. Él no.

El primer reproche. El único.

—Hubiera bastado con una hora, salir, tomar algo...

—Tus padres no te dejan volver después de las dos de la madrugada. Diego hubiera seguido la juega. ¿Quién te dice que no habría acabado igual?

—Me necesitaba.

—¿Por qué?

—Por lo de sus padres.

—¿Sigue el follón?

—Sí. Y lo lleva mal. Su padre está muy desquiciado.

—Medio mundo se separa —reflexionó Gonzalo.

Carla pensó en los suyos.

—Lo sé.

Guardaron silencio por espacio de unos segundos. Diez, veinte. Gonzalo le acarició la mejilla. Era su gesto más íntimo. Y tenía las manos muy suaves.

—Diego ha tenido mala suerte, siempre —susurró Carla.

No hubo respuesta.

—Como si estuviera gafado, ¿entiendes? —continuó ella—. Sus otras dos detenciones fueron tan... No sé, absurdas. En el fondo es un inocentón. Va de listillo, de guaperas, se cree que lo sabe todo... Y ya ves. Cuando se reparten bofetadas, su cara es la primera que pasa por allí.

—Muy gráfica —se burló Gonzalo.

—¿No crees que hay gente así?

—Yo siempre he dicho que cada cuál se lleva lo suyo.

Lo miró con dolor.

—No es cierto —musitó—. A muchas personas todo les viene de cara, pero a él...

—¿No me has dicho a veces que es supersticioso?

—Sí.

—Entonces no le digas que está gafado, porque si encima se lo cree va a tenerlo mal.

Otra pausa, más larga. Casi un minuto. En algún lugar y pese a la hora, un coche hizo sonar el claxon con impertinencia. Se escuchó una voz lejana y, luego, de nuevo el silencio.

—Lo encerrarán sin darle la menor oportunidad —se abrasó con esta idea.

—Habrá un juicio —dijo él.

—¿Crees que esto es como una película americana, en la que aparecerá un

abogado justiciero que demostrará su inocencia y, encima, descubrirá al verdadero asesino?

—No, pero si ese abogado es bueno tal vez logre convencer al juez, o al jurado, establecer una duda razonable. O como se diga en España. No la conocía de nada, no tenía por qué matarla, y no pienso que Diego sea de los que tenga que violar para acostarse con una chica.

Se arrepintió de lo que acababa de decir, pero ya era tarde. La trampa de las palabras.

Carla sintió el chisporroteo de sus ojos. La luna se le veló, convirtiéndose en un centello brillante que pobló de luces su visión. Un calidoscopio natural.

—Gonzalo.

—¿Qué?

—Dime lo que piensas.

—¿Para qué?

—Necesito oírlo.

—No.

—¿Tan duro es?

—No, pero ya tienes bastante con los demás.

—Lo que digan los demás no me importa. Lo que digas tú sí.

—¿Y qué quieres que te diga yo?

—Estaba con otra. Eso no ha podido negármelo. Con otra en su casa, en su cama, y lo hizo con ella, por eso tenía su semen dentro.

—Si ya había hecho el amor, ¿para qué matarla?.

—Lo hiciera o no... se acostó con una desconocida, en nuestra noche.

La mano de Gonzalo ya no se movía. La miró hasta llenarse de su dolor, y

entonces sí, la deslizó hasta acariciarle el pelo. Fue un diálogo mudo, más intenso que otro expresado con palabras. Las dos lágrimas cayeron a ambos lados del rostro de Carla. Le secó una con el pulgar.

Sólo una.

—¿Qué es lo que más te duele —quiso saber él—, que se acostara con otra o que le acusen de asesinato?

—No lo sé.

—Carla...

—No lo sé, Gonzalo. No lo sé —el torrente fue imparable. Ya no hubo forma de detenerlo.

Luego ella se incorporó un poco, lo justo para que él la abrazara fuerte, muy fuerte, apretándola con toda su energía adolescente y su calor de amigo.

Cinco

Gustín era su apodo. No lo tenía porque sí. Su verdadero nombre era Agustín. Bastaba con quitarle una letra al nombre de una persona para retratarla, en lo bueno o en lo malo.

Carla lo despreciaba.

O quizás la palabra más exacta fuese odio.

Nunca había odiado a nadie, al menos lo suficiente como para que ese sentimiento la ahogara o la sepultara bajo la losa de su peso infinito. Pero en el caso de Gustín había mucho de ello. Era el mejor amigo de Diego. Los inseparables... hasta que ella apareció y él se enamoró. Durante un año, Diego no había dejado de moverse entre dos aguas, a caballo de la amistad de Gustín y ese amor capaz de volverle el cerebro del revés.

Para ella, él era la peor influencia de Diego.

Para él, ella era la culpable de que Diego ya no fuese el mismo.

Se toleraban, mantenían las distancias, pero la guerra no había decrecido en ningún momento, y lo sabían. A Carla le constaba que Gustín le comía el tarro a Diego cada vez que estaban solos. «Esa cría», «Acabarás mal, tío», «Esa se queda preñada y tú a tragar, porque es de las que se empeña en pillarte y te pilla, y se empeña en joderte y te jode», «Está buena, vale, pero no es la única», «Las tías pasan, pero los colegas quedan», «De vez en cuando ponla en su sitio, que no se olvide de quien manda», «Mucha carita de ángel y mucho cuerpo, pero es como todas.» Y a Gustín le constaba que ella hacía lo mismo. «No es tu mejor amigo, es un jeta, siempre tendrá problemas, y te arrastrará a ti», «Está celoso, ¿es que no lo ves? Él nunca tendrá algo tan bonito como lo que tenemos nosotros», «Siempre está metiéndose porquerías, y bebiendo. Tú no puedes acabar así»...

Diego en medio. Contemporizaba. Carla sabía que la defendía de los ataques de Gustín, de la misma forma que defendía a Gustín de sus ataques. En el fondo, y en ese sentido, Diego era la inocencia. Quería a su amigo. La quería a ella. Su amigo era un santo. Ella, su amor.

Punto.

Sólo que las cosas no eran tan simples.

Carla vaciló por última vez. Necesitaba hacerlo, pero sabía que podía resultar nefasto, una prueba de resistencia. Con Diego en la cárcel, Gustín no iba a ponérselo fácil. Ya no había necesidad de disimular.

—Gustín—lo llamó.

El muchacho se detuvo. Llevando el guardapolvos del supermercado no parecía ni tan alto ni tan resuelto ni tan duro ni tan nada. No era más que eso: un chico que trabajaba en un súper, repartiendo cajas de comida a las señoras del barrio, sonriéndoles para que soltaran una buena propina, inundándolas de lisonjas para hacerlas sentir mejor. Era un maestro en eso.

—¿Qué quieres?—la recibió con hostilidad.

Carla tuvo deseos de abofetearlo.

—Borde como siempre, y ahora sin máscaras —movió la cabeza de un lado para otro, sintiéndose tan rabiosa como impotente.

—Anda y que te den, nena.

—He venido a hablar contigo —resistió el primer insulto.

—Tengo trabajo —fue escueto.

Continuó cargando las cajas que iba a llevar.

—Te digo que he de hablar contigo, y no voy a marcharme.

—¿De qué?

—Ya lo sabes.

—¿Te refieres a Diego? ¿Al tipo que jodiste?

—¿Yo?

—Era un tío sano antes de conocerte.

—¿Sano para qué, para emborracharse, tomar pastillas y ligar? ¿Para eso?

—Déjame en paz, Carlita.

—Me da igual —se abrazó a sí misma—. Ahora ya no se trata ni de ti ni de mí, sino de él. Puede que nos necesitemos.

—¿Tú y yo? ¿Qué pasa, que con él fuera de circulación vas a por mí?

Pasó de su comentario machista y grosero. Se centró en lo que había ido a buscar.

Información.

—Fui a verlo.

Consiguió su propósito. Gustín dejó de cargar las cajas en la carretilla.

Frunció el ceño y la atravesó con la mirada. No era guapo, pero tenía éxito. A la sombra de Diego, pero éxito al fin y al cabo. Y era casi un año mayor que su novio.

—¿Cuándo fuiste a verlo?

—Ayer.

—¿Cómo es posible...?

—Se lo pidió a su abogado, y él hizo los trámites. Quería verme.

—¿Cómo está?

—¿Cómo quieres que esté? Mal, fatal.

—Mierda... —el muchacho cerró los puños y bajó la guardia.

—Me dijo que él no lo hizo —se lo soltó Carla.

—¡Pues claro que no lo hizo! —saltó Gustín.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Coño, Diego no tenía por qué violar a ninguna tía! ¡Se lo ha montado con quien ha querido, siempre!

—¿Y matarla? —trató de que las palabras de Gustín no le hicieran daño.

—Eso menos. Es más inocente...

—¿Qué pasó?

—Y yo qué sé.

—Tú estabas allí.

—¿Dónde?

—Antes de que se fueran a casa de él a montárselo.

El amigo de Diego sostuvo su mirada. Más que dura, estaba llena de

desprecio. La consideraba «una cría». Así de sencillo. Si hubiera tenido dieciocho o diecinueve años, ningún problema. Pero la conoció con quince. Al diablo que fuese a cumplir dieciséis en dos semanas. Tenía quince.

—¿Qué te contó? —preguntó con sequedad.

—Lo sé todo, incluso que se acostó con ella.

—¿Te lo dijo él?

—Eso no hacía falta, porque lo han dicho los periódicos. El semen de uno no va a parar a donde fue a parar por arte de magia. Pero sí, me lo dijo él.

—¿Y no estás cabreada?

—Eso es cosa mía.

—Lo estás —sonrió con superioridad.

—Si sale, lo mato y en paz —dijo ella—. Pero no se trata de eso.

—¿De qué se trata?

—Si no lo hizo él, ¿quién lo hizo?

Gustín evaluó sus palabras. En sus ojos vio la determinación, el carácter que siempre le negaba. Creía que era un florero, una guapa sin más, una tía a la que le daba por estudiar y leer. Una listilla. El barrio era otra cosa. El barrio era lucha, calle, supervivencia.

—Yo no estaba allí —confesó, rindiéndose.

—Antes sí, con ellos. ¿Qué pasó?

—¿Qué quieres que pasase? ¡Lo de siempre! ¿Para que sale la peña de marcha? ¡Para pasarlo bien!

—¿Qué hicisteis?

—¡Joder, Carla! ¡Bebimos, fumamos, nos pegamos unas risas...!

—¿Tomó muchas pastillas?

—¡Y yo qué sé! ¿Crees que estoy controlando lo que hacen los demás?
¡Bastante tengo con lo mío!

—¡Tú eres el proveedor, Gustín, no me vengas con chorradas! ¡Las pastillas siempre las compras y las traes tú, por eso de que «tienes contactos»!

—¡Carla, no me jodas!

—Diego me dijo que fueron un par —intentó calmarse.

—¡Pues si te lo dijo él ya está!

Iba a marcharse. Ya tenía las cajas en la carretilla. Carla se le puso delante, obstaculizándole el paso. Se había levantado decidida, y nada iba a apartarla de su objetivo. Nada.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

Gustín suspiró. Se le notaba que quería quitársela de encima. Miró hacia la puerta trasera del supermercado, por si aparecía el encargado y le soltaba la bronca.

—En casa de Lucas y Alberto. Estábamos allí y ella iba como una moto.

—¿Y Diego?

—También —volvió a desafiarla con la mirada.

—¿Cuándo se fueron?

—No miré la hora. Estaba muy colocado.

—¿Qué te dijo Diego?

—¡Y yo qué sé! No lo recuerdo.

—Gustín, ¿qué te dijo?

—¡Qué iba a montárselo con ella!, ¿vale? ¡Que se iba a su casa, que estando solo valía la pena aprovecharlo! ¡Lo mismo que lo aprovechabas tú!, ¿no? ¡Pues ya está, Carla, ya está! ¡Tú no estabas con él, era vuestra noche, lo vi

rebotado al máximo, y encima con el marrón de sus padres, por lo menos...! ¿Qué querías, eh? ¡La nena se queda a estudiar y lo deja solo! ¡Oh! —puso cara de afectación y se lo repitió—: ¿qué querías? ¿Lo quieres castrado? ¿Es eso? ¡Vete a la mierda y déjame en paz!

Pasó por su lado empujando la carretilla aunque sin tocarla.

—Ella no se fue con él forzada, ¿verdad?

Gustín volvió la cabeza por última vez.

—¿Esa? —espetó con sarcasmo—. ¡Lo puso a mil! ¡A un millón! ¡La muy...!

Se dio la vuelta con el último brillo de ojos y la dejó sola.

Seis

Lucas y Alberto eran de los pocos que estaban emancipados. Tenían un piso bastante decente por el que pagaban un alquiler más que asequible, aunque la casa se cayera a pedazos, tuviera problemas de todo tipo, como por ejemplo las goteras, y careciera de ascensor. La escalera, lúgubre y con el aroma de mil sofritos pegados a sus paredes, lucía unos viejos escalones combados por el centro. Y mejor no apoyar la mano en la barandilla. Cualquiera podía quedarse pegado a ella.

Pero era un símbolo de independencia.

Carla se cruzó con una vecina. Pese a la falta de luz, se sintió observada de arriba abajo en la penumbra. La mujer correspondió a su saludo, pero con desidia. Se fue escaleras abajo murmurando algo en contra de la juventud actual, el exceso de libertad. En su tiempo...

Le dio por sonreír, de forma cansina.

Y pensó en su tatuaje.

Su primer y único signo de independencia.

¿Qué le diría su madre cuando se lo viera? ¿Qué le diría el día que se marchase de casa, no porque estuviese mal en ella, sino por la propia necesidad de vivir su vida, plantearse las cosas por sí misma, tomar decisiones, sentirse responsable?

¿Y por qué pensaba en eso ahora?

Llamó al timbre de la puerta y esperó. A Lucas y Alberto los conocía de vista, del bar, de charlar un par de veces con ellos. En su casa sólo había estado una vez, tres meses antes. Se habían bajado de Internet una película y montaron un pase para la peña. Una excusa como otra para hacer algo.

Se encontró con Lucas al otro lado. Normal, porque él trabajaba en casa. Era un buen diseñador gráfico.

—¿Carla? —Se quedó muy sorprendido al verla.

—Hola.

—¿Qué...? —reaccionó—. Pasa, pasa.

Cruzó el umbral de la puerta y se dieron dos besos, uno en cada mejilla. Lucas llevaba una camiseta sin mangas, vieja y sucia, y unos pantalones cortos en idéntico estado. Iba descalzo. La casa olía a tigre. Olía a tíos solos, y además fumadores. Se le revolvió un poco el estómago y sintió un atisbo de náusea. Por alguna extraña razón, despreciaba a los fumadores. No los entendía. Consideraba que ya era más un signo de debilidad que otra cosa. Peste, gasto, salud... Diego había dejado de fumar por ella. Una señal. Por lo menos, tabaco.

Besar a fumadores era como besar siempre a la misma persona, sin gusto propio. Cada saliva era distinta, como cada persona. El placer de un beso, del sexo, residía en eso, en la diferencia.

Los cinco sentidos.

—Menuda sorpresa —dijo Lucas.

Se olvidó de sus pensamientos. No tenían nada que ver con la situación, ni con su visita. Sencillamente, evadía su mente. Le pasaba de manera constante desde la detención de Diego. Era como si su cerebro tuviese cien agujeros, como una regadera, y se le escapase todo por ellos.

—No quisiera molestarte —reconoció—. Sé que estás trabajando siempre, y si tienes algo urgente...

—No, tranquila. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —mintió tras reconocer que tenía mucha sed—. Sólo será un minuto.

Lucas no era tonto.

—¿Es sobre... Diego? —quiso saber.

—Sí, claro.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Esa chica y él salieron de aquí. Fuisteis las últimas personas que los vieron. Necesito saber cuál era su estado de ánimo... No sé, detalles.

—Es que había más gente —divagó Lucas—. Yo ni siquiera recuerdo nada.

—Fui a verlo ayer, y me contó cosas. También he hablado con Gustín.

—¿Entonces?

—Quiero entender qué pasó y cómo pasó.

—Aquí no hubo nada. La gente bebía, se lo montaba...

—Diego no lo hizo, Lucas.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí, y le creo.

Les sobrevino un leve silencio. Lucas fue el primero en retirar la mirada. La deslizó por la estancia, como si no quisiera volver a centrar sus ojos en ella.

—No tiene sentido —aseguró Carla.

—Ya lo sé.

—¿Tú lo viste con esa chica?

—Sí, claro. Imposible no verlos —se rindió.

—Cuéntamelo.

—Vamos, Carla.

—Quiero que me lo cuentes.

—¿Con detalles? ¿Hace falta describirlo? —pareció burlarse el dueño del piso—. ¿Eres masoca o qué?

—Va, por favor.

—Ella era una salida, nada más.

—Y encontró a Diego.

—Exacto.

—Todo culpa de ella.

—Tampoco es eso —admitió Lucas—. La chica estaba como un tren, la verdad. Un tren muy y muy pasado de vueltas.

—¿Llegaron ya colocados?

—Del todo. Montaron un número considerable.

—¿Cómo de considerable?

El nuevo silencio fue más ominoso. Lucas se acercó a la ventana abierta y se acodó en ella. Buscaba un poco de aire, inexistente en un día de comienzos de verano, abrasador. Carla se puso a su lado, sin perderle de vista.

—Lucas, ya sé cómo y por qué se acostó con ella. Ahora necesito descubrir por qué no pudo matarla. ¿A ti te pareció que era de las que se echan atrás en

el último instante?

—¿Esa? No. Le daba toda la marcha del mundo. Provocación pura. Lo puso a mil.

—A Diego le cuesta poco ponerse a mil. Y a diez mil. Sobre todo cuando va colocado, maldita sea —suspiró Carla.

—Yo creía que lo había dejado. Por ti.

Por ella.

Era el momento más inesperado, y creía sentirse fuerte y segura, pero se le llenaron los ojos de lágrimas. Después de todo no había sido lo suficiente buena como para conseguirlo. Había bastado un día, una noche sin su presencia, para que él volviera a las andadas, para que Gustín lo arrastrara a su terreno, para mostrar todas sus debilidades.

Lucas le cogió la mano.

—Escucha, Carla —su voz fue pausada—. Fue... espectacular, ¿entiendes? Se morrearon, se magrearon... —No pudo resistir su mirada—. Joder, ¿qué más quieres que te diga? Todo eran manos y feromonas y testosterona y lo que sea que salta en esos momentos. ¿Es eso lo que quieres oír?

—Si quiero ayudarlo, sí.

—¿Cómo vas a ayudarlo?

—Descubriendo la verdad.

—Pues entonces no sé qué decirte, porque no hay más. Alberto les dijo que se fueran al cuarto, porque nos estaban poniendo los dientes largos a todos, a qué negarlo, pero Diego dijo que no, que éramos capaces de entrar a la mitad y fastidiárselo. Por eso se fue a su casa.

—¿Y su amiga?

—¿Quién?

—Aquí no vino ninguna amiga —manifestó Lucas—. Llegaron solos, Gustín,

Diego y ella.

No supo qué significaba eso.

Pero la última pregunta murió en sus labios sin llegar a ser formulada.

Siete

Utilizó su móvil nada más salir a la calle, sin dar siquiera un paso. Esperó una respuesta procedente del otro lado. Pero no llegó.

Desconectado.

Gustín debía de estar en pleno reparto.

Se resignó, lo guardó y echó a andar hacia su izquierda, orientándose por el dédalo de callejuelas del barrio. Cuando consiguió salir a una avenida reconocible, continuó caminando a buen paso, decidida. Intentaba no pensar, pero le era difícil.

Veía a Diego, su Diego, con aquella chica, la tal Gabi.

«Se morrearon, se magrearon...», escuchó la voz de Lucas en su cabeza.

Apretó los puños.

El Diorama era un bar como tantos, pero a su favor tenía dos cosas: una situación envidiable, en la placita, con una amplia terraza llena de mesas que, por lo general, por las noches mostraban el más saturado de los *overbookings*; y unos precios más asequibles que en otros lugares para todo lo que fuera comida, desde bocadillos a tapas o montaditos. Su aspecto cutre, antiguo, ayudaba a que la flora y la fauna de sus parroquianos se desmarcase también de los asiduos a otros bares más fríos, de diseño, o simplemente más recientes.

Carla se sentó en la barra. No había mucha gente por la mañana. Los primeros

vermuts se mezclaban con las últimas cervezas, rescoldos de los desayunos tardíos. Escrutó el panorama y resistió las miradas de los dos hombres que la flanqueaban, una de ellas insistente y desnuda. Estaba acostumbrada, pero de vez en cuando aún se sentía molesta, agotada por parecer indiferente. Inclino la cabeza hacia adelante y su cabello cayó un poco a ambos lados, protegiéndola.

Ya no esperó mucho más.

Llamó al camarero, y cuando éste se detuvo al otro lado de la barra, ella se acercó para hablarle.

—Me llamo Carla —se presentó—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

El camarero también la había estado mirando, aunque, más acostumbrado a ver clientes de todo tipo, la suya había sido una mirada ocasional. Tendría unos veintitantos, el rostro picoteado por los restos de una epidemia de granos, la nariz prominente y los ojos vivos. Se le avivaron todavía más al asentir.

—Yo soy Nacho.

—Nacho —no sabía si era mejor dar un rodeo o ir de cara y optó por ir de cara—. ¿Estabas aquí la noche que mataron a esa chica, Gabi, de la que hablan los periódicos?

—No —se mostró un poco esquivo, situándose a la defensiva—. Yo tengo el turno de mañana y tarde.

—Necesito hablar con alguien que la hubiese visto, a ella y... al chico ese.

—¿El hijoputa que la mató?

Tragó saliva.

—Aún no está claro que lo hiciera.

Nacho la miró unos segundos. Luego se encogió de hombros. La magia desaparecía rápido. Otro parroquiano lo llamaba con la mano para pedirle una nueva consumición.

—Fernando sí trabajó esa noche —señaló en dirección al camarero que en

este momento atendía a las mesas de la terraza—. Habla con él.

—Gracias. ¿Qué te debo?

Pagó su consumición y salió afuera. Dada la hora, Fernando no estaba lo que se dice agobiado de trabajo. Esperó a que cobrara el importe a una pareja de turistas escandalosamente vestidos y se aproximó a él cuando vio que se detenía muy cerca de ella oteando el panorama exterior.

—¿Fernando?

Era diferente de Nacho. Más alto, más recio, más incisivo. Por debajo de la camisa blanca se intuían unos músculos cuidados. Por debajo de la mirada se adivinaba el perfil del seductor. Ser camarero era un escaparate. La miró de arriba abajo, sin disimulo, y esbozó una media sonrisa que tanto podía ser de curiosidad como de suficiencia.

—¿Sí?

—Me llamo Carla. ¿Tienes un minuto?

—Tengo los que quieras —hizo un gesto en dirección a la terraza—. Mientras no me llame uno de esos.

Carla no le dio la menor concesión.

—Soy la novia de Diego.

No tuvo que decirle más, ni el apellido ni nada relativo a la noche. Aquella noche. La policía debía de haber hecho su trabajo. Los periódicos el resto. Diego era Diego. La cara de Fernando sufrió una metamorfosis. Primero, el parpadeo; después, la perplejidad, y, finalmente, la ceniza.

—Lo siento —expresó lo primero que se le ocurrió, igual que quien da el pésame en un entierro.

—Yo también.

La pausa fue muy breve. Los ojos de Carla se estrellaron en los del camarero. Los de Fernando naufragaron en los de ella. Una barca a la deriva, sin timón, bajo la calma de unas aguas procelosas.

—Quería hacerte unas preguntas.

—¿A mí?

—Por favor...

—No sé qué puedo decirte yo.

—¿Qué recuerdas de esa noche?

—Nada, ¿qué quieres que recuerde? El bar estaba lleno, a tope, con gente de pie por todas partes. Bastante trabajo tenía yo con ir de aquí para allá.

—¿Te fijaste en ellos?

—Mujer, eso sí.

—¿Los conocías?

—De vista. Sobre todo a Gustín. A él sí.

—¿Y a las chicas?

—¿Gabi y Solé? También. Venían a veces.

—¿Hablabas con ellas?

—Bueno... —soltó un bufido al aire—, eran de las que no pasan desapercibidas. Sobre todo Gabi.

—De rompe y rasga.

—Sí. Aunque estaba tan loca como buena.

—¿Y su amiga?

—Más normal, ya sabes, de esas que van un poco a la sombra de la que manda. Aquí la que se lo montaba era Gabi, y lo que sobraba...

—¿Solé se llevaba las migajas?

—Puede decirse así.

—¿Y eran amigas?

—Inseparables.

—¿Viste cómo empezaban a hablar?

—No. De pronto estaban los seis juntos, las dos y ellos cuatro. Es todo lo que puedo decirte. Ni oí de qué hablaban, aunque se rieron mucho y fuerte, ni sé nada más, porque se marcharon al poco.

Un hombre que llevaba el periódico bajo el brazo ocupó una de las mesas libres. Se arrellanó en la silla de plástico y lo extendió ante sí. No lo buscó, ni le llamó. Fernando tampoco se lo tomó con prisas.

—¿Sabes dónde vive Solé?

—No, ni idea.

—¿Alguien que pueda decírmelo?

Hizo memoria menos de dos segundos. El hombre movió la cabeza buscándolo.

—Al final de esa calle, a unos cien metros, en la tintorería —indicó el camarero—. A uno de los que trabaja ahí lo había visto algunas veces por aquí con Gabi. Puede que él lo sepa.

—¿Cómo se llama?

—Ni idea, pero es un guaperas. No tienes pérdida.

El hombre del periódico lo llamó.

—¡Camarero!

—¡Voy! —se puso en movimiento.

—Gracias —le dijo Carla.

Eso le hizo detenerse. Por primera vez le dirigió una mirada de simpatía, revestida con una sonrisa amigable y dulce.

—Suerte —le deseó.

Ocho

El guaperas de la tintorería era uno de los dos dependientes que atendían en el mostrador. Y, desde luego, Fernando no se había equivocado. Era un chico de molde único, entre los veinte y los veintidós, cabello perfecto, color caoba, con leves ondas, nariz recta, labios muy marcados, ojos azules, mandíbula cuadrada con un ligero orificio en la barbilla, cuerpo atlético y cutis bronceado, a pesar de que el verano no había hecho más que empezar. Lo primero que pensó fue que no le gustaba, para nada. Pero de haberse topado con él en una fiesta, un bar o una discoteca, lo más seguro fuera que sus amigas le dijeran que era «el chico perfecto» para ella, como si los guapos tuvieran que ir con las guapas y los altos con las altas.

Estaba tan harta de esas cosas...

El guaperas ni se movió, aunque le clavó los ojos hasta el tuétano. El otro muchacho, en cambio, se abalanzó sobre el mostrador para tomarle la delantera.

—¡Hola! —la saludó con excesiva euforia.

Carla no tuvo más remedio que volver a colocarle los pies en el suelo.

—Quiero hablar con él, perdona.

El conocido de Gabi mantuvo la calma. Su compañero movió la cabeza lo justo para enfocarlo con la mirada. La resignación fue más que palpable. No hubo ninguna otra palabra cruzada entre ellos. Uno se apartó y el otro cubrió la breve distancia que lo separaba de la recién llegada. No era una cliente. Lo sabían.

—Me llamo Carla —no le tendió la mano. No hubo ningún gesto—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—¿De qué?

—De Gabi.

Fue un disparo. Seco. Penetró por sus ojos y llegó hasta el centro de su cerebro. Allá se convirtió en una especie de silencioso castillo de fuegos artificiales. Sólo lo traicionó el leve titilar de sus pupilas.

—¿Para qué? —logró preguntar.

—Es importante.

—¿Importante para quién?

—Para mí. Por favor.

Se rindió, por curiosidad o porque no tenía otro remedio. Estaban solos los tres y la tintorería parecía el último lugar habitado del mundo. El guaperas, de todas formas, no quiso hacerlo allí, en presencia de su compañero. Serio, grave, salió de detrás del mostrador y le indicó la puerta de la calle.

Los dos la cruzaron y regresaron al calor exterior.

—¿Quién eres? —fue su primera pregunta.

—Me llamo Carla. Soy la novia del que acusan de haberla matado.

La misma reacción que los demás, o quizás agravada por un resorte muy oculto, agazapado, que trataba de mantener en su interior. Carla comprendió de pronto que el chico que tenía delante debía haber sido algo más que un amigo para la muerta.

Necesitaba actuar con tacto, y no sabía cómo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó él.

—No lo sé —sentía la cabeza del revés, de pronto. Y se había quedado en blanco.

—Entonces...

—Me han dicho que tú eras amigo de Gabi —lo probó.

—Fuimos más que amigos —se lo certificó él sin ambages—. Fuimos novios.

—No lo sabía. Lo siento.

—Lo dejamos hace un mes.

—Aun así...

—La quería.

No se cortaba. Hablaba con seguridad no exenta de dolor. Carla comprendió que estaba habituado a hablar con chicas, y con mujeres. Eso se llamaba experiencia. La misma que le faltaba a ella.

—¿Por qué lo dejasteis? —Se dio cuenta de que no era la mejor de las preguntas y se arrepintió al instante de haberla formulado—. No, perdona, es que estoy un poco...

—Ella me dejó a mí —se la respondió igualmente el guaperas.

Carla se quedó sin habla.

—Dijo que quería vivir más, tener espacio —continuó envolviendo sus dos últimas palabras con una sonrisa amarga que trató de parecer irónica, o cínica—. La quería pero estaba loca. Loca de remate, aunque fuera la loca más divertida y guapa. Toda una sagitario. Tú te le pareces, ¿sabes?

¿Era un halago?

—¿Estás haciendo esto por morbo? —habló él de nuevo ante su silencio.

—No, estoy buscando a la amiga de Gabi, Solé.

—¿A Solé? ¿Por qué?

—Estaban juntas esa noche.

—¿Y qué?

—¿Cómo te llamas?

—Brandon.

No era español, por lo menos no lo era el nombre. Brandon debía de ser una mezcla. Un bello mestizo.

—Brandon, mi novio no la mató.

—¿Quién lo dice, tú?

—Lo dice él.

—¿Le crees?

—Sí.

—Tiene suerte, aunque no la merezca.

—No sabes nada de él.

—Sé lo suficiente —endureció el gesto—. Sé que ella era única. Loca, desmadrada, fuerte... lo que quieras, lo acepto. Pero era única. Una pasión de la naturaleza. Matarla fue como arrancarle algo muy especial a la vida, ¿sabes? Ese hijo de puta...

—Por favor...

Intercambiaron una mirada más. Desesperada la de Carla, cargada de animadversión y rabia la de Brandon. No hacia ella. Sólo hacia la realidad.

—¿De qué te servirá hablar con Solé? —preguntó el chico.

—Quiero saber por qué estaban juntas al principio y luego ella la dejó sola, con Diego y su amigo.

—¿De qué te servirá eso? —insistió.

—Necesito comprender qué pasó, ¿entiendes? Reconstruir esa noche maldita.

—¿Buscas probar algo?

—Supongo.

—¿Que él no lo hizo?

Carla hundió los hombros. Era lo que estaba haciendo. Brandon le acababa de poner palabras a sus actos. Perseguía un imposible, un sueño, o tal vez lo hacía para no seguir en casa, quieta, escondida, refugiándose en su habitación y muerta de miedo.

Jugaba a detectives.

Una clienta entró en la tintorería. A pesar de que dentro ya estaba el otro, Brandon no quiso prolongar la conversación. El abismo entre los dos creció de la nada.

—Vive cerca —suspiró—, en la calle Teruel, un portal de obra vista, no sé el número. Justo al lado de una panadería. Su apellido es Borrás.

Carla tardó demasiado en reaccionar. Brandon ya estaba cruzando la puerta, por detrás de la parroquiana.

—Gracias... —susurró aún sabiendo que él no podía oírla.

Nueve

Las indicaciones de Brandon le sirvieron a la perfección para dar con la casa de Solé Borrás, la amiga de Gabi. Una calle sencilla, oculta, no muy abigarrada ni de gente ni de comercios, y la panadería como único referente. Una panadería a la antigua, con el olor del pan horneado llegando hasta más allá de la acera.

Los nombres estaban escritos en el panel de timbres exterior. La familia Borrás ocupaba el cuarto primera. Pulsó el botón y esperó.

Lo hizo una segunda y una tercera vez antes de darse por vencida.

Nadie.

No supo qué hacer. Ya era tarde y tenía que regresar a casa para la comida. Herminia trabajaba en una perfumería, en la misma calle, y era la primera en llegar. Su madre lo hacía igualmente cerca. Llegaría del trabajo en apenas unos minutos.

Comprendió que lo que menos quería era ir a su casa.

Por fin había salido de ella. Ahora se negaba a regresar.

Extrajo por segunda vez el móvil del bolsillo de sus vaqueros, buscó el último número marcado y le dio al dígito de repetición. Al otro lado de las ondas, esta vez sí, escuchó la voz de Gustín. Lo imaginó extrañado por el origen de la llamada. Nunca le había telefonado, así que él no tenía controlado el número que estaba apareciendo en la pantallita de su móvil.

—¿Quién es?

—Soy Carla.

La desilusión atravesó el aire. La alcanzó de lleno.

—¿Qué quieres ahora?

—He estado en casa de Lucas y Alberto.

—¿Y?

—Me ha dicho Lucas que sólo llegasteis Diego, tú y la chica.

—Sí, ¿y qué?

—En el Diorama erais seis. ¿Qué se hizo de Quique, Nando y la otra chica, Solé?

—Quique y Nando pasaron de ir a casa de Lucas y Alberto. Dijeron que no estaban para meterse en un piso y sudar, que querían aire fresco y marcharse por ahí.

—¿Y la amiga de Gabi?

—Se picó.

—¿Con quién?

—Con ella, con el mundo en general... No sé, tía.

—Vamos, Gustín, por favor. Estoy intentando ayudar a Diego —tuvo que suplicarle.

—¿En plan masoca?

—¡En plan lo que sea! ¡Dímelo, joder!

—Solé se picó al ver cómo se lo montaba su amiga con Diego.

—¿Le sentó mal?

—Dijo que era la última vez que la dejaba tirada, que si salían, salían, y si se iban de marcha, se iban de marcha.

—¿Qué le respondió Gabi?

—Que nos tenía a nosotros, a los tres, Nando, Quique y yo, que espabilara.

—¿Y?

—Ella pasó. Se fue cabreada.

—¿Alguno de los tres lo intentó con ella?

—No. A Quique y a Nando, no sé, pero a mí, desde luego, no me iba. Muy pava. La verdad es que todos mirábamos a Gabi. Quique el que más. A Diego le puso las pilas, pero al resto...

—O sea, que a Quique le iba pero no pudo hacer nada.

—Si es que no hubo tiempo. Todo fue bastante rápido. Llegaron ellas, y a los cinco minutos Gabi y Diego ya estaban tonteando. Fue una pasada. Como si les picara el culo. El fuego y la pólvora.

—Gabi fue a por Diego.

—Fijo. En cuanto le echó el ojo encima.

—Y Diego se dejó.

—Cualquiera se hubiera dejado. Estaba de muerte.

—Gracias, Gustín —se despidió.

—Carla.

—¿Qué?

—¿De verdad estás haciendo preguntas por ahí?

—Sí.

Hubo una pausa breve.

—Si descubres algo, llámame —acabó ofreciéndose.

No pensaba hacerlo, pero se lo agradeció.

—Vale, chao.

—Chao.

Cortó la comunicación pero no se guardó el móvil. Abrió por segunda vez la línea, buscó en la memoria el número de su casa y lo pulsó.

—¿Sí? —escuchó la voz de su hermana.

—¿Herminia? Soy yo.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que no vendré a comer.

—¿Por qué?

—Me pilla lejos.

—¿Dónde estás?

—¡Ay, Herminia, no empieces!

—Mamá se enfadará.

—¡Caray, que no voy a dejar de comer!

—Me preguntará y, si no sé qué decirle, encima la tomará conmigo.

—Pues no le digas nada y ya está. Por la noche se lo cuento.

—¿Es por Diego?

—No sigas, Hermi.

—Carla, no vale la pena.

—Eso es cosa mía.

—No lo vale, y tú no eres tonta. Lo sabes. Eres la lista de la familia, la que lee, estudia y todo lo demás. No lo estropees.

Odiaba eso. La consideraban guapa, demasiado guapa. Pero que en casa creyeran que además era brillante sólo porque leía mucho y todavía no se había cansado de estudiar...

—¡No lo hago! —le gritó al auricular.

—Diego andaba metido en ambientes raros, por Dios.

—¡Eso tampoco es verdad! ¡Ahora no! ¡Yo estaba con él y no frecuentábamos ambientes raros!

—Lo detuvieron dos veces por error, ¿verdad?

—¡Herminia, cállate ya!

Se produjo una interferencia. Su hermana dejó de hablar con ella. Un rumor lejano, escuchado a través del móvil, la hizo comprender que su madre acababa de llegar a casa. La propia voz de Herminia se lo confirmó.

—¿Mamá? —Luego le dijo a ella—: Es mamá.

—Te dejo —se despidió Carla.

—¡Espera...!

No le dio tiempo a terminar la frase.

Cortó la comunicación y desconectó el móvil.

No tenía hambre. Se sentía excitada, y cuando le sucedía eso, se le ponían los nervios en el estómago y era incapaz de tragar nada. Su mente, además, iba acelerada. La última noche de Gabi había sido muy agitada, Diego, Gustín, Solé, Nando, Quique, Lucas, Alberto... Y los nuevos, el guaperas Brandon o el mismo camarero del Diorama. Una larga cohorte para el sudario final de una noche trágica.

Miró la calle de arriba abajo. No quería esperar de pie. A lo peor nadie de la familia Borrás llegaba en horas, hasta la noche. Eso, si no estaban de vacaciones, por ejemplo. Vio un bar en la esquina más lejana y caminó hasta él. Se sentó en una mesa desde la cual podía atisbar el portal del edificio y cuando llegó el camarero le pidió una limonada.

Media hora después se atrevió con unas tapas, casi por capricho.

A Diego le gustaban delgaditas, casi en los huesos. No era su caso, pero, desde luego, tampoco estaba gorda, ni siquiera llena. Podía comer sin problemas de peso. Una suerte.

Trató de imaginarse a Gabi.

Brandon le había dicho que se parecía a ella.

No le extrañaba. El tipo de Diego era muy concreto. Su ex también estaba en la misma línea.

Mantuvo los ojos en la casa y el fuego en su mente. Imposible apagarlo, o dejar de pensar en todo aquello. Las preguntas, las dudas, las imágenes, volaban libres por su cabeza. Estuvo a punto de derrumbarse.

Entonces vio entrar en el edificio a una muchacha y supo que era Solé Borrás.

Diez

Solé era alta, como ella, de aspecto normal, tirando a vulgar. Cabello castaño, ojos marrones, nariz ligeramente desproporcionada, labios finos y rectos... Le sobraba pecho, y caderas. Sin embargo, lucía un top muy ceñido que se lo marcaba con generosidad, y pasaba de llevar sujetador. El tatuaje de una mariposa asomaba por la parte izquierda de su abdomen, surgiendo de la parte más remota de su anatomía. Para acabar de completar el cuadro, se le notaba que tenía problemas. Sus ojos mostraban huellas de cansancio, estaban enrojecidos, y las ojeras se abrían bajo ellos como bolsas a la espera de su caída.

Se quedó mirando a Carla con ingravidez.

—¿Eres Solé?

—Sí.

—Me llamo Carla.

Ninguna reacción. No la esperaba, pero aún así buscó la manera de moverse con pies de plomo. Delante de ella tenía a la amiga de Gabi.

A veces eso era más que una hermana.

—Soy la novia de Diego Sepúlveda.

Las dos cejas se dispararon hacia arriba. Eso hizo que el blanco de los ojos se abriera más, y con ellos el rastro de aquel enrojecimiento que le confería un aire dramático y doloroso a su expresión.

—¿Qué quieres? —logró articular.

—¿Puedo hablar contigo?

—¿De qué?

—De lo que pasó la otra noche.

—¡Jesús!, ¿de lo que pasó la otra noche? —no se anduvo por las ramas—. Tu novio mató a mi amiga. Eso pasó la otra noche.

—Por favor.

—¿Estás de guasa o te va la marcha?

—Por favor —insistió Carla.

—No puedo creerlo —Solé continuaba en la puerta. Se apoyó con el brazo en el marco—. Esto es demasiado.

—Diego no lo hizo.

—Y yo soy Scarlett Johansson.

—Yo lo conozco. A mí no me puede mentir.

—Pero engañarte sí puede, ¿no? —la pinchó a conciencia.

—Déjame que...

—No, tía —se echó para atrás—. Paso. ¿Tú de qué vas? Eres una pava, ¿vale? Sólo a una pava se le ocurre... ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete —adelantó su reloj biológico un par de semanas.

—Alucinante —resopló Solé.

—¿Por qué es alucinante?

—Porque teniéndote a ti, ese imbécil va y se lo monta con Gabi —repuso Solé.

—Me han dicho que nada más conocerse...

—Dios, tú no los viste —la muchacha se cruzó de brazos.

—Fuerte, ¿no?

—Gabi era mi amiga, la quería muchísimo, pero cuando iba revolucionada o pasada de vueltas... Incluso a mí me daba miedo. Perdía el mundo de vista. Y

tu novio... menudo él.

—¿Nunca se habían visto antes?

—¡No! —exclamó en un arranque de controlada repulsa—. Gabi solía llamar la atención, no pasaba desapercibida, porque era así como tú, exuberante, y además le gustaba. La provocación formaba parte de su manera de ser. Y reírse de todo, del mundo en general. Era fantástica por eso, porque nunca te aburrías con ella. Pero en cuanto se dejaba llevar y enloquecía. —No quería hablar, pero lo estaba haciendo. Ella sola.

Abría las compuertas de su conciencia.

Carla lo aprovechó.

—¿Le gustó Diego?

—Fue una reacción química. Los dos empezaron a comerse con los ojos, a tontear, a decir barbaridades... Tu novio y ella fueron como dos animales en celo encontrándose en mitad de la selva.

Cada vez que escuchaba algo parecido sentía la punzada. No era inmune al dolor. Poco importaban las repeticiones. Le hacía daño.

Mucho daño.

Y más tener que controlarse, continuar preguntando, no llorar ni dejarse arrastrar por la rabia.

—¿Por qué te enfadaste y te fuiste?

—¿Quién te ha dicho esto?

—Los amigos de Diego.

—Yo no me enfadé.

—Pero la dejaste sola.

—Gabi y yo nos íbamos de marcha. Ella se había librado de un pelmazo hacía muy poco y queríamos pasarlo bien. Dijimos: «Nada de tíos.» Ese era el plan.

Pero a las primeras de cambio...

—O sea, que te supo mal.

Solé se encogió de hombros. Sus ojos la traicionaron. El rojo que los tintaba se vio inundado por unas lágrimas que logró contener a duras penas. Carla no la dejó llorar. Tenía todavía algunas preguntas, y si se hundía la perdería.

—También me han dicho que Diego no fue el único que se interesó por ella.

—Todos perdieron el culo.

—Pero con Gabi debía de ser siempre así.

—Antes, menos. Una vez libre de su ex era como si brillara aún más. Esa noche estaba radiante. Una antorcha.

—¿Qué hiciste cuando ella se fue con Gustín y con Diego?

—¿Yo? Me vine aquí.

—¿Disgustada?

—Esa sí es la palabra exacta. Si me enfado con alguien es para siempre. Nosotras, al día siguiente hubiéramos seguido hablando de todo, y riéndonos.

—¿Tú crees que pudo echarse para atrás en el último momento, y que Diego la forzó?

—Ni idea.

—Pero...

—No lo sé, tía —hizo un gesto de cansancio, y lo que apoyó ahora fue todo el cuerpo en el quicio de la puerta—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué se lo pensó mejor, se negó y que por eso la mató? ¿Que lo hizo sin más y luego, por lo que sea, discutieron y la mató igual? Lo único que sé es que Gabi nunca hubiera hecho el amor con un desconocido sin preservativo. Y según los periódicos tenía semen en la vagina. Si estaba ahí es por algo.

—¿Y si no tenían condón? Yendo tan salidos...

—Ella siempre llevaba uno en el bolso, por precaución, y más conociéndose como se conocía, siendo capaz de perder el control.

—¿Sabes si la policía lo encontró tal cual en su bolso o en su ropa?

—¿Y yo qué sé? ¡Por Dios! ¿Crees que la policía viene y me lo cuenta? Menuda panda de capullos. Yo sólo era su amiga. ¿Te dicen a ti las cosas porque seas la novia de él? Los periódicos sólo hablan de lo que saben o les conviene. Lo pillaron bien y ya está. Se acabó. —Fue calentándose a medida que hablaba. Una arenga final. Llegó al clímax con el estallido de sus emociones—: ¡Vamos, tía, despierta! ¡Era su casa, su cocina, su cuchillo, estaban solos, no había nadie más, ella tenía su semen dentro! ¿Qué más quieres?

Carla dio un paso atrás, como si el alud verbal la hubiese sacudido igual que un puñetazo. Llevaba toda la mañana dando palos de ciego, pero a la postre los verdaderos palos se los estaba llevando ella.

Para el mundo en general, había que tirar a la cloaca la llave que encerraba a Diego.

—Gracias por hablar conmigo —musitó sin apenas voz.

Solé no se movió. Sacó una bocanada de aire retenido en sus pulmones y se calmó de pronto. Aceptar la muerte de su amiga debía de ser tan duro como para Carla todo lo demás.

—¿Por qué no saliste con él esa noche? —le preguntó a su visitante.

—Tenía que estudiar.

—Así que todo fue cuestión del destino y... la mala suerte.

—Sí.

Solé se la quedó mirando con fijeza.

—No me extraña que él se interesara por Gabi —reconoció al fin—. Podrías haber sido hermanas.

Era la segunda persona que se lo decía. Primero Brandon. Ahora Solé. Gabi

había sido su sustituta. Después de todo, Diego sí había acabado saliendo con ella.

Y estaba muerta.

Once

Pasó más de dos horas en un parque, sola, reflexionando, sin voluntad para moverse y sin fuerzas para regresar a su casa. Aún no sabía si estaba dando palos de ciego o si realmente creía en lo que hacía. Aún no sabía si, simplemente, seguía un impulso, para hacer algo, para no quedarse de brazos cruzados, o si quemaba sus últimas naves, el rescoldo de amor que pudiera sentir por Diego.

Sentía tanto aquel daño.

A media tarde, las parejas del parque empezaron a picotearle el ánimo. Las vio pasar cogidas de la mano, llenas de ensoñaciones o hablando animadamente, haciendo planes, porque la vida era eso, soñar, imaginar, pensar siempre en el mañana mientras se vive el presente. Las vio besarse, acariciarse con los ojos llenos de amor, y trató de recordar los ojos de Diego. ¿Eran los mismos? En aquellos días era como si todo se hubiese borrado de su memoria. ¿La miraba Diego de la misma forma que un año antes? ¿La miraba como el chico del pelo largo miraba a su novia pálida y huesuda? ¿Qué clase de amor era el suyo? ¿Qué fuerza los unía si a la primera él perdía la cabeza por otra en una noche de pastillas y cerveza?

Y tanto daba que fuese una sola vez, una locura, «el polvo de una noche».

Había sucedido y punto.

Miró a sus pies y vio el abismo.

¿Tan difícil era ser normal y feliz?

Cuando leía las novelas de su escritor favorito, subrayaba frases. Y tenía muchas, quinientas o más. La facilidad con la que él concretaba sentimientos era brutal. Muchas las recordaba y las llevaba pegadas al alma. Una vez, incluso, le había escrito, y él contestó a su carta. La guardaba como un tesoro. Allí se escondían muchas claves de su presente, y muchos miedos de su futuro. El escritor le había dicho: «Pagarás muchos precios por ser diferente. La gente tiende a arrancar las rosas, a pesar de sus espinas.» Pero también le decía que ser diferente era un don. «En un mundo mediocre, sólo unos pocos ven y sienten con algo más que los ojos o el corazón.»

Y sin embargo, en aquel momento...

Lo hubiera dado casi todo por ser una de aquellas chicas. Casi todo.

El parque acabó llenándose de tal forma que el silencioso estruendo la conmocionó. Parejas. Todas. Era como un congreso. La hora de los besos, las promesas, las caricias y las miradas tórridas.

Se levantó y se fue de allí.

De camino a casa, ordenando de nuevo sus ideas, se hizo la pregunta:

—¿Qué estás buscando? ¿Al asesino?

Además de una niña, era idiota.

Si existía un asesino misterioso, no sería ella quien lo encontrase.

Si existía.

Porque todo, todo, acusaba a Diego.

Más que llegar a casa, lo que hizo fue arrastrar su cuerpo hacia la concha protectora de su hogar. De pronto no lo sentía como tal, sino más bien como una trampa, pero no tenía otra cosa. Por más que le pesara, más le pesaba el mundo.

Lo llevaba colgando del alma.

Abrió la puerta en silencio. No escuchó nada. Herminia todavía trabajaba, seguro, pero su madre a veces acababa más temprano. Suspiró sintiéndose un

poco a salvo y se dirigió a su habitación para leer un poco. Leer la serenaba, la hacía sumergirse en una historia que les pasaba a otros. Reía, lloraba, se emocionaba, sentía una vida distinta. Por eso le gustaba tanto. La capacidad de una buena novela para proyectar las emociones propias a través de las vidas de otros era inmensa.

No pudo llegar a su habitación.

Como la noche pasada, al pasar por delante de la de sus padres, escuchó el gemido.

El mismo sordo gemido de desesperación e impotencia que entonces.

La puerta estaba entornada. Miró por el leve resquicio formado por ella y el marco y descubrió a su madre sentada en la cama, con la cabeza caída y las manos formando un muñón de tanto apretárselas. Las lágrimas le caían libres por el rostro, y saltaban desde la barbilla hasta su regazo sin que hiciera nada para contenerlas o para secárselas. La imagen de la más viva desolación.

Carla no supo qué hacer.

Primero sintió el zarpazo del miedo. A continuación, la impotencia.

Quiso seguir, para esconderse en su habitación, pero ya no pudo. Su madre lloraba a solas, pero en el fondo lo que fluía de detrás de aquella puerta era un grito desesperado. Apretó los puños, las mandíbulas, sepultó a Diego en un rincón de su propia ansiedad y abrió aquella puerta.

—Mamá...

La mujer se asustó un poco. No la esperaba. Dio un pequeño brinco y, entonces sí, rápidamente, se llevó una mano a la cara para secarse las lágrimas. Fue un gesto tan instintivo como inútil. También hizo ademán de ir a levantarse, pero en eso fracasó. Las piernas no le respondieron.

—Ah, hola, cariño —forzó una sonrisa—. No te había oído llegar.

«Ya está, vete», escuchó la voz de su conciencia.

No la obedeció.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, ahora voy.

—¿Qué te pasa?

Ya estaba a su lado. No fue la pregunta lo que la hizo desmoronarse de nuevo y romper a llorar, con todo su sentimiento, sino la mano de Carla al posarse en su hombro. El contacto fue una descarga eléctrica.

Carla la abrazó.

Y sintió cómo se desmenuzaba, cómo pasaba de roca a arenilla.

—Mamá, me estás asustando —gimió su hija.

—No pasa nada —le palmeó la mano.

—Sí, sí que pasa. Si estás llorando es que pasa algo, no fastidies.

—Cosas mías, la menopausia.

—No digas tonterías, ¿vale? —La apretó todavía más—. Si es por Diego...

—No, cariño —movió la cabeza lo justo para besarla.

—¿Herminia?

—¿Tu hermana? No, ¿por qué?

—Entonces eres tú —buscó una razón lógica—. ¿Has ido al médico? ¿Te ha encontrado algo raro? Hace unos días te dolía el pecho.

—Estoy bien.

—¡Pues entonces dímelo, va! —se desesperó a punto de romper también ella a llorar, aunque ya lo estaba haciendo por dentro.

Supo que su madre se rendía. El último espasmo, el último suspiro, la confesión liberadora.

—Es por tu padre —volvió a llorar, aunque de forma más queda.

—¿Ha tenido un accidente? —se envaró Carla.

La mujer negó con la cabeza.

Su hija ya no dijo nada. Esperó.

Una eternidad.

—Voy a separarme.

El frío fue repentino. La congeló de arriba abajo. Sintió una opresión en el pecho y se dio cuenta de que hasta le faltaba el aire. Su voz interior se puso a gritar: «¡Vosotros no, no, no!»

—¿Por qué? —exhaló sin fuerzas.

Su madre se apretó las manos, nerviosa.

—Cada vez pasa más tiempo fuera y...

—Mamá, es camionero.

—No, no es eso —suspiró buscando fuerzas para seguir—. Yo he hecho viajes con él, cuando no os teníamos. Sé lo que es eso, y lo que se tarda en ir a París, o a Roma, o a donde sea. Es más que eso. La carretera es la carretera, y hay muchos lugares donde parar.

—¿Papá con prostitutas?

—No, me refiero a algún lugar fijo, a la ida o a la vuelta. Un día, dos...

Carla se quedó sin aliento.

Otra mujer.

—Mamá, ¿tienes pruebas de eso?

—Llevo con él veintidós años, más tres de novios.

—Es imposible —insistió.

—Es un hombre, por Dios, y los matrimonios no son eternos, las personas

cambian. Yo ya no soy la que era. La rutina...

—¿Has hablado con él?

—No.

—Mamá...

—¡No puedo! —De sus ojos volvió a brotar un torrente de lágrimas.

—Tienes miedo, solo eso —la abrazó Carla.

Ella se encogió de hombros.

—No le digas nada... a tu hermana... por favor —se dejó llevar por su hundimiento emocional—. Aún no. Hermi no es... como tú.

Quiso echarse a reír.

—¿Y cómo soy yo?

—Fuerte.

¿La desengañaba? ¿Le decía que de fuerte nada, y menos ahora?

¿Por qué todos veían a una Carla que no existía?

¿O sí, existía, y la única que no lo sabía era ella misma?

—¿Te preparo algo, unas hierbas...? —le preguntó.

—No tenía que haberte dicho nada, perdona cariño.

—Ya está, ¿vale?

No hubo respuesta. Se separaron. La tormenta cesaba.

Aunque a su alrededor quedaban los restos del naufragio.

—Habla con papá —se limitó a decir Carla—, y escúchalo.

Doce

Desde la azotea, el mundo tenía otra perspectiva.

Como Dios, mirándolo desde alguna parte.

La calle, las casas, las ventanas iluminadas. Y detrás de cada una, personas, emociones, sentimientos, alegrías, penas, amores, odios, la mezcla que día a día hacía mover a la humanidad hacia delante, sin vuelta atrás.

El gran hormiguero global.

Creía que Diego le llenaba todo el cerebro, sin resquicios, y de pronto por una grieta se colaba otro problema: sus padres.

—Jesús... —suspiró hundida por aquel agobio.

¿Qué les sucedía a las personas? ¿Se volvían locas de pronto? ¿Era la vida tan larga, en el fondo, que en un momento u otro todo se echaba a rodar sin más? ¿O a cada hecho lo antecedía una causa y lo seguía una consecuencia?

Le costaba entenderlo.

Antes pensaba que las cosas eran blancas o negras.

Desde hacía unos meses sabía que incluso entre el blanco y el negro existía una extensa gama cromática de grises.

¿Por qué las personas eran capaces de amarse y luego de odiarse? Los mismos ojos que primero irradiaban amor, después podían lanzar dardos de animadversión. Las mismas manos que primero habían acariciado, más tarde eran capaces de convertirse en puños y golpear aquella piel antes deseada. La misma boca con la que se besaba apasionadamente y a través de la cual fluían las palabras del sentimiento, un día era capaz de gritar el desprecio. Sus amigas con novio, sus primas, todas querían «pasar el resto de la vida» con el chico al que decían amar volcánicamente. Y despertar cada mañana a su lado siempre, siempre, siempre. Pero siempre no existía. Había cotas. ¿En qué

momento se olvidaba todo? ¿Y a causa de qué: de la rutina, el hábito, la indiferencia, la pérdida de la llama, el olvido de ese punto diferencial que era como pasar de la vida a la muerte?

No tenía ninguna respuesta. No las conocía.

Sólo las preguntas.

Ella misma aún no había empezado a vivir de lleno y ya tenía la duda instalada en su corazón.

Diego.

Lo quería tanto como ahora, de pronto, lo odiaba.

Odiar.

La palabra más fuerte, más siniestra y tenebrosa. Una palabra que nunca había admitido, que no figuraba en su diccionario personal.

Blanco y negro. Amor y odio. ¿Existía también una escala cromática intermedia entre el amor y el odio?

Pensó en su padre. Trató de imaginárselo con otra y no pudo. Y sin embargo era un ser humano, con sus limitaciones, sus luces y sus sombras. No sabía qué sucedía tras la puerta del dormitorio de sus padres. No tenía ni idea. Más aún: jamás había pensado en ello. A veces, con las amigas, hablando de ellos, de si «aún lo hacían», se sentía incómoda y se ponía roja. Tampoco era capaz de imaginárselos «haciéndolo». En las películas siempre eran jóvenes, como si el amor maduro no existiera. Y sin embargo, tenía que existir.

¿Por qué se dejaba de amar, de sentir? Su padre era una buena persona. Ante todo, eso: una buena persona. Un tipo afable, siempre de buen humor, cordial, dispuesto a ayudar a los demás, con sus ideas... En casa, la triste era su madre, desde siempre. Reía poco, se amargaba por cualquier cosa, parecía eternamente preocupada y, lo que es peor, resignada. Carla aborrecía la resignación. La sentía como una rendición. Resignarse era enterrar los sueños y la vida, y en la vida sabía que se debía de luchar hasta el final, hasta el último aliento. Una de sus frases subrayadas era: «No pierdas nunca la curiosidad. Sin curiosidad estamos muertos.»

Su madre, cuando las cosas rodaban mal, lamentaba su mala suerte, «el infortunio de los pobres». Pero cuando venían de cara, lo estropeaba igualmente diciendo que «por algún lado llegaría el golpe y había que estar en guardia». Nunca era feliz al cien por cien. Temía a la vida.

Y eso era lo peor.

Porque la vida, primero que nada, tenía que ser una aliada, el marco en el cual crecer y ser feliz.

Ahora su madre pensaba en dejarlo.

Separarse.

Fueran o no verdad sus sospechas, el interrogante final era saber si tendría valor.

Cerró los ojos para huir de tanta presión y tuvo que volver a abrirlos, porque a oscuras la presión iba por dentro y amenazaba con estallarle en los párpados. Le dolían la cabeza, el pecho, los brazos y las piernas. Una espiral incontenible.

Por esa razón agradeció tanto escuchar la voz de Gonzalo a su lado:

—¿Llevas aquí mucho rato?

—Cinco minutos.

—¿Qué tal el día?

—He estado haciendo preguntas por ahí.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y qué?

—Nada —se encogió de hombros—. Un cuadro de lo más patético.

—¿A quién has visto?

Se lo contó. Le habló de Gabi, de Solé, de Gustín, de Lucas, Alberto, Nando, Quique, el guaperas Brandon, el camarero del Diorama... La galería de personajes de la tragedia.

Mientras el héroe caído esperaba en la cárcel.

Y ella...

—¿Te das cuenta de que si es verdad que no lo hizo, alguien está por ahí tan campante con eso a sus espaldas?

—Yo no podría —confesó Carla.

—¿Te entregarías y perderías tu vida en prisión?

—Digo que no podría matar a una persona.

—¿Y si fue un accidente?

—Gonzalo, la muerta tenía tres cuchilladas, dos de ellas mortales.

—Sí, claro.

Se le notó que buscaba ayudarla, pero no supo cómo. Acodados en el muro de la azotea, de cara a la calle, sus brazos se rozaron. Fue un calor íntimo. Ella no se apartó. Lo necesitaba. Con Gonzalo se sentía absolutamente libre, no tenía que fingir nada. Existía una transparencia común.

—Tú lo conoces mejor —volvió a expresar sus pensamientos su vecino—, pero a mí tampoco me cabe en la cabeza que la forzara, lo hiciera con ella, la matara para hacerla callar sin que nadie oyera ni un grito, se fuera a la cama como si tal cosa, sin tratar de deshacerse del cadáver o algo así, aunque no sé si eso es peliculero en exceso, y luego por la mañana se levantara tal cual y entonces llamara a la policía. Demasiado absurdo.

—Si estaba muy colocado, sí pudo —dijo Carla—. Esa es la cosa.

Por primera vez lo admitía en voz alta.

Los dos se dieron cuenta de ello.

Fue como si una trampa se abriera bajo sus pies. Ninguno de los dos quiso caer en ella. Buscaron la forma de liberarse, de recuperar el terreno y el tiempo perdidos. Rozaron una cierta angustia. Carla no quería que Gonzalo dijera nada.

Y entonces él cambió el sesgo de la conversación.

—Teníamos que haber seguido siendo novios, como de niños —sonrió.

Carla volvió la cabeza hacia él. Se encontró con su mirada irónica no exenta de ternura y lucidez.

—¿Éramos novios? —preguntó.

—Por supuesto.

—Ah.

—No sé por qué lo dejamos.

—¿Nos hicimos mayores?

—¿Quieres decir tontos?

—Mira que eres burro cuando quieres.

—Por lo menos te he hecho sonreír.

—¿Estabas enamorado de mí?

—Claro. Y tú de mí.

—¿Ah, sí?

—¿Crees que hicimos lo que hicimos por puro vicio?

—¡Eso era el despertar de la sexualidad!

—Pues vale —lo dijo en el tono más quedón del mundo.

—¡No puedo creer que estemos hablando de eso! —alucinó Carla.

—Pues ya era hora.

—¿Por qué?

—Porque nosotros somos cojonudos. Y diferentes.

—Menuda explicación.

—La mayoría de los chicos y las chicas acaban renegando de su primera vez...

—¡Ni que hubiéramos hecho el amor!

—Déjame seguir —se puso serio—. Digo que la mayoría de chicos, y sobre todo chicas, acaban renegando de su primera vez. Lo he leído, no es que tenga experiencia —se lo aclaró, aunque no hacía falta—. Pero hay más. Ninguno habla de sus inicios, de los primeros escarceos, como los nuestros. Les da vergüenza.

—A mí me la habría dado hasta hace cinco minutos.

—Pues en eso te gano. Yo ya...

—Míralo el pasota. ¿Y eso por qué?

—Porque quiero que sepas que siempre puedes confiar en mí —le dijo Gonzalo.

Sintió deseos de darle un beso en la mejilla.

Se contuvo.

Aún no estaba segura de qué significaba todo aquello.

—¿Qué pasaría si hubiéramos seguido siendo novios? —le preguntó remarcando intencionadamente la última palabra.

—Estaríamos tan ricamente.

—Pero nos perderíamos un montón de cosas, ¿no crees?

Gonzalo lo meditó.

—Depende —proclamó sin mucha convicción.

Carla pensó en ello. Y de nuevo el recuerdo de Diego y la cárcel inundó su mente.

¿Realmente perdía algo?

—Yo te prefiero como amiga —Gonzalo suspiró con inocencia y le cortó el pensamiento—. Eres demasiado guapa para mí.

—¿Quieres callarte, idiota? —Carla le dio un codazo.

—¡Es la verdad! ¿Adonde iría yo con una novia como tú?

—Va, déjalo.

—Carla, no te hagas la estrecha. ¿Por qué te molesta tanto que te digan que eres guapa?

—Si sigues así, me voy.

—Vale, no contestes. Yo soy feo y lo acepto, ¿qué pasa?

—Míralo, el monstruito.

—Soy realista.

—Tú no eres feo. Eres un tío genial.

—Huy, sí, salgo a la calle y todas me esperan.

—¿Cual es tu tipo? Nunca hemos hablado de eso.

—¿Después de ti? —se apartó para no recibir el nuevo trompazo—. Lorena.

—¿Lorena? —Carla se quedó sin aliento.

—¿Qué pasa con ella?

—Pues... la verdad es que nos vemos poco —reconoció todavía alelada.

—¿Poco? Desde que te liaste con Diego no ha vuelto por aquí.

—Liar no es la palabra adecuada —se lo reprochó.

—Perdona.

—No, no importa —se acodó otra vez en el muro—. Supongo que nos hemos distanciado un poco. Me he volcado tanto en él...

—Los amigos son siempre los que pagan el pato cuando alguien se enamora. Vosotras erais uña y carne.

—Yo diría que aún lo somos —retomó el nivel de su sorpresa anterior tras la revelación de su vecino—. Espera, espera, no te vayas por las ramas. ¿Me estás diciendo que te gusta Lorena?

—Sí.

—Nunca me lo dijiste.

—Te lo digo ahora.

—¿Y por qué no lo intentaste con ella?

—¿Para qué?

—¡Para probar, digo!

—No me habría hecho caso.

—¿Y tú qué sabes?

—¿Te dijo alguna vez...?

—No, pero...

—¡Bah, déjalo! —puso cara de circunstancias y trató de cerrarse en banda—. ¡Dios!, hemos hablado más de nosotros en cinco minutos, de pronto, que en todo este año. ¡Menudo confesionario!

Un nuevo Gonzalo. La misma Carla.

¿O no?

Lo miró largamente, de perfil, sus ojos, su nariz, su boca. Sí, unos años antes los había tenido en su cuerpo. Unos años antes eran niños, sin cortapisas, sin excusas. Y él había estado enamorado de ella. Y ella... Ni lo sabía. Diego había borrado cualquier rastro anterior. Pero ahora Gonzalo era otro, y Lorena, su Lorena, su mejor amiga...

No, no era feo. Era normal.

Gonzalo y Lorena.

—Cuéntame cuándo te enamoraste de ella, va.

Trece

Se levantó temprano, incapaz de continuar en la cama. Una de sus mayores aficiones, la pereza, parecía haber sido relegada por la urgencia. Durante la noche había soñado mucho, despertándose inquieta una y otra vez. En una de sus muchas vigiliass y duermevelas se vio atenazada por pensamientos, ideas, algunas negativas, algunas positivas.

El día anterior no había hecho más que escarbar.

Si quería seguir, debía ponerse las pilas.

Todo menos perderse en aquel verano tan cargado de negrura.

Se duchó, se despejó, se miró en el espejo en busca de rastros de su pésima noche y descubrió que no tenía ninguno. Cansada por dentro, luminosa por fuera. A veces estaba segura de que era por no fumar. Algunas de sus compañeras de instituto tenían la piel de cartón, olían a tigre, y si se hacían un corte, tardaban en recuperarse.

Pese a todo, cuando salió de su habitación, ya vestida, su madre había salido. Quedaba Herminia, acabando de recoger los platos del desayuno, siempre aplicada, siempre al quite. A veces la desesperaba.

—Vaya madrugón —se la quedó mirando mientras frotaba una taza con mucha energía.

—Tampoco es tan temprano.

—No has de ir al cole, y a ti se te pegan las sábanas.

—No he dormido muy bien. El calor —no supo si decirle que estaba haciendo preguntas aquí y allá—. Y no lo llames cole, por favor.

—Usted perdone: el instituto.

—Vale —alargó un poco la primera vocal.

—Ayer no se te vio el pelo.

—Estuve haciendo cosas.

Su hermana dejó de lavar los platos.

—¿Algo relacionado con Diego?

Podía mentirle, decirle cualquier cosa. Pero necesitaba apoyos. Y Herminia, para bien o para mal, estaba allí, siempre trataba de ayudarla. Aunque la edad fuera marcando diferencias, era su hermana mayor.

—Estuve hablando con los que vieron a Diego esa noche.

—¿Ah, sí? —su frente se arrugó de golpe.

—No tiene sentido, Hermi —se dejó caer en una de las sillas de la cocina—. No tenía por qué violarla, y aún menos matarla.

—Eso ya lo dijiste.

—Piénsalo, por favor. Te caiga o no te caiga bien, tú lo conoces.

—No es lo mismo. ¿Cuántas veces lo he visto? Y no es que hayamos hablado mucho, ni de temas importantes.

—¡Olvídate de lo que piensas, de los prejuicios! ¡Dime de verdad lo que sientes!

—Siento que metió la pata, Carla —lo dijo con tristeza no exenta de cansancio—. Estaríamos hablando el resto de nuestras vidas y, por encima de todo, seguiría pensando que metió la pata. Tenía novia, ¡te tenía a ti!, y ha de irse con una que acaba de conocer. Pasara lo que pasara en casa de Diego, hazte una pregunta: ¿y si ella, de repente, dijo no?

—Si subió al piso no fue para decir no.

—Pero ¿y si lo dijo? Los tíos, cuando están salidos, no aceptan un no por respuesta.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Las quebró el silencio, agresivo el de Carla, a la defensiva el de Herminia. Luego llegó la resignación.

—No, claro, yo no sé nada.

—Va, no te enfades conmigo tú también —se sintió fatal por lo que acababa de decir.

Su hermana reemprendió lo que estaba haciendo y lavó el último plato.

—Sólo te lo diré una vez, ¿de acuerdo? —lo frotó como si quisiera sacarle el esmalte—. Si sigues con él serás una desgraciada. Acabe o no acabe en la cárcel ahora. Si se libra, por la razón que sea, habrá una cuarta vez, y una quinta, tenga o no la culpa. Sucederá, tú lo sabes, ¿y entonces qué? Unos nacen con estrella y otros estrellados. ¿Quieres ser una heroína? ¿Te sientes bien siendo la novia de un chico que está en la cárcel, aunque sea inocente? ¿Vas a esperarle diez años si lo encierran por lo de esa chica?

—¡Aún seré joven!

—¡Carla, no digas burradas, por Dios! ¡Diez años, o quince, o aunque sólo fueran cinco! ¡Es tu vida!

Se levantó dispuesta a irse. No era la mejor forma de empezar el día. Y con quien menos quería discutir era con su hermana. Bueno, de hecho no quería discutir con nadie. Después del palo de su madre al llegar a casa la tarde anterior...

Su madre.

—No te vayas —le pidió Herminia.

—¿Y para qué quieres que me quede?

—¿Te crees que sólo tú necesitas a los demás?

Le sucedía algo. Estaba blandita. Pero no pudo precisar el motivo. Volvió a pensar en su madre.

—No quiero que esto os afecte a vosotros —dijo Carla.

—Si tú estás mal, todos estamos mal. Esto es una familia, ¿recuerdas?

—Entonces, apoyadme.

—Es lo que hacemos, aunque no te lo creas.

—¿Diciéndome que deje a Diego?

—Tú lo quieres. Los demás vemos cosas. No estamos ciegos.

—Herminia, que lo detuvieran dos veces no significa...

—Dos, Carla —se lo reiteró—. Dos.

—Vale, ¿cómo crees que me sentiría si lo dejara ahora, en la cárcel, solo, sin nadie?

—Eso es lealtad, no amor.

—Eso es respeto por mí misma, Herminia.

—Dios —su hermana esbozó una sonrisa—, a veces me da rabia que seas tan lista. Siempre tienes la palabra adecuada.

Volvían a dialogar, abortado el conato de furia y gritos. Carla lo aprovechó para sacar lo que empezaba a quemarla por dentro.

—Ya que has hablado de la familia, quería preguntarte algo, entre tú y yo, ¿de acuerdo?

—¿De qué se trata?

—¿Cómo ves a papá y mamá?

—¿Por qué?

—¿Notas algo raro en ellos?

—No.

—¿Seguro?

—¿Me he perdido algo? —dijo Herminia.

—Mamá está triste.

—Mamá siempre ha estado triste —puntualizó—. No es lo que se dice la alegría de la huerta.

—Pero ahora...

—La menopausia. Eso crea un cambio hormonal.

—Eso me dijo ella.

—¿Has hablado con mamá de eso?

—Sí, anoche.

—¿Y te dijo eso?

—Pienso que tiene una depresión, y con papá siempre fuera...

—Es su trabajo.

—Hermi —sacó fuerzas de flaqueza—, ¿crees que papá hace paradas por ahí?

—¿Qué clase de paradas?

—Ya sabes.

—No, no sé.

—Paradas para no estar solo.

—¿Papá? —Herminia abrió los ojos de par en par—. No, qué idiotez.

—¿Ni crees que pudiera tener una amiga fija, a medio camino?

—¡Carla!

Le había prometido a su madre no decirle nada a Herminia, y bastante se estaba delatando. Plegó velas. No era el momento. Tal vez fuese algo grave, e inminente, pero no para discutirlo por la mañana, con su hermana a punto de ir a trabajar.

—Bueno, es que... como todo el mundo se ha vuelto loco —suspiró insegura.

—¿Tú has visto a papá? Aparte de que es un trozo de pan... Tampoco tiene veinte años ni está como a los treinta.

—Ya, vale, lo siento.

Herminia la taladró con los ojos.

Carla la sintió explorando su mente.

—Vas a llegar tarde —le dijo mientras salía de la cocina.

Catorce

Salió a la calle bastante después de quedarse sola, un tanto insegura tras del conato de ¿conversación? con Herminia. Estaba harta de escuchar siempre lo mismo. Harta de que vieran en ella la edad, no la cabeza. Y encima, sujeta a la promesa hecha a su madre y a su miedo, no había tenido valor para compartir con su propia hermana la nueva incertidumbre que se cernía sobre su hogar.

Se dirigía al parque, para estar sola y a salvo. Hubiera podido hacer la llamada desde casa, pero su madre era la que controlaba el teléfono y el gasto,

así que habría visto el día y la hora al llegar la factura. Prefería utilizar su saldo antes que arriesgarse. Envuelta en sus pensamientos, apenas si se dio cuenta de nada.

Sabrina apareció ante ella igual que un fantasma emergiendo de un pasado muy cercano.

Se quedó muy quieta, tensa. Podía esperar cualquier cosa de ella. Que en las últimas semanas, quizás dos o tres meses, hubiera cesado en su hostigamiento, no significaba nada. Estaba loca. Loca de amor, de celos, de lo que fuera, pero loca al fin y al cabo.

La ex de Diego era peligrosa.

—Hola, Carla —le cortó el paso.

Intentó eludirla, pasar de ella. No pudo. Sabrina se le puso delante por dos veces. La determinación de su cara era feroz. Su bello rostro, porque aun así era muy guapa, quedaba surcado por los ramalazos de ira y la animadversión de la mirada. Tenía la misma estatura que ella, cabello muy negro, lo mismo que los ojos, de mirada fría, nariz perfecta, de punta algo respingona y labios sugestivos, muy marcado el superior y muy carnoso y abierto el inferior. Los tres años de diferencia también se hacían notar. Era mucho más mujer, pecho firme, cuerpo estilizado.

Diego y su buen gusto.

—¿Qué quieres? —le preguntó Carla cruzándose de brazos, más como protección que por ganas de plantarle cara.

—Me han dicho que fuiste a verlo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Fuiste o no?

—Sí.

—¿Cómo está?

Estuvo tentada de decirle que ya no era cosa suya, que no le pertenecía, que su

historia había muerto y punto. Tentada de recordarle que Diego y ella habían terminado un año antes. Comprendió, de pronto, que eso era muy fuerte. Si Sabrina continuaba amándolo, y así era, debía de estar pasándolo tan mal como todos. Ese atisbo de piedad la desarboló.

Sabrina, sin embargo, interpretó su silencio como una negativa.

—Necesito saberlo, por favor —la súplica estuvo inmersa en dolor—. Está contigo, de acuerdo, pero hay cosas que no se olvidan. Cerdo o no, es Diego.

—Sigues enamorada de él —no fue una pregunta, fue una aseveración cansina.

—Sí—la desafió Sabrina.

—¿Por qué?

—¿Me lo preguntas en serio? —sonrió expulsando su amargura a través de su sarcasmo—. ¿Crees que el amor se acaba cuando uno de los dos quiere? ¿Y el otro, qué?

—Escucha, Sabrina...

—No, escucha tú. Te lo dije. Cuando se le caiga la venda de los ojos contigo, volverá a mí. Tú no eres más que una fantasía. Yo soy su mujer.

—No volverá —no quería ser dura, ni hacerle daño de forma deliberada. Sólo exponía una realidad que, para sí misma, era abrumadora y amarga—. Está acusado de asesinato.

—Saldrá, y entonces sabrá quién ha estado de su parte y quién no. Y si fuiste a verlo es porque sabes que él no lo hizo, que nunca haría daño a nadie.

—Fui a verlo porque lo quiero.

—Tú no puedes querer —apretó los puños, y Carla temió que tratara de agredirla, como aquella vez. Se calmó tan rápido como había estado a punto de estallar y volvió a la súplica al agregar en otro tono de voz—: Por favor... Por favor, ¿cómo está? Me estoy volviendo loca...

Loca. Esa era la palabra. Nunca cejaría. La suya era una obsesión fatal, llevada al máximo. El amor convertido en pasión, y la pasión, en locura.

—No está muy bien —admitió Carla, rendida—. Lo está pasando muy mal.

—¡Porque no lo hizo!

—Lo sé, aunque todo lo acuse.

—¡Es inocente, y la policía tendría que saberlo! ¡Mierda! ¿Para qué están? ¿Te ha dicho su abogado si están investigando más?

—Es un caso cerrado.

—¡Joder! ¡Joder!... ¡Joder! —con cada expresión aumentó el tono hasta convertir el último en un grito que atrajo la atención de los que pasaban cerca. Una mujer le lanzó una mirada de desaprobación, y ella se encrespó aún más—. ¡Y tú, qué miras!, ¿eh?

La mujer rezongó algo y apartó la vista.

—Sabrina, por Dios —trató de detenerla Carla.

—¡Métete en tus asuntos, bruja! —le gritó la ex novia de Diego a la mujer, que aceleró el paso más y más avergonzada.

Carla lo aprovechó para continuar su camino.

La zarpa de Sabrina la detuvo.

—¡Carla!

—Déjame, ¿quieres?

Estaba en su calle, a unos metros de su casa, podían verla los vecinos o los conocidos. No supo qué hacer. Cuando Diego y ella se enamoraron y él dejó a su novia, fue un infierno. Llamadas telefónicas, amenazas, súplicas, gritos, escenas... Diego tuvo que pararle los pies, y no le fue fácil. Era igual que tratar de convencer a una piedra. ¿Cómo doblegar una obsesión? El día que él había ido a su casa para hablarle seriamente, ella llegó a desnudársele en su habitación para «hacerlo por última vez». Sabrina había llegado a hitos de desesperación, rabia, pasión y furia a los que Carla jamás hubiera creído que una mujer pudiese llegar.

No quería que volvieran a reproducirse, y menos a la puerta de su casa.

—Tú no le mereces —exhaló con los dientes apretados.

—Suéltame.

Los ojos de la ex novia de Diego se habían inundado de fuego. Dos volcanes rojos. Carla comprendió que había estado llorando. Y mucho.

—¿Vas a dejarlo? —la zarpa era de hierro.

—No.

—Tú no aguantarás toda esta mierda.

—Está en la cárcel. No voy a dejarlo —lo expresó con la mayor de las contundencias.

Sabrina forzó una sonrisa amarga.

—Lo harás —dijo—. No tienes lo que hay que tener. Yo sí estuve con él las otras dos veces. A ti esto te viene grande.

Logró soltarse. Tiró de su brazo y la zarpa se deshizo. Quedaron mirándose como dos gatas salvajes, aunque la fiereza de Sabrina era mucho mayor que la suya. Tres años eran tres años.

Acababa de decir que ella era «su mujer».

Se apartó de su lado de nuevo y, ahora sí, consiguió alejarse de ella. Paso a paso. Los dardos fríos que surgían de los ojos de Sabrina se le hundieron en la espalda, fue capaz de sentirlos. No volvió la cabeza.

—¡Fuiste a la cárcel y lo viste! —le gritó Sabrina—. ¡No lo resistirás, Carla!
¡Ni hablar! ¡Tú no estás hecha para esto!

No, no volvió la cabeza.

Quince

No tembló hasta que llegó al parque, al amparo de los árboles, el refugio plácido de su silencio a espaldas del mundo. Allí, la vida tenía otro color, otro aroma. No había parejas, como al anochecer, pero sí madres y abuelas con niños pequeños, en la zona de juegos, y ancianos al sol, igual que lagartos, absorbiendo energía para el invierno. Los menos, algunos ociosos, leían el periódico o comían un bocadillo, charlaban o se limitaban a ver pasar al personal.

Nadie se fijó en ella. Era una más.

A pesar de su estatura, su cabello rubio, el poderoso imán de su imagen.

Buscó un banco apartado y lo encontró en una zona todavía a la sombra. Cuando el sol empezaba a pegar duro, los ancianos se mudaban. Pero mientras fuera liviano, aprovechaban cada minuto. Extrajo el móvil y marcó el número despacio, para no equivocarse. Tratándose de una llamada a larga distancia, a otro país, un error era imperdonable y se pagaba caro. Quizás necesitase de todos sus ahorros, aunque aún no sabía para qué.

Diego, Diego, Diego...

El zumbido le llegó alto y claro a través del pequeño auricular. Cerró los ojos y los contó. Uno, dos, tres... La voz de su padre apareció justo al iniciarse el cuarto.

—¿Papá?

—¿Carla? ¡Hola, cielo! —y al instante la duda—: ¿Sucedo algo?

—No, no, tranquilo.

—Ah, menos mal. Nunca me llamas y el número que tenía en la pantalla era el

de tu móvil, ¿no?

—Sí, quería hablar contigo, eso es todo.

—Vaya —el tono recuperó la inquietud, la experiencia paterna de no tenerlas todas consigo—. ¿Qué quieres?

No supo cómo empezar.

—Te echo de menos.

—Yo también —la respiración fue audible a través de la línea—. ¿Te han suspendido alguna?

—Ya sabes que no.

—Es broma —quiso disimular.

—¿Te pillo conduciendo?

—No, no, tranquila. No habría cogido el móvil, ya lo sabes, que aquí las multas son de dos pares de narices. Estoy repostando.

—¿Dónde?

—En Saarbrücken.

—¿Y dónde está eso?

—En Alemania, cerca de la frontera con Francia y a una hora de Luxemburgo.

—Creía que venías por el norte.

—Parte de la carga iba a Francfort.

—Ya, claro.

No sabía muy bien de qué le hablaba. Su padre enunciaba ciudades y países con toda naturalidad, igual que ella hablaba de una calle u otra. Antes, cuando era más niña, se entretenía en coger un mapa y ver los trayectos, cada itinerario. Primero, su padre la ayudaba. Luego lo hizo sola, a modo de juego. Rastreaba Europa país a país, y cada país ciudad a ciudad. Él la ayudaba

llevándole postales de todas las partes en las que había estado, hasta que de tanto repetirlas ya no le trajo más.

En aquellos días ella también quería ser camionera.

Ahora no.

Sólo quería estudiar, aunque aún no tuviese claro su futuro.

—Carla, ¿estás bien?

—Papá, ¿cuándo volverás? —se dejó llevar por el último suspiro.

—Ya estoy de camino, cielo.

—Pero ¿cuánto es eso? ¿Mañana, pasado?

—Me estás asustando, ¿sabes?

—Mamá estaba llorando anoche —se rindió.

—¿Por qué?

—No lo sé —tuvo que mentirle—, pero, por favor, vuelve pronto. Y tráele algo bonito esta vez. Por favor.

—Claro, Carla. Claro.

—Es que...

—Cariño, lo siento.

—Ella dice que es la menopausia.

—Puede ser. Lleva unos días rara.

—Te necesita, papá.

Más que una declaración, fue una rendición. Se dio cuenta de que temblaba y de que estaba aferrada al teléfono como si él fuese lo único que la mantuviese en pie, o colgada de un limbo extraño. Nunca le había hablado así a su padre. Era igual que dar un enorme salto al vacío de golpe. Ahora sí era una mujer.

—Volveré cuanto antes.

—Nosotras también te necesitamos, Hermi, yo...

—Te quiero mucho, hija —la emoción también fluía del otro lado.

Parecía todo dicho, pero no era así. Quería que él también supiese el resto.

—Fui a ver a Diego.

—¿A la cárcel?

—Sí.

—Dios... Cariño...

—Es inocente.

En algún lugar de Europa llamado Saarbrücken, cerca de la frontera con Francia y a una hora de Luxemburgo, se hizo el silencio.

—¿Papá?

—Lo siento, Carla.

—¿Qué es lo que sientes?

—Todo.

—No soy tonta, ni crédula. A veces basta con mirar a los ojos de las personas. Ellos hablan por sí mismos. Metió la pata, y lo está purgando, pero no hizo eso que dicen.

—Sabes que estoy contigo, hija.

—Ahora necesito que estés con los dos, y que confíes en mí.

—¿Cuándo he dejado de confiar en ti?

—Cuando me dijiste que Diego me traería problemas.

—Soy tu padre.

—Ya lo sé.

Creyó escuchar una voz de mujer al otro lado de la línea. Abrió los ojos. Estaba en el parque, seguía sentada en el banco, lucía el sol y los niños jugaban en los columpios. Una voz de mujer. Podía ser la encargada de la gasolinera, o la que cobraba, o una clienta que hablaba en voz alta junto a él. Podía ser cualquier cosa.

Incluso la dueña de la casa en la que su padre se detenía a la ida y a la vuelta de sus viajes para tratar de recuperar los sueños perdidos.

—Te quiero, cariño.

—Y yo a ti.

—Cuida de tu madre mientras vuelvo, ¿vale?

—Vale.

Fue todo.

Los dos cortaron la comunicación al mismo tiempo y Carla se quedó con el teléfono en la mano, sin muchas fuerzas para volver a ponerse en pie y continuar con todo lo que tenía que hacer ese día.

Dieciséis

No le pregunto quien era, así que, en cuanto abrió la puerta, Lorena se la quedó mirando tan perpleja como todavía somnolienta. Su aspecto era inequívoco, pelo revuelto, cara de sueño, el espantoso pijama de ranas verdes sobre un fondo blanco... Acababa de ser arrancada de la cama.

—Si llego a ser el del butano... —dijo Carla.

—No enseñó nada.

Iba descalza, y su cuerpo en plenitud no lo disimulaba ningún pijama, por muchas ranas verdes sobre fondo blanco tras las que se escudase. Los pantaloncitos ya le venían un poco justos. La parte de arriba lo mismo. Había dónde mirar.

Tardaron menos de tres segundos en echarse una en brazos de la otra.

—¡Tía, tía...! —la apretó Lorena con todas sus fuerzas.

—Hola.

La sensación se mantuvo. No hubo lágrimas, ningún desgarró emocional. Sólo la difusión de toda aquella energía, expandida por sus cuerpos firmemente unidos.

—Anda, pasa — la dueña de la casa fue la primera en separarse.

—¿Estás sola?

—¿Te habría abierto yo si llega a estar mi madre aquí?

—Siento haberte despertado.

—¡Jo, tía, que son vacaciones! ¡A la mierda el despertador!

Lorena arrastró su cuerpo por el pasillo. No se metió en su habitación, de la que acababa de salir. Caminó hasta la sala y allí se derrumbó en el sofá, cuan larga era, como si acabase de hacer un tremendo esfuerzo. Una vez tumbada, recordó algo.

—Oye, si quieres beber cualquier cosa, ya sabes dónde está la cocina, ¿vale?

—¿Noche de juerga?

—No, que va. Las ganas.

—Ahora no quiero nada —Carla se sentó en la butaca, frente a ella, y la cubrió con una mirada emotiva. Su sonrisa era dulce.

La de Lorena, pesarosa.

—Perdona —le dijo ella.

—¿Por qué? —se extrañó del comentario su visitante.

—Tenía que haber ido a verte.

—No seas tonta.

—Lo estás pasando mal.

—Un poco.

—Pues eso —hizo un gesto de impotencia—. Y yo ni siquiera sabía qué decirte.

—La culpa fue mía —manifestó Carla.

—No creo que sea culpa de nadie.

—Apenas nos vemos.

—Caray, ni que fuera una tragedia.

—Al aparecer Diego...

—Que sí, mujer. Que una se priva, que ya lo sé.

Carla miró a su alrededor. ¿Cuánto hacía que no estaba allí? Desde su posición se veía la puerta abierta de la habitación de su amiga, el espacio en el que habían pasado tantas y tantas tardes, oyendo música, jugando, haciendo planes, fabricando sueños, inventando historias, describiendo a los chicos con los que saldrían.

Un mundo entero de recuerdos.

—Te dejé sola —suspiró la recién llegada.

—Yo te dejé sola a ti —se lo aclaró Lorena—. Pero es que salir con vosotros dos... ¡Y las parejas que me buscabais, por Dios!

Carla se echó a reír.

—Tadeo no estaba mal —se atrevió a decir.

—¡Que no estaba mal! —su amiga extendió las dos manos engarfiadas hacia ella, como si quisiera retorcerle el pescuezo—. ¡Por Dios, si llega a ser más feo, se va directamente al cubo de la basura! ¿Y el Ramiro aquel de las narices? ¡Tenía halitosis! ¡Cada vez que me hablaba, me tumbaba de espaldas! ¿Y tú eras mi amiga? ¡Menuda cerda!

Ya no pudo más y estalló. Su carcajada fue tan fuerte que casi se le atragantó. Carla también subió el tono de su risa. La de Lorena era contagiosa, abierta. No se cortaba un pelo, juntas habían causado estragos.

Y tras aparecer Diego...

La calma volvió poco a poco a una y otra. Cuando los últimos rescoldos de su risa se apagaron en sus cuerpos, Lorena se incorporó, quedó sentada y le atrapó las manos a Carla.

—¿Cómo están las cosas? —quiso saber.

—Puedes imaginarte. —Con su amiga no había por qué fingir, ni por qué hablar de ninguna otra forma que no fuese la suya. El tiempo no impedía que fuesen más que hermanas—. Todo el mundo ha estado en contra de Diego, siempre, y ahora esto.

—Ya sabes lo que pienso —le confió Lorena.

—No es malo.

—No es que sea bueno o malo, es que atrae los problemas, los lleva consigo, y te ha arrastrado a ti.

—No me ha arrastrado.

—Eres su novia, y él está en la cárcel. Si eso no es arrastrar... —la muchacha se excitó ligeramente—. ¡Fue la noche de vuestro primer aniversario, por Dios!

—Por lo visto, ella era una depredadora. Fue a por él.

—¿Y qué? ¡Joder, tía! ¿No podía tener la bragueta subida por una vez?

¡Siempre juntos, y a la primera de cambio...! —Lorena le apretó las manos—. ¡Carla, siempre hay una depredadora! ¡Siempre hay una en celo! ¡Tú y yo también salíamos de caza!

—Teníamos 14 años. No hacíamos nada.

—¿Y a los 18 o a los 19 tampoco haremos nada?

—No lo sé —fue sincera.

Le costaba hacerse a la idea de que Diego ya no estaba con ella.

Y tal vez no volviese a estar nunca más.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy directa? —Lorena la miró con fijeza a los ojos.

—Sí.

—¿Lo hizo él?

—¿Tú que crees? —le devolvió la pelota.

—Yo he preguntado primero.

—Mi respuesta no va a cambiar. Quiero saber la tuya.

—Yo no tengo ni idea —se encogió de hombros Lorena.

—Sí, sí tienes idea. Los periódicos lo han crucificado. La televisión lo ha crucificado. Piensas que lo hizo, y no te culpo. Pero yo fui a verlo a la cárcel, lo miré a los ojos, como te miro ahora a ti, y me juró que no había sido él. ¡Me lo juró!

—Fuiste a la cárcel —apenas si pudo musitar Lorena.

—Sí.

—¿Y cómo está?

—Fatal.

—Lo extraño es que aún no le hayan matado allí —se estremeció—. Dicen que no aguantan a los violadores.

—Lorena, por favor...

—Perdona.

—Está aislado —Carla se dejó caer hacia atrás.

Perdido el contacto de sus manos, su amiga hizo lo mismo. Volvía a flotar un leve abismo entre las dos, y ninguna de ellas quiso hacerlo más grande.

Carla recordó los motivos de su visita.

Un poco de paz, aliento, y...

No quiso soltárselo de golpe. Quiso ser cauta.

—Mira que me he hecho. —Se subió la camiseta para enseñarle el tatuaje en torno al ombligo.

Lorena alucinó.

—¡Qué pasada! —Saltó del sofá para verlo con más atención y de cerca—. ¡Es fuerte!, ¿no?

—Me dio por ahí —reconoció—. A Diego y a mí.

—¿Te dolió?

—Es soportable. Peor debe de resultar en otras partes más... suaves, digo yo.

—Es precioso —Lorena acarició el dragón con los dedos de la mano—. ¿Que han dicho tus padres?

—No lo han visto.

—¿En verano y no lo han visto?

—Espero el momento, aunque me temo que no vaya a llegar y me vea obligada a ir todo el tiempo tapada. Mi madre pondrá el grito en el cielo, imagino.

—Yo lo comenté en casa y.. —distendió los labios con resignación—. Mi padre dijo que si venía marcada, como una vaca, me llevaba al matadero.

—Ya será menos.

—Pero tiene la mano tonta, no es como el tuyo, prefiero no provocar, sobre todo después de los dos cates.

—¿En serio?

—A pringar, mates y lengua, mis sambenitos —hizo un gesto de derrota—. Menudo verano nos espera.

Empleó el plural.

Carla decidió no prolongarlo más. El momento era tan bueno como otro. Las nubes negras de la tormenta Diego ya no estaban presentes entre ellas. El tatuaje había abierto un claro en su cielo.

—Hablando del verano, ¿recuerdas a Gonzalo?

—¿Tu vecino? Pues claro, vaya pregunta. ¿Seguís pelando la pava en la azotea o ya lo habéis dejado desde lo de Diego?

—Seguimos.

—¿Lo sabe Diego?

—Gonzalo es mi amigo. No tiene nada que ver.

—Pero no se lo dices, por si se pone celoso.

—¿De Gonzalo?

—Sí, ¿qué pasa? Un tío es un tío. Y él es una monada.

A Carla se le aceleró el pulso.

—Sí, ¿verdad?

—Te mira con esos ojitos tan tiernos...

—¿A mí?

—En general, tía. Aunque siempre he pensado que estaba enamorado de ti, como todos.

—No seas mema.

—Ya.

—¿En serio crees que es una monada?

—Y un dulce —sonrió Lorena—. Quiero decir que te mira y... no sé, te acaricia con los ojos.

—¿Tú te sentías acariciada por ellos?

—Sí.

—Es increíble —Carta no supo si contárselo todo o actuar con tacto—. No me dirás que te gustaba.

—Mucho —fue sincera.

—¡Nunca me lo dijiste!

—Mujer...

—¡Somos amigas! ¿Por qué...?

—Porque siempre he creído que por mucho que me mirase a mí en plan tierno, primero estabas tú. Yo era una extensión —lo concluyó de modo frívolo.

—Pues anoche me preguntó por ti.

—En plan cortesía.

—No, en plan chico-pregunta-por-chica y chico-interesado-en-chica.

—¿En serio?

—Y puso cara así como de lánguido —hizo un gesto payaso, para restarle trascendencia al tema.

—¡No seas burra! —Lorena estuvo a punto de echarle un cojín.

—No lo soy. Hablo en serio.

—¡Venga ya!

—¿Cuánto hace que no lo ves?

—No sé, meses, desde la última vez que estuve en tu casa, o antes.

—Pues está muy bien. Ha pegado un tirón.

—¿Me estás vendiendo la moto?

—¿Por qué no vienes a casa hoy o mañana?

—Me estás vendiendo la moto —Lorena no se lo podía creer—. ¿Quieres que me líe con Gonzalo?

—¿Por qué no?

—¡La madre que te parió! —soltó un bufido la chica.

—Tú ven, y echas un vistazo.

Acabó arrojándole el cojín.

Luego fue ella la que saltó sobre su visitante.

Carla no la esperaba, así que se vio reducida, sometida. Lorena la agarró de las manos y, aunque forcejearon, la ventaja era de la que estaba encima. La propia risa de una y otra hizo el resto.

Acabaron abrazadas, haciéndose un hueco en la butaca, muy juntas.

Recuperándose la una a la otra.

—¿Cómo estás? —le preguntó entonces Lorena.

—Llena de miedo —dijo Carla—. Aunque no sé de qué, si es sólo por Diego o hay algo más.

Diecisiete

Se le escapaba algo.

Tenía un montón de piezas sueltas en su cabeza, y aunque todas parecían encajar, sabía que no era así, que algo seguía suelto, algo oculto y sin embargo presente.

Tan solapado que...

Diego y Gustín. Luego ellos más Nando y Quique. Después Gabi y Solé con los cuatro. Primer punto de fricción. Dos chicas, una de ellas de bandera, y cuatro chicos a cual más salido. Escarceos. Miradas. Roces. Bromas. Y la «selección natural», la teoría de Darwin aplicada al presente en una noche de marcha: Diego y Gabi. A continuación la parada decisiva, en casa de Lucas y Alberto. Sólo Gustín, Diego y Gabi. ¿Por qué Gustín? ¿Para no dejarlo solo? ¿Para aprovecharse? Diego y Gabi ya pasaban de todo. Con la liberación de los sentidos, el acto final, la escapada, a tumba abierta.

Colocados.

Muy colocados.

Marcó el número de Gustín en el móvil, pero tuvo la misma suerte que el día anterior. Debía de ser la hora del reparto. O eso, o Gustín no lo llevaba conectado en horas de trabajo, por si se le escapaba una buena propina o una solitaria señora dispuesta a dejarse seducir por su morro.

Gustín le daba asco, y sin embargo llevaba también una buena carrera.

No quiso resignarse a esperar. No tenía nada mejor que hacer. Se orientó, localizó una parada de autobuses y tomó el que podía dejarla más cerca del supermercado en el que trabajaba el amigo de Diego. De tanto darle vueltas a la cabeza a sus escasos ingredientes, casi se le pasó la parada en la que debía apearse.

Cuanto más sabía, más le dolía.

Y cuanto más averiguaba, peor se sentía.

Pero ya no iba a detenerse.

Aunque en la noche de su primer aniversario Diego estuviese con otra, engañándola, arrastrándola en aquella absurda caída a los infiernos.

No quería llorar. Estaba harta de llorar.

Gustín no estaba. Tenía un extenso reparto a cuestas. Incluso iba en la camioneta. Tal vez tardase media hora, o más. Carla se retiró a una prudente distancia, dispuesta a esperarle. Lo peor de momentos así era el alud de sus pensamientos cayendo en cascada, atropellándose unos a otros. Acababa agotada.

De forma deliberada, fue hacia atrás.

Hasta el comienzo.

Aquella noche mágica, la del encuentro, ella estaba deslumbrante, verdaderamente hermosa. Ni de broma aparentaba su edad. Diego había surgido de las sombras, igual que un fluorescente iluminando la oscuridad. En una película que recordaba había una escena parecida: *West Side Story*. María y Tony coincidían en el baile y, al verse, todo se ralentizaba, los danzantes se movían a cámara lenta, abrían un pasillo multicolor de extremo a extremo para que ellos avanzaran hasta tocarse. Magia pura.

O era ella, romántica.

Demasiado.

Y los dos sucumbieron. No fue primero él o primero ella. Los dos. Sucedió de forma rápida, brutal y fascinante. Hablaron y se desearon con los ojos. Bailaron y jugaron. Al dejarla en casa, el primer beso los catapultó al abismo. Ya no hubo vuelta atrás. Sus mentes se volvieron del revés. Ella jamás lo hubiera creído. Ni aunque se lo juraran los dioses. Nunca se hubiera sentido capaz. Novio a los quince años. Las dos semanas que le faltaban para los dieciséis no importaban nada.

Después, un año entero de amor, pero también de problemas, luchas, recelos y energías agotadas. Carla oía su propia voz restallando en su cabeza: —¡Sé que no tenemos nada en común, sé que somos distintos, sé que me hará llorar... pero lo quiero!

Y la había hecho llorar.

¿Era eso el amor, sufrir, lamentar, sentir que no se está completa sin la otra persona, que te falta el aire mientras vives un vértigo doloroso?

Vio aparecer la camioneta de reparto del supermercado y se relajó. Si trataba de reconstruir aquella noche era por amor, por él, por ella, por saber qué pasó.

Al diablo todo lo demás.

Cruzó la calle. No quería que Gustín se metiese dentro. Mejor hablar fuera, por si se enfadaba, le gritaba o se ponía borde. Al verla, el amigo de Diego no ocultó sus sentimientos. Elevó las dos manos al cielo, y también la cabeza, en un claro gesto de cansancio y desesperación, olvidando que en un momento de debilidad le pidió que fuera a verle o le llamara si tenía noticias. Carla prescindió de ello. No se detuvo hasta que se le plantó delante y él la miró con su habitual frialdad.

—¿Y ahora qué?

—Hago esto por Diego —le espetó.

—¿No es por verme a mí?

Pasó de su comentario grosero y machista. Ya no importaba. Si tenía que aliarse con el diablo para ayudar a su novio, se aliaría, aunque el diablo se llamase Gustín y fuese un redomado salido hijo de puta.

—La noche de marras —le centró el tema—, Diego, tú y Gabi en casa de Lucas y Alberto. ¿Quién más había?

—Un montón de gente. A la mayoría ni los conocía.

—¿Era una fiesta concertada o algo así?

—¿Una fiesta concertada? —lo repitió con cara de asco—. ¿Tú de que vas?

¿En que planeta vives?

—Dame nombres, Gustín.

—¡Y yo que sé! ¿Qué tiene que ver esto con lo que pasó?

—¿Quién sabía que Diego y ella se iban a casa de él?

—Tampoco lo sé, ¿o crees que lo anunciaron a los cuatro vientos?

Camino cerrado, o por lo menos vedado momentáneamente.

—De acuerdo —cambió el sesgo del interrogatorio—. ¿Cómo se fueron Diego y ella?

—¿Qué quieres decir?

Tuvo ganas de preguntarle si era tonto o qué. Extremó la cautela.

—Iban muy colocados, todo el mundo lo sabe, todo el mundo me lo repite. Así que bajan a la calle y... ¿qué? ¿La chica tenía moto, o coche?

—No, nada. Llegamos a casa de Lucas y Alberto a pie.

—Pero de casa de Lucas y Alberto hasta la casa de Diego hay un trecho, y en su estado... No me digas que también fueron a pie, porque no creo que hubieran llegado.

—Oye, Carla —suspiró sin mucha convicción—. Hay taxis, cariño.

—¿A esas horas, y los dos colocados? ¿Desde cuando los taxistas son tan buenos samaritanos que te paran y te recogen?

—Mira, pregúntaselo a Alberto, ¿vale? —se rindió Gustín—. Fue él quien bajó a abrirles el portal. Es de esas casas que cierran con llave la puerta de la calle cuando es de noche, y hay que bajar siempre porque no se abre desde arriba.

—Así que Alberto fue el último que los vio.

—Sí.

—¿Tienes su teléfono?

—No, no lo tengo.

—Parece mentira que seas el amigo de Diego —ya no pudo más Carla.

—Y tú parece mentira que seas su novia.

—¡Yo estoy haciendo algo para ayudarlo!

—¡Por qué no lo ayudaste esa noche saliendo con él? ¡Si hubieras estado ahí, nada de todo esto habría sucedido!

—¡Eso no es justo y lo sabes! ¡Fue una noche, una sola noche!

—¡Bah, vete a la mierda, niña! —le dio la espalda.

Carla no pudo evitarlo. Se agachó, recogió una caja de cartón vacía y se la tiró por la cabeza. No le hizo daño. Fue el efecto, la trasgresión y la rebeldía. Gustín se detuvo, apretó los puños y pareció estar dispuesto a retroceder para enfrentarse a ella.

No lo hizo.

Escupió al suelo, con fuerza, la despreció con la mirada y continuó su camino.

Con Diego en la cárcel y todo lo sucedido, ya no cabía el esfuerzo de disimular.

Era una guerra.

Dieciocho

El piso de Lucas y Matías estaba igual que en su primera visita. Más aún: Lucas llevaba la misma ropa que el día anterior, la camiseta sucia y vieja, sin mangas, y los pantaloncitos cortos haciendo juego en el mismo estado. El olor

a tíos solitarios la golpeó de nuevo nada más abrirse la puerta.

—Vaya —la saludó Lucas con renovada sorpresa.

—Perdona...

—No seas tonta, mujer. Pasa.

Como el día anterior, también le llegó aquella náusea inquietante. Se dio cuenta de que no sólo era por el olor, y más aún el del tabaco, sino porque allí mismo había tenido lugar la antesala de la tragedia por la que Diego estaba en la cárcel.

Había fantasmas vivos en el ambiente.

—Hoy sí tomaré un vaso de agua, por favor.

—Enseguida.

No tuvo que preguntar por Alberto. Obviamente, no se encontraba en la casa. Miró el trabajo que Lucas estaba haciendo, muy bueno, algo de publicidad, y se volvió al regresar su anfitrión con el vaso de agua. Bebió la mitad de inmediato y se quedó con él en la mano sin saber donde dejarlo.

—¿Qué tal todo? —le preguntó Lucas.

—Ayer olvidé algo.

—Ya me imaginaba que no venías por mí —quiso hacer una broma.

Carla bajó los ojos.

—Perdona —se excusó él—. ¿Qué... olvidaste?

—Me ha dicho Gustín que cuando Diego y la chica se marcharon, Alberto bajó a abrirles la puerta.

—Sí, es posible. No lo hice yo, así que lo más seguro es que fuera él.

—¿Sabes cómo se marcharon?

—No entiendo.

—Estaban muy colocados, así que a pie no irían.

—Pues... no sé. —Lucas puso cara de no haber pensado en ello—. Tendrás que preguntárselo a Alberto, si fue él quien los dejó en la calle.

—¿A qué hora puedo verlo?

—Estará aquí en... —miró su reloj— una media hora.

—¿Lo espero?

—Claro, ponte cómoda —Lucas quitó un montón de libros de una butaquita desvencijada—. La encontramos en un contenedor y no está nada mal. Bueno —se echó a reír—, todo lo que tenemos aquí lo hemos sacado de contenedores. La gente rica tira cosas casi nuevas. Uno puede amueblarse el piso si ronda de noche por las calles.

No podía estar dos días seguidos sin ir a comer, así que confío en la previsión de Lucas acerca de que Alberto llegaría en media hora. Con su madre tan susceptible, su presencia en casa se hacía necesaria. Pero ya que estaba allí, no iba a marcharse, aunque también podía regresar por la tarde.

Seguía con el vaso de agua entre las manos. Le dio un segundo sorbo.

Lucas se sentó en su mesa, pero no hizo ademán de reanudar su trabajo. Se la quedó mirando súbitamente serio.

—No quiero molestarte. Si tienes trabajo...

—No, tranquila —se mordió el labio inferior.

Transcurrieron cinco incómodos segundos.

—Hay algo que no te dije ayer —volvió a hablar Lucas—. Tampoco es que pensara en ello, pero...

—¿Qué es?

—Esa noche, después de que Gustín le diera más pastillas a Diego...

—¿Llevaba encima la farmacia, o qué?

—Parecía una tienda, sí. Las sacaba de los bolsillos como si fueran caramelos.

—Sigue, ¿qué ibas a decirme?

—Pues que Diego se fue al lavabo, no sé si a mear o a vomitar, no tengo ni idea, y entonces Gustín intentó montárselo con la chica.

—¿En serio?

—Se le notó mucho, sí. Iba ciego, pero por ella. La tal Gabi empezó a bailar, ella sola, y puso a la peña como motos. Se movía de una forma... Y se le marcaba todo, ¿entiendes?, por aquí, por aquí... —se llevó las manos al pecho y a la entrepierna—. Yo no recuerdo una descarga erótica tan fuerte. Pienso que Gustín lo que esperaba es que Diego no pudiera con ella.

—¿Para beneficiársela él?

—Fijo —asintió Lucas—. Yo le dije que era un cerdo, que si estaba con Diego, estaba con Diego, y Gustín me contestó que lo hacía por ti, para que él no metiera la pata. Pero no era verdad. A Gustín le iba la tía cantidad. Nos iba a todos. Claro que a Diego...

—¿Qué? —le apremió al ver que se detenía.

—En un momento dado me dijo que se parecía tanto a ti...

—No eres el primero que me lo dice.

—Tampoco es una excusa, lo sé. Además, ella era mayor. Otra historia.

—Tranquilo.

—Tú me pareces una tía muy legal.

—Gracias.

—Lo que estás haciendo por Diego, lo que aguantas...

—¿Qué hizo Gustín cuando Diego y Gabi se marcharon?

—Emborracharse.

—¿A qué hora se fue la gente de aquí?

—Ni idea. Yo acabé en la cama y... bueno, ya no sé.

Sólo llevaba allí cinco minutos, pero tuvo suerte. Se escuchó el ruido de la puerta del piso al abrirse y, acto seguido, una voz recia anunciando.

—¡Hola!

Lucas puso cara de circunstancias.

—Ahí lo tienes —dijo.

Alberto apareció en la salita con aspecto sudoroso. No tenía casi nada que ver con su compañero de piso. Más alto, más fornido, más de todo. Alzó las dos cejas al encontrársela allí sentada. Miró a Lucas. Y lo hizo con cara de sospecha.

—Carla ha venido a preguntarte algo —le informó.

Ella se levantó para darle dos besos a los que él correspondió. Mientras, Lucas siguió hablando, poniéndolo al día.

—Vino ayer a preguntar por lo sucedido esa noche. Me olvidé de decírtelo. Está intentando atar cabos.

—¿Para qué? —Alberto miró con fijeza a Carla.

—Para saber quién mató a Gabi.

El silencio se hizo grave. Alberto puso cara de no creérselo. No reaccionó, ni a favor ni en contra. Se quedó allí, de pie, y se limitó a preguntar:

—¿Y qué quieres saber?

—Me han dicho que tú bajaste con ellos cuando se fueron, para abrirles la puerta de la calle y que pudieran salir.

—Sí, fui yo.

—¿Cómo estaban?

Alberto desvió los ojos hacia Lucas.

—Lo sabe todo, no hace falta disimular. Díselo.

—Sé que iban colocados —le ayudó Carla—, que se pasaban un montón, que... Lo que me interesa es saber cómo llegaron a casa de Diego. No pudieron ir a pie. ¿Los viste coger un taxi?

—No, no, nada de taxi. Los llevó Dimas.

—¿Dimas? ¿Quién es Dimas? —quiso saber Carla.

—Uno de los Salcedo; se enrolla bien.

—No los conozco.

—Bueno, ya —se encogió de hombros Alberto.

—¿Cómo sabes que tos llevó él?

—Yo estaba en el portal, con Diego y la chica, diciéndoles precisamente que por aquí no pasan taxis y que no iban a llegar muy lejos, cuando bajó Dimas. Aproveché mi viaje para no tener que hacerme bajar otra vez, a mí o a Lucas. Les dijo que si iban para casa de Diego, él pasaba cerca y los llevaba. Es un buen colega, así que les hizo un favor.

—¿Tienes sus señas?

—Sí.

—¿Puedes dármelas?

—Oh, sí, claro.

Alberto reaccionó. Fue a una habitación, probablemente la suya, y regresó con una agenda. Todo estaba dicho.

Ahora lo único que quería Carla era salir de allí para poder volver a respirar aire puro.

Diecinueve

La comida era silenciosa. Las tres mujeres apenas sí hacían ruido. Masticaban despacio, cortaban el pan a cámara lenta o bebían agua sin que el vaso tintineara lo más mínimo en la mesa. Sus ojos tampoco se encontraban. Si una miraba a las otras dos, éstas desviaban la suya hacia algún lugar, el plato, la fuente con la ensalada o la servilleta.

Una comida de ausencias.

Y los pensamientos en el fragor de cada mente.

Fue Carla la que, de pronto, se levantó, tomó el mando del televisor y lo conectó. Ni su madre ni su hermana dijeron nada, a pesar de que a veces su padre objetaba que la presencia de la caja tonta les impedía comunicarse, les hacía comer sin la debida atención, los distraía.

La pantalla se iluminó con las noticias del informativo de la televisión local, el canal autonómico.

Durante los días posteriores al asesinato, se volcaba en la televisión. También en los periódicos, pero la inmediatez de la televisión era mucho más directa. Fueron dos, tres jornadas de noticias intensas. Su única conexión con el caso, además del señor Venancio, el padre de Diego, aunque él estaba bastante destrozado como para hablar con ella de manera centrada. Hasta la irrupción de esos días amargos, veía los informativos como de pasada. Había un mundo, en alguna parte, y hambre, y guerras, y terroristas sueltos, y también el glamour de las estrellas, o el dichoso fútbol, pero a ella le resbalaba. Su mundo real era el barrio, el instituto, la calle, su casa, Diego... Luego, la televisión había sido casi un juez inapelable. El tono de cada información era sesgado. Decían el «presunto asesino», el «único implicado en los hechos», «el joven acusado», pero en el fondo señalaban a Diego. Gritaban: «¡Ha sido él! ¡Sólo pudo hacerlo él!» Carla lo había visto en la pantalla esposado, con una chaqueta por encima, doblado sobre sí mismo y flanqueado por dos policías.

Y también había oído los gritos de las personas congregadas delante de la comisaría o los juzgados, increpándolo, llamándolo «asesino», «violador»...

¿Cómo olvidarlo alguna vez?

Tan estremecedor.

Ahora, sin embargo, ya no era noticia. Había pasado todo. Otras informaciones ocupaban el espacio. Una niña abrasada en el incendio de su casa. Un accidente en la carretera con siete muertos a causa del choque frontal. La desarticulación de una banda que traficaba con pastillas de éxtasis...

Pensó en Gustín y cerró los ojos.

—¿No tienes más hambre? —le preguntó su madre al ver que no seguía comiendo.

—Sí, sí —mintió—. Estaba oyendo esto.

Tragó la comida como pudo, hasta vaciar el plato. Siempre podía ir a vomitarla, aunque no fuese bulímica. Bastaba con que le diese aquella náusea tan intensa que la acosaba desde hacía días, por cualquier cosa, al recordar a Diego en la cárcel, al pensar en aquella noche, al recordar la casa de Lucas y Alberto por el olor o estando con Gustín. La náusea del asco.

Había algo más. Si Diego ya no era noticia, significaba lo que ya sabía y se hacía más y más evidente: que la policía daba el caso por cerrado. Tenían al culpable. Todo apuntaba hacia él. No habría más investigación.

Alguien se estaba riendo de la justicia.

No quiso prolongar por más tiempo su presencia en la mesa. Acabó el segundo plato y se levantó.

—¿No tomas postre?

—No, no me apetece.

—Apaga el televisor, ¿quieres? —le pidió Herminia.

—¿No quieres verlo?

—Lo has encendido tú —le recordó.

—Vale —agarró el mando y pulsó el botón de apagado.

—¿Qué harás esta tarde? —le preguntó su madre.

—Leer.

Iba a salir, pero no se lo dijo. Más aún, esperaba a que las dos se fueran a sus trabajos para hacerlo libremente. Temió que su madre le encargara algo, le pidiese cumplir un mandado o que estuviera atenta por si venía tal o cual, el del gas o la vecina o lo que fuese, que la obligase a estar en casa a la fuerza.

Llegó a su habitación y se sintió a salvo.

—Mamá... —suspiró.

Tan seria, tan amargada, tan llena de culpas que la aplastaban.

Siempre igual, pero ahora peor.

Pensando en separarse...

Se sentó en la cama y se sintió como un perro acorralado. Por si acaso, tomó el libro que estaba leyendo, aunque ahora no le apeteciese lo más mínimo sumergirse en él. Lo abrió y lo dejó así, al alcance de su mano, por si su madre o Herminia llamaban a la puerta antes de irse. Entonces miró los cajones de su mesa de estudio y, sin saber apenas cómo, abrió el de la derecha y vio el diario.

Su diario.

A diferencia de semanas atrás, no escribía en él cada día, sólo de vez en cuando. Ahora no lo hacía desde poco antes de la noche infausta, la de la muerte de la chica. Pero siempre que se asomaba a aquellas páginas, se sorprendía. Cada vez más a menudo, cuando leía algo escrito apenas meses antes, ni se reconocía. Si lo que leía había sido escrito mucho tiempo atrás, se daba cuenta de su evolución personal y humana, el cambio abrumador que la superaba día a día, semana a semana y mes a mes, así que no digamos de año en año. A veces era como asomarse al alma de otra persona. Alguien muy

parecido a ella misma.

Lo acarició. Los otros volúmenes estaban guardados. Aquél era el último. Incluía las páginas de los días en que Diego y ella...

Buscó aquel origen. Estaba casi al comienzo. Sus ojos empezaron a desfilarse por la superficie de su letra, penetrando en cada palabra, sintiendo y recuperando aquella emoción del primer momento, cuando Diego iluminó la noche de su vida.

Aún era un sueño.

Antes de la pesadilla.

Leyó y leyó, hasta que se detuvo en aquel párrafo tan demoledor.

«Sé que me hará daño. Sé que me hará llorar. ¿Por qué, entonces, siento lo que siento? Lo ignoro, y no me importa, y si me importa no lo lamento. Todavía no. ¿Me he enamorado también por eso, porque es diferente? ¿A qué precio? Sus historias carcelarias me asustan, me dan pánico. Ha estado dos veces metido en problemas, y sé que toma drogas, ¡lo sé! Me dice que no, pero... me miente, ¿y qué clase de relación puede ser la que nace ya con mentiras? Me pregunto qué ve en mí. Siempre me he sentido mujer, y ahora, justo ahora, a su lado, es cuando me siento una niña. Creo que cuanto más miedo tengo, menos puedo echar a correr. Me paraliza. Me mira, me toca, me sonrío, me habla, y me paraliza. No quiero darle la espalda. Me atrae de una manera terrible. Leí un libro en el que a eso lo llamaban "la irresistible atracción del abismo". Por lo visto, cuando te asomas a un balcón te dan ganas de echarte abajo, y si vas a coger el metro te dan ganas de lanzarte a las vías. Nadie lo hace, pero la atracción se siente y es feroz. ¿Me atrae el peligro que representa? ¿Consideraba mi vida aburrida y él es mi motivación? ¿Es amor o locura? ¿Ingenuidad o certeza? ¿Qué me pasa? ¿Y si confundo ese amor con la necesidad? Pero ¿necesidad de qué? No me entiendo, estoy hecha un lío. Dicen que eso es la adolescencia, pues que bien, menuda putada. Si cuando más has de entenderte no lo haces... ¿Luego, quién te cura las heridas que te quedan? ¿Y las cicatrices del alma, que son de por vida?

»Algún día creceré lo bastante para verlo claro, entender de qué va todo esto. Algún día sabré qué he hecho y por qué lo he hecho, y me sentiré orgullosa de

mí o pensaré que fui una imbécil y que me merezco todo lo que pueda pasarme. Quizás sea algo más, mi manera de protestar. Estoy tan cansada de que me digan lo guapa que soy, lo fácil que lo tendré todo en la vida, lo simple que será pillar a un tío con pasta y a vivir... Tan cansada de que sólo vean lo externo, que no valoren nada más. Diego me acerca a la normalidad, al lado peligroso y real de la vida. Con él vivo al filo. Él es mi filo.

«¿Sueño? Y si es así, ¿despertaré algún día? ¿Quiero?»

Pasó algunas páginas. Momentos atrapados en el recuerdo. Días y noches para no olvidar y para olvidar. La primera vez que subió a su casa y estuvo en su habitación. Cada palabra era un grito, y cada sentimiento un puñal. Ahora Diego había sido arrancado de la vida.

Porque otra vida había sido arrancada de este mundo.

Se detuvo en otro párrafo, pero éste ni siquiera se vio en la necesidad de leerlo. Le bastaba con cerrar los ojos y recordar, estremecerse. Aquella noche, apenas un mes y medio después de conocerse...

—Va, mujer, Pruébalo.

—No, Diego.

—No seas tonta, que no pasa nada. Yo controlo.

Y ella miraba aquel polvo blanco, tan aterrador, como una puerta abierta al más allá.

—Me da igual que tú controles. Yo no me meto nada. Te lo dije. Y te dije que si tomabas tú...

—Una vez.

—Nunca es una vez.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he leído.

—Mucho lees tú.

—Eso es lo que me hace ser como soy, y se supone que me quieres por eso, ¿no?

—Te quiero porque estás buenísima.

—Diego...

—Y me pones a mil...

Había querido atraparla, besarla, pero no como le gustaba a ella, sino como si fuera a devorarla. Lo rechazó casi con violencia.

—¡Diego!

—¿Qué te pasa? —le había preguntado en tono quedón, alargando la ese.

—¡No!, ¿qué te pasa a ti?

—A mí, nada.

—Me voy a ir, ¿sabes?

—¿Adonde?

—De tu lado. Se acabó.

—No puedes.

—¿Por qué no puedo?

—Porque me quieres.

—Yo quiero al Diego que no está aquí ahora, que no tiene eso —señaló la droga—. El Diego que sabe llegarme al corazón.

—Claro que estoy aquí, nena. Y te llego. Pero con esto... Ya verás. Te deja los sentidos al límite.

—¡No!

Se lo echó todo al suelo, y luego se puso a correr, sin parar, como una desesperada, sintiéndose traicionada. No se detuvo hasta llegar a su casa, y

allí se puso a llorar creyendo que era el fin. Pero también lloró de miedo, por ella y por él. Una noche atroz.

Al día siguiente, Diego estaba allí, esperándola.

Creyó que la mataría, por haber tirado las dosis.

Y en lugar de eso...

—Perdona, fui un imbécil.

—No vas a dejarlo.

—Sí, te lo juro. Por ti, cariño. Por ti lo hago. Va en serio. Se acabó.

—Diego...

La había besado de verdad, y hasta la emocionó con aquel abrazo, mientras seguía susurrándole al oído que lo dejaba, que no tomaría más, que ella era lo más importante, lo mejor, lo único que valía la pena en su vida. Hablaba en serio.

Se le olvidaba pronto.

—Carla, nos vamos —oyó la voz de su madre al otro lado de la puerta.

—Vale, hasta luego.

Cerró el diario, como si ella pudiera verlo desde el pasillo.

Diego no volvió a tomar drogas duras, al menos delante de ella, pero sí pastillas. Decía que eso no era droga.

No pudo convencerlo de que eran peores, porque destruían el cerebro.

Jamás volvió a ofrecerle nada.

Por eso la mentira había durado tantos meses.

Veinte

Lo estudió una vez, y otra con la segunda pasada. Estaba segura de que no había error posible, pero aún así, al detenerse ante él, se lo preguntó:

—Perdona, ¿eres Dimas?

—Sí.

—Me han dicho en tu casa que estabas aquí sentado.

—¿Quién eres?

—Carla, la novia de Diego.

—Oh, sí.

Hizo ademán de levantarse y ella lo evitó. Se inclinó sobre el chico, le dio un beso en cada mejilla y no esperó a que él la invitara. Se sentó en una de las sillas libres de la mesa mientras él dejaba el libro que estaba leyendo.

—No nos conocíamos, ¿verdad? —indagó inseguro Dimas.

—No.

—Es que a veces soy un despiste.

Carla le observó. Tenía pinta de intelectual. Veintidós, veintitrés, cabello algo largo, gafas negras de concha, un poco de barba, un poco de bigote, sonrisa franca, piel blanca, manos de poeta.

Para ella, unas manos largas y finas eran manos de poeta.

—No quiero molestarte —se excusó.

—Qué va —la cubrió con una mirada de ensoñación que resultó demasiado transparente, a caballo de una timidez palpable y un cierto toque de seguridad por aquello de la edad—. ¿Dices que has ido... a mi casa?

—Sí, tu madre es muy amable.

—Lo es con todas las chicas —hizo un gesto expresivo.

—Pues lamento haberte puesto en un compromiso.

—Bueno, me haré el misterioso.

Liberaron un poco los nervios riendo al unísono. Carla no quiso prolongar los prolegómenos. Un camarero se les acercó para preguntar si querían algo más y ella se apresuró en decir que no. La cerveza de Dimas estaba a la mitad.

—Quería hablar contigo, hacerte unas preguntas.

—¿Conmigo?

—Sobre la noche en casa de Lucas y Alberto.

—¿Y por qué a mí? —mostró su sorpresa.

—Me ha dicho Alberto que tú llevaste a Diego y a esa chica a casa de él.

—Sí, bueno...

—Sé todo lo que pasó, tranquilo —manifestó con calma—. Sólo intento reconstruir los últimos pasos de Diego y ella.

—¿Por qué?

—Porque él no lo hizo.

—¿Ah, no?

Lo dijo como si se hubiera perdido algo.

—No —quiso dejarlo claro Carla.

No hubo respuesta, ni reacción, salvo que Dimas alargó la mano derecha, agarró el vaso de cerveza y le dio un largo sorbo.

—Pues no se qué puedo contarte que no te imagines tú —volvió a dejarlo en la mesa—. Los vi tan a tope que como me venía de paso... me ofrecí a llevarlos, nada más.

—¿Cómo fue el trayecto?

—Pues...

—Sé que iban pasados de vueltas, que montaron el número en el piso y probablemente en tu coche, pero necesito estar segura.

—Es que... no es agradable.

—Ya.

—¿Aún eres... su novia?

—Sí, y déjame decirte algo: hablé con Diego en la cárcel, y con Gustín, con Lucas, con Alberto... Con todos. Sólo quiero entender qué pasó y ayudarlo. Tú fuiste la última persona que los vio, ¿no?

Dimas se puso pálido.

—¡Joder! —suspiró.

—Cuéntame qué hicieron en tu coche, si estaban felices, si se pelearon...

—Sólo los llevé, bastante hacía con conducir mientras gritaban y...

—¿Se sentó él contigo y ella detrás?

—No, no, los dos detrás.

—¿Y? —se vio obligada a arrancarle las palabras.

—Bueno, si lo sé no los llevo —se resignó Dimas.

—¿Tan fuerte fue?

—Casi lo hicieron en el coche. Tuve que decirles que no se pasaran, que si nos paraba la policía yo no quería marrones, que encima de que les hacía un favor, se esperasen.

—Así que les dejaste a punto.

—Sí.

—Muy a punto.

—Como para no llegar a la cama —suspiró Dimas.

Carla tragó saliva.

—Lo siento —dijo él.

—Yo he preguntado, no lo sientas. ¿Dijeron algo?

—Aparte de las burradas que se dicen en estos casos... no, que yo recuerde.

—Algo, lo que sea.

—Inteligible... —hizo un esfuerzo—. Diego le preguntó cómo estaba sola una tía como ella, y ella le contestó que había tenido novio, pero que le acababa de dar puerta, por plasta y celoso.

—¿Celoso?

—Sí.

Recordó a Brandon el guaperas. Cuando habló con él en la tintorería le había parecido todo menos celoso.

Claro que Gabi, su ex, estaba muerta. Y él tenía que aguantar el tipo.

—La chica dijo que él aún la llamaba a todas horas, pidiéndole que volviera, y que a veces la seguía.

—¿Dijo eso?

—Sí.

—¿Algo más?

Dimas hizo memoria. Se acabó la cerveza y dejó transcurrir dos o tres segundos.

—Que se les entendiera, no —fue concluyente.

Carla ya no esperó. En otras circunstancias hubiera seguido hablando con

Dimas. Tenía aspecto de universitario, o de intelectual discreto. No era su tipo, los prefería más radicales y rompedores, pero él parecía un alma un tanto perdida. Se dio cuenta de que leía a Delibes. Había en él algo de candor.

—Gracias —se puso en pie casi de un salto.

—Caray, ¿ya te vas? —lo lamentó él.

—Lo siento —volvió a darle un beso en cada mejilla.

Esta vez Dimas aspiró el aire que la envolvía.

Veintiuno

En la tintorería, el compañero de Brandon atendía a una mujer mayor, cabello entrecano, que insistía en recomendarle cómo sacar mejor la mancha que se había hecho en su abrigo de piel de conejo. La parroquiana le explicaba, además, que prefería guardarlo ya en condiciones todo el verano, y así, al llegar los fríos invernales, no tendría que correr ni bajárselo con urgencia. Al parecer, el abrigo era más un recuerdo que una prenda necesaria, pero la prefería a otras más nuevas. El dependiente asentía con la mejor de sus sonrisas y le decía que sí a todo.

Reconoció a Carla nada más entrar y la miró de arriba abajo, con insistencia.

—¿Está Brandon?

—Sí —le mostró su insatisfacción—. Un momento.

La mujer también miraba a Carla por encima de sus gafas, de forma que parecía una maestra decimonónica mostrando su severidad a una pupila. Acababa de ser interrumpida y no le gustaba.

—Bueno, pues te lo dejo, ¿eh? —se despidió echándole un último vistazo a su abrigo.

—En tres días, listo, señora Bernabé.

—Que no, que no corre prisa. Ya pasaré.

Caminó hasta la puerta sin decir adiós. El dependiente tomó el abrigo y se dispuso a llevarlo a la parte de atrás. Fue entonces cuando lo llamó:

—¡Brandon, te buscan!

No hubo respuesta. Pasaron diez segundos. Lo primero que hizo Brandon al verla fue fruncir el ceño con extrañeza. La expresión que salió de sus labios fue rotunda.

—¿Otra vez tú?

Carla se mantuvo firme.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Estoy trabajando —protestó el joven, envolviendo sus palabras con desidia.

—Sólo será un minuto.

—Nunca es un minuto.

—Por favor, es importante.

—¿Para quién?

No supo que responderle, pero ya daba lo mismo. Brandon miró a su compañero y curvó hacia arriba la parte derecha de los labios. El otro dependiente le expresó algo más que resignación, comprensión o aliento con su mirada. Proclamaba abiertamente que si ella fuese a verlo a él, no le pondría tantas pegas, y que lo envidiaba sanamente.

O quizás no.

Quizás lo odiase por aquello de que Dios daba pan a quien no tenía dientes.

—Ahora vuelvo.

Su compañero no apartaba los ojos de Carla. Ella le dio la espalda y salió al

exterior, como la otra vez que estuvo allí con él. Se detuvieron en la misma puerta, a un lado, por si llegaba alguien.

—Vas a hacer que me despidan —le endilgó de buenas a primeras Brandon—. ¿Qué quieres?

No podía irse por las ramas, ni dar rodeos, así que se lo soltó sin más.

—Gabi comentó que tú no la dejabas en paz, que la llamabas y la seguías.

—¿A quién le dijo eso? —endureció el gesto Brandon.

—A Diego, esa misma noche.

—Estaba loca, por Dios. Me enamoré de ella, me colgué, pero estaba loca, ya te lo dije. Tenía manía persecutoria. Creía que todo el mundo estaba pendiente de su persona, como si no hubiera nadie más en el mundo.

—También dijo que tú eras muy celoso.

—Cuando éramos novios, sí, lo estaba. Todos querían... lo que querían.

—Lo que Diego consiguió.

—Oye, niña, ya está bien —se puso tenso—. No te pases, ¿vale? Encima estás hablando de tu novio, de tu propio novio, que no parece quererte mucho. ¿Tú de que lado estás?

—Del mío.

Brandon sostuvo su mirada.

—¿De verdad lo quieres?

—Eso es cosa mía.

—Las tías estáis locas. Dejáis pasar a los buenos y os fijáis en los malos. Os va la marcha.

—¿Dónde estabas esa noche?

Se lo soltó sin más, como un trallazo. La mirada del joven se hizo oscura.

Soltó un pequeño bufido de sarcasmo y se apoyó en la pared, con las manos en los bolsillos de la bata blanca. Movi6 la cabeza horizontalmente un par de veces.

—Te diré lo mismo que le dije a la policía: en el cine.

—¿La... policía?

—¿Crees que sólo tú atas cabos?

—¿Cuándo vinieron a verte?

—Un par de días después de morir Gabi. Y, ¿sabes?, tengo una hermosa coartada: la entrada del cine, pagada con tarjeta de crédito, y después veinte testigos que me vieron bailar en una disco hasta que cerró, y más tarde otros veinte en un *after* hasta después de amanecer. ¿Satisfecha?

Aprovechó el desconcierto y el silencio de Carla para ponerse en movimiento y regresar a la tintorería.

—Espera...

—No, se acabó. Chao, niña, y que tiren la llave de la celda en la que encierren a ese violador y asesino.

—Me dijiste que me parecía a Gabi —pasó por alto la visceralidad de su comentario.

—Sí, ¿y qué?

—Me lo ha dicho más gente.

—¿La idiota de Solé?

—Dijo que podíamos haber sido hermanas.

—¿Eso que prueba, que tu novio creía estar haciéndoselo contigo?

Era la idea que le rondaba por la cabeza. Diego frustrado porque ella se había quedado a estudiar. Diego con una chica fascinante, mayor, pero parecida a ella. Diego enloquecido bajo el efecto de las pastillas que le suministraba

Gustín.

Diego, Diego, Diego.

—No lo justifiques —se despidió Brandon—. Gabi era como era, tal vez algo más que loca, pero estaba viva y daba vida a los demás.

Entró en la tintorería y la dejó sola en mitad de una calle vacía.

Veintidós

Lorena abrió los brazos de par en par y aspiró el aire del anochecer. Hacía calor, pero en la azotea parecía existir un microclima perfecto, con una temperatura ambiente muy agradable. Llegó al extremo más apartado del lugar, en el ángulo que formaba el muro con el edificio contiguo, y a Carla le recordó la escena en la que Leonardo DiCaprio y Kate Winslet se subían a la proa del *Titanic* para sentir el viento del mar en sus rostros.

Los amos del mundo.

El *Titanic* se hundió, y ella estaba a punto de hacerlo.

Se aferró a la contagiosa imagen de su amiga, feliz por estar allí.

—Hacía tanto tiempo... —cantó ella en voz alta.

—Lo siento.

—Va, calla —Lorena le dio un golpe con la cadera.

—Gonzalo no tardará en subir.

—¡Quieres hacer el favor de no decir tonterías! —los ojos le brillaron en la cálida penumbra—. ¡He venido a verte a ti!

—Vale.

—¡En serio!

Se echaron a reír. Carla se dio cuenta de lo mucho que necesitaba reír, y de lo mucho que había perdido distanciándose de Lorena a causa de su relación exhaustiva con Diego. Un duro precio a pagar. Ahora que estaba a punto de perder a su novio, recuperaba a Lorena. Otro precio.

¿Y el equilibrio?

¿Existía?

—¿Has seguido haciendo preguntas? —quiso saber Lorena bajando los brazos y apoyándose en el muro.

—Sí.

—¿Alguna conclusión?

—Gabi se parecía a mí.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que Diego estaba enfadado porque yo me quedé a estudiar, y al aparecer una loca potente que le recordó a mí...

—¿Lo estás excusando?

—No, no.

—Sí, lo estás excusando.

—Que no, que no es eso.

—¿Qué más has averiguado?

—Que el ex novio de Gabi era muy celoso pero tiene una coartada perfecta, que la amiga de Gabi se enfadó con ella por montárselo con Diego y plantarla, y que Gustín trató de ligarse a la chica en un momento dado, en casa de Lucas y Alberto. No paró de darle pastillas a Diego y pienso que era para sacarlo de

la circulación, aunque él tiene mucho aguante.

—Ese tío es un cerdo.

—Lo sé, pero es su amigo, y para él ni tocarlo. Sin embargo, Gustín iba a por Gabi, y Gabi prefirió a Diego. Luego he sabido que un tal Dimas los llevó en coche hasta su casa y los dejó allí. Según él, iban lanzados, como para no llegar al piso y montárselo como quien dice en la escalera.

—O sea que...

—O sea que es imposible que ella dijera que no en el último momento, que lo hizo consintiendo.

—¿Y no usaron preservativo?

Carla desvió la mirada.

—La amiga de Gabi, Solé, me dijo que ella siempre llevaba uno encima. Puede que se les rompiera, o se le olvidara, o no lo llevara esa noche porque no pensaban más que en pasarlo bien ellas dos, o que lo utilizaran una vez y luego volvieran a liarse... No sé. Diego me dijo que lo hicieron y nada más. No hablamos de preservativos.

—Está loco.

Carla no dijo nada.

—Perdona —susurró su amiga.

—No, yo también se lo dije —suspiró abatida—. Juramos que nos seríamos fieles, y así, de esta forma, no habría riesgos como el de pillar el sida. Diego se hizo un análisis cuando empezamos a tener relaciones, para demostrarme que estaba limpio.

—No lo sabía.

—Claro.

—Nunca me contaste nada del pasado de Diego, de sus detenciones y todo eso.

—No hay mucho que contar. Viene a ser la crónica de una mala suerte anunciada —parafraseó a García Márquez—. Diego es el super colega, ¿entiendes? Para él los amigos han sido más importantes que la familia. Una madre pasota y medio loca, un padre sin agallas... Creció muy solo, en la calle, y se las ingenió para sobrevivir más que para vivir, como muchos. La primera vez que lo detuvieron fue por hacerle un favor a un colega. Llevó un paquete con drogas a una dirección sin saber que la policía estaba siguiendo a toda la red. Lo pillaron y no hubo excusas. La segunda fue por conducir un coche robado, pero él no lo sabía. El que lo acompañaba apareció con el vehículo, le dijo si quería probarlo, Diego se puso al volante y a los dos o tres kilómetros los paró la policía. Teniendo antecedentes, ¿quién se cree a un tipo que dice que no tenía ni idea de que el coche fuera robado?

—Y éste es el tercer delito.

—Aja.

—En Estados Unidos, por tres delitos creo que te meten veinte o treinta años, o la perpetua.

—Esto no es Estados Unidos, afortunadamente —repuso Carla—. Aquí hay gente con setenta detenciones que está en la calle.

—Qué bien —Lorena miró en dirección a la calle.

Carla, a su lado, hizo lo mismo.

Su amiga le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Al principio de salir Diego y yo —musitó como en un rezo—, hubo una pelea en un bar. Una pelea muy violenta. ¿Sabes que hizo Diego? Pues tratar de separar a los dos contendientes. Fue el único. Nadie se movió, sólo él. Y entonces uno de los que se peleaba se le rebotó. Tuvo que defenderse y por poco lo mata. El tipo cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza. No pasó nada, pero fue de un pelo. Ni siquiera lo denunció, porque la pelea la empezó él y llevaba una navaja.

—El atrapaalíos —comentó Lorena.

—Esa noche todos tenían motivos menos Diego —dijo Carla—. El ex novio,

la amiga, Gustín, cualquiera de los otros que le echó el ojo encima a la explosiva Gabi...

—¿Y cómo entró el asesino en casa de Diego? Según los periódicos, nadie forzó la puerta o una ventana.

—¿Y si llamaron y ella le abrió?

—¿A las tantas? Además, el que habría ido a abrir sería él.

—No, si estaba para el arrastre.

Dejaron de especular. Desde la azotea se veía la calle, el tráfico, la gente que iba para sus casas dispuesta a cerrar el día, las parejas que se despedían con el último beso...

—Fuera quien fuera, debía de odiarla mucho —exhaló Carla.

Odio.

No hubo respuesta.

Siguieron mirando la calle. Casi bajo ellos, a su izquierda, apareció una moto de gran cilindrada con dos personas. El que la conducía era un hombre con traje, aspecto de ejecutivo, elegante. Detrás iba una mujer. Bajaron y se quitaron los cascos. Luego los dejaron sobre los sillines de la moto y se abrazaron en un arrebato de intensidad. Fue ella la que se abandonó con el beso, turbada. La forma con la que puso una de sus manos en la nuca de él tuvo mucho de pasión. Estalló un derroche de energía, como si el aura de su fuego se expandiera a su alrededor.

A Carla se le paró el corazón entre dos latidos.

—Oye, ¿esa no es tu hermana? —le preguntó Lorena.

Herminia.

Se quedó boquiabierta, pero feliz. Muy feliz.

El beso era todo un grito de libertad.

Y amor.

No pudieron comentar nada. Entre la sorpresa de Carla y la expectación de Lorena, de pronto escucharon una voz a sus espaldas.

La voz que estaban esperando.

—¡Hola!

Se volvieron para encontrarse con Gonzalo.

Carla se olvidó de su hermana. La cara de su vecino era todo un poema al reconocer a Lorena. La de su amiga, de pronto ligeramente roja, otro poema al encontrarse frente a Gonzalo. Los dos reaccionaron bien, rápido. En la penumbra del terrado sólo Carla captó la fuerza de los detalles más sutiles.

Finalmente liberaron la tensión dándose los primeros besos de cordialidad en las mejillas.

El anochecer era joven.

Veintitrés

Llevaba casi una hora en cama, despierta, sin ánimo para levantarse.

Durante dos días había tenido una motivación, un impulso. Ver, saber, comprender, o al menos intentarlo. Dejarse llevar por la inercia que sentía fue el mejor de los remedios para el hundimiento moral que experimentaba desde la detención de Diego. Y más desde su visita a la cárcel. Pero ahora eso ya no contaba. Había desaparecido. No tenía más testigos a los que ver, ni más preguntas que hacer. El resultado final era que se sentía vacía.

El juego de la detective.

Un callejón sin salida.

—¿Qué te creías —se dijo a sí misma—, que haciendo preguntas asustarías a alguien y resolverías un caso de asesinato? ¡La novia que salva al novio! —levantó las dos manos al aire, igual que si sostuviera un cartel o un rótulo de neón imaginario.

Diego estaba perdido.

Y ella unida a él.

Pasaron otros quince minutos y se resignó, pero más por la necesidad de ir al baño que por otra cosa. Finalmente, saltó de la cama y corrió porque se le escapaba. Se sentó en la taza del inodoro y se vio a sí misma reflejada en el espejo, cómica, ridícula, con el pijama ya muy pequeño y los pies doblados hacia adentro, el pelo revuelto y cara de cansancio.

—Idiota —le dijo a su otro yo.

No regresó a la cama. Se metió en la ducha y dejó que el agua tibia cayera por todo su cuerpo. No se enjabonó. Sólo la ducha. A Diego le gustaba ducharse con ella.

A Diego le gustaba todo de ella.

Pero su última noche libre la había pasado con otra.

Se sintió furiosa, tuvo deseos de arrancar la cortina y gritar. Cerró los puños y alzó la cabeza para que el agua le mojase la cara, y el pelo. Tanto le daba. Permaneció así un rato muy largo, buscando una calma que no existía en su interior, hasta que llenó los pulmones de aire, cortó el chorro de agua y salió de la bañera.

Otra vez ante el espejo, ahora desnuda, mojada.

No entendía la razón, pero se sentía libidinosa, perversa.

Cuando comprendió que sólo trataba de hacerse daño a sí misma tomó la toalla y empezó a secarse. Primero el cuerpo, después el cabello. Lo peinó con cuidado porque era lo que más le gustaba de su imagen. Una vez vestida, desayunó algo ligero, unos cereales con leche.

Masticando despacio, en la cocina, se preguntó cómo sería un sólo día en la cárcel, en una celda compartida con delincuentes de verdad, sin intimidad, o aislado para que no le hicieran daño como represalia por lo de Gabi.

Los códigos carcelarios y sus normas.

Se lavó los dientes después del desayuno y se dirigió al teléfono. A menos de un metro de él la sobresaltó su zumbido. Alargó la mano, tomó el inalámbrico y se dejó caer en la butaca. No tenía por qué llevarse a su habitación en busca de intimidad, como hacía cuando no estaba sola en casa.

—¿Sí?

—¿Está Carla, por favor?

Reconoció la voz, cansina, agotada.

—Soy yo.

—Carla, cariño, ¿como estás?

—Bien, señor.

El padre de Diego tosió levemente. Ella le llamaba señor Venancio. No recordaba por qué. No le había visto desde antes de la noche fatídica.

De pronto era un extraño.

—Mi hijo me ha dicho que fuiste a verlo.

—Sí.

—Triste, ¿verdad?

—Un poco.

—Me refiero a que la cárcel, ese ambiente...

—Sí, sí señor.

La quería. La quería desde el día en que la conoció. Y no mucho después le dijo que era lo mejor que podía pasarle a Diego, la abrazó y le regaló un beso

en la frente. El beso paterno del amor y la paz. Le dio las gracias.

El señor Venancio aparentaba muchos más años de los que tenía. Un matrimonio frustrante, un aliento depresivo, las esperanzas cada vez más rotas... Diego era cuanto le quedaba.

—Escucha, hija... —pronunció cada palabra con un átomo de voz crepuscular—. Diego me ha pedido que le lleve algo de ropa, y mirando en su armario...

—¿Quiere que vaya a ayudarlo? —se ofreció.

—No, no es eso, es que hay algunas cosas tuyas.

Carla se quedó cortada. Primero no supo qué decir. Luego pensó que, dadas las circunstancias, no valía la pena disimular. Lo mejor era la verdad.

—Es que a veces me cambiaba aquí, porque salíamos y... Bueno, no me gusta ponerme otra vez la misma ropa, señor Venancio, así que...

—Eh, eh —la detuvo sin énfasis—, que no es eso. Dios me libre. Yo no me meto en vuestras cosas —lo dijo como si no pasara nada, en presente, como si Diego no fuera a quedarse en aquella cárcel durante años—. Pero he pensado que tal vez necesites algo de lo que hay aquí, y si quieres llevártelo...

—Iré a por ello, sí —se rindió a la evidencia—. Gracias.

—Puedes dejarlo aquí si quieres. En fin... Sólo quería que lo supieras.

—¿Estará en casa esta tarde?

—Sí.

—Pasaré entonces.

—De acuerdo, cariño. ¿Le digo algo a Diego?

—¿Va a verlo ahora?

—Sí.

La mente se le llenó de palabras.

Ninguna llegó hasta sus labios.

—No, señor Venancio —suspiró—. Nada. Gracias.

—A ti, cariño. Hasta la tarde.

Cortó la línea y se quedó con el auricular en la mano.

—Dígale que lo quiero —musitó entonces.

Apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca. Al otro lado de la ventana el día era luminoso. Un perfecto día de verano. De haber estado Diego libre, quizás hubieran ido a la playa por la tarde, al terminar él de trabajar. O quizás no. Daba lo mismo. Soñar no costaba nada.

Empezó a marcar el número de Gonzalo, por hacer algo, para no quedarse quieta y seguir pensando. Antes de que pudiera concluirlo, sonó el timbre de la puerta y abortó su gesto. Casi estuvo tentada de no levantarse para ir a ver quién era. ¿Una vecina? ¿Un vendedor? No quería ver a nadie.

Dejó el teléfono, caminó hasta la puerta, pegó el ojo a la mirilla óptica y al otro lado se concretó la forma extravagante de Gonzalo, con la cara grotescamente ampliada por el cristal de aumento.

—¡Gonzalo! —se alegró mucho de que fuera él.

—Hola —la saludó al abrirse la puerta.

—Iba a llamarte por teléfono. Estaba marcando tu número. Pasa.

No llegaron ni a la mitad del pasillo. Su vecino hizo la pregunta que le quemaba en los labios.

—¿Preparaste tú lo de anoche?

Carla se dio la vuelta. Sonrió.

—Sí.

—Vaya.

—Quería daros una oportunidad.

Ya estaban en la sala. Gonzalo se quedó quieto, casi convertido en una estatua de sal.

—¿Darnos? —vaciló.

—¿Qué te crees?

—Pues... no sé.

—Tú también le caes bien —a Carla le brillaron los ojos al decirlo.

Gonzalo se quedó aún más petrificado.

—¡Anda ya!

—¡Que sí!

—¿Cómo lo sabes?

—Esas cosas las vemos todos menos los interesados —comentó con misterio y una pizca de maldad.

Su vecino reaccionó. Dio dos pasos y se dejó caer en la misma butaca que había ocupado ella mientras hablaba por teléfono. Parecía que las piernas no lo soportaban.

—Así que tengo cara de pavo.

—Un poco.

—Genial —escrutó el rostro de su amiga buscando nuevos indicios de aquella realidad.

—Va, tonto, ¿qué tal la viste?

—Mejor que nunca.

—Sí, ¿verdad? —se animó Carla.

—Yo sigo siendo un crío con cara de crío, pero ella...

—No te castigues la moral. ¿No te digo que tú también le gustas?

—Carla...

—¡Te lo juro! ¿No la viste anoche? Estuvo encantadora.

—Es —reafirmó la palabra— encantadora.

—Entonces adelante.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo. ¿La llamarás?

—Sí, claro —no se mostró muy seguro.

—Llámalala —Carla tomó el teléfono y se lo tendió.

—¡Ahora no! ¡Lo haré desde mi casa, solo!

Carla soltó una carcajada y él no tuvo más remedio que secundarla. Los dos se relajaron por medio de la risa. Fue ella la que se sentó en uno de los laterales de la butaca y le cogió la cabeza con cariño.

—Ánimo —le deseó.

Tampoco era del todo necesario. Una bola de nieve echando a rodar por la ladera de una montaña siempre acababa convertida en un alud.

Veinticuatro

El miedo que la atenazaba al llegar a la calle, al subir por la escalera, al llamar a la puerta de la casa, se multiplicó por un millón al abrirse la puerta y encontrarse con el padre de Diego.

Lo mismo de siempre y, sin embargo, tan distinto...

La calle se le antojó oscura y deprimente; el edificio, un mausoleo desprovisto de alma; la escalera, un cordón umbilical que lo único que hacía era conducirla al pasado, y por último, la casa...

El piso de Diego.

Allí, en la intimidad de su habitación, habían compartido la vida.

Allí se hizo mujer.

Tuvo que dominarse, a duras penas. Temió echarse a llorar, venirse abajo, y arrastrar con ello el frágil equilibrio del hombre que la miraba con ternura desde el quicio de la puerta abierta. El señor Venancio era una sombra, un residuo de la persona apenas inexistente e insignificante que había sido antes. Los ojos estaban tan hundidos en los cuévanos que las pupilas sólo se intuían por el leve chisporroteo de la mirada. Pómulos salidos, labios más delgados, la barba de varios días, el pelo revuelto, la ropa ajada y una delgadez mortal extendiéndose por su anatomía. El vacío que sentía Carla en su estómago se hizo nudo y estalló en alguna parte de sus intestinos.

—Hija... —el hombre extendió los brazos hacia ella.

Se dejó abrazar. Fuerte. Le dio su calor y correspondió a su cariño. Llegó a hacerse daño en el labio inferior y consiguió su propósito de no verter ni una lágrima. Luego el señor Venancio se separó de ella y la hizo entrar.

Sus pasos resonaron perdidos en los confines del piso, extrañamente vacío, como si al faltar Diego faltara también el calor que lo hacía habitable. Pasó por delante de la puerta de la cocina sin volver la cabeza en su dirección. Pasó por delante de la puerta de la habitación de Diego con la misma actitud. La diferencia era que la primera estaba abierta y la segunda cerrada. Al llegar a la salita de estar se sintió igual que si hubiera corrido una maratón, agotada al límite.

Entonces se enfrentó al dueño de la casa.

—¿Cómo está? —fue lo primero que le preguntó.

—Mal —no le restó intensidad el hombre—. Deprimido, desmotivado... No aguantará ni un mes, ni una semana más, y menos si le condenan. Es como si ya estuviese muerto. Dios... —el señor Venancio alzó las dos manos a la altura de las caderas, con las palmas hacia arriba, mostrándoselas tan desnudas como su conciencia—, ¿en qué nos equivocamos?

Carla no supo qué hacer o decir. Tampoco sabía si aquel plural se refería a él y a su esposa o si era por ella misma.

—No vas a dejarlo solo en la cárcel, ¿verdad?

Tragó saliva.

—No —se oyó decir.

—Diego siempre ha estado solo —su padre siguió hablando, como si no hubiera intercambiado palabra alguna con nadie en horas o días, como si contara aquello por primera vez—. Su madre nunca le prodigó una caricia. Jamás. Pero al menos estaba aquí —miró la salita vacía—. Aquí hasta que... se fue y...

Sin saber por qué, pensó en sus padres, en la amenaza de su madre de separarse de él.

La angustia se apoderó de ella.

—Yo creo que por eso necesitó estar siempre rodeado de... —se la quedó mirando con la irresistible sensación de haber metido la pata.

—Puede decirlo —suspiró Carla—. Por eso necesitó estar siempre rodeado de chicas, novias...

—Diego no ha dejado de buscar desesperadamente el amor, la compañía, alguien con quien compartir...

—Era lo que tenía conmigo, señor Venancio.

—Lo sé, ¡lo sé! —apretó los puños y dio un paso hacia ella.

No quiso que la abrazara de nuevo. No estaba segura de poder resistir una segunda vez. Se movió en dirección a la ventana, cerrada, y la abrió de par en

par para que el aire renovara el ambiente. El padre de Diego se quedó en mitad de la salita tan perdido como un pingüino en un desierto.

—Ni siquiera entiendo qué pasó esa noche, por qué no estabas con él, y por qué trajo aquí a esa chica.

—Yo tenía que estudiar —se defendió sin necesidad.

La conversación pareció súbitamente muerta. Dos extraños colocados a ambos lados de un abismo. Carla deseó salir corriendo.

Pero había ido a buscar su ropa.

Y también estaba allí atraída por un macabro morbo, ahora lo sabía.

Venció sus últimos miedos, sus escrúpulos, y se encaminó a la cocina. El hombre tardó en reaccionar. Pensó que iba a la habitación de Diego y se sorprendió mucho al verla abrir la puerta frontal a ella. Cuando la alcanzó, Carla observaba el lugar desde el quicio.

—No he podido volver a entrar ahí —le dijo él—. Por eso estaba la puerta cerrada.

En aquel lugar se habían besado tantas veces...

En toda la casa.

—¿Fue ahí? —señaló el suelo.

—Sí.

—Los periódicos dicen que ella estaba boca abajo, que las puñaladas fueron todas por la espalda.

—Sí.

Pasó la vista por el pequeño espacio. Todo estaba como siempre, los armarios, la mesita, las dos sillas, el fregadero, la nevera, la ventana... Los segundos sonaron como aldabas en su mente.

—Es tan extraño, ¿verdad? —surgió la voz del señor Venancio a su lado—.

Nadie forzó nada, nadie escuchó nada, la puerta cerrada, y ellos dos solos. Las palabras la atravesaron igual que si fuera transparente.

—Si alguien más tuviera una llave, pero sólo la tenemos nosotros... — continuó el hombre.

Una llave. Carla cerró los ojos. El vértigo pasó. La atropello y pasó. Se quedó en blanco.

Luego cerró la puerta de la cocina.

—Tu ropa está aquí —el señor Venancio le mostró la habitación de Diego, con la puerta abierta.

Carla no quiso entrar.

Tuvo que hacerlo.

—Sobre la cama. Mira sí está todo. Yo no sé...

Dos blusas, una camiseta, unos vaqueros... ¿Tanto? Ni lo recordaba. Sólo eran algunas cosas para estar cómoda cuando se quedaban en casa solos, cuando no tenían dinero para ir a ninguna parte, o cuando bebían cada minuto hasta emborracharse de sí mismos. Cosas para cambiarse y estar limpia, tener un recambio si le apetecía o si buscaba sentirse *sexy* sin tener que salir de casa vestida con ello. Su madre aún protestaba.

—Creo que... falta una camiseta, roja, muy holgada —consiguió decir sin apenas aliento.

El padre de Diego bajó las cejas hasta que formaron una delgada línea oscura sobre los ojos.

—¿Muy grande? —preguntó despacio—. ¿Con unas letras amarillas por delante...?

—Sí.

—¿Era tuya?

Carla no comprendió el alcance del comentario.

—¿Cómo que si era mía?

La respuesta del señor Venancio cayó sobre ella como un mazazo.

—La llevaba puesta esa chica, cariño. Era todo lo que llevaba encima. La mataron con ella.

Veinticinco

No supo si era más fuerte la sospecha que la intuición. En cualquier caso ambas intensidades actuaban sincronizadas, formando dos partes únicas de un mismo poliedro. El yin y el yang en tres dimensiones.

Lo llevaba instalado en su cerebro desde que había salido de casa de Diego.

No cargaba con la ropa. No había podido con ella. Necesitaba tener las manos libres y la mente despejada. Le dijo al señor Venancio que volvería y había echado a correr. Una vez en la calle el tráfico la sepultó y el vértigo hizo que se detuviera para vomitar. Apenas si llevaba nada en el estómago, pero sacó hasta la última gota de bilis.

La cocina, una llave, la ropa, su camiseta roja tres tallas mayor...

Gabi.

Cuando se detuvo frente al edificio ni siquiera supo cómo había llegado hasta él. ¿A pie? ¿En taxi? ¿En autobús? Ni idea. Era incapaz de recordarlo. Pero estaba allí.

Y eso era lo único que contaba.

El portal estaba abierto.

Subió hasta el piso y llamó a la puerta. Nadie abrió. Una voz de mujer, al otro

lado de la hoja de madera, le preguntó quién era. Se puso delante de la mirilla óptica, para que pudiera verla bien, y dijo de la forma más clara posible:

—¿Está Solé?

La puerta se abrió. Dos cerrojos. Precauciones. En el recibidor de la casa, bañada por una tenue luz cenital, se dibujó la forma de una mujer parecida a su madre, aunque más bajita y redonda. Llevaba un delantal y tenía todo el aspecto de estar inmersa en una limpieza general de su casa. Carla comprendió que lo primero que tenía que hacer era serenarse.

—¿Está Solé? —repitió.

—No, ahora no.

—Es muy importante, señora. ¿Es usted su madre?

—Sí, pero ya te digo que no está.

—¿Cuándo regresará?

—Ha ido a un mandado, no creo que tarde, aunque tal y como es ella, a lo peor no viene hasta la noche.

—¿Puedo localizarla? ¿Tiene móvil?

La mujer se inquietó.

—No quiere que le dé el número a nadie si no lo da ella, así que... ¿Pasa algo?

—¿Podría ver una fotografía de su amiga Gabi?

—¡Ay, Señor! —la madre de Solé se santiguó.

—¿Puedo, por favor? —insistió Carla.

—No sé donde tiene las fotos, y si le revuelvo las cosas de la habitación luego se me enfada. No, no, vuelve cuando ella esté —venció la sorpresa que le producía la petición de su visitante y preguntó—: ¿Quién eres tú?

—Me llamo Carla.

—¿Eres amiga de Solé?

—Soy la novia del chico que mató a su amiga Gabi.

Fue una reacción instintiva. La mujer se puso en guardia. Enderezó la espalda y endureció la mirada. Su gesto fue el de ir a cerrar la puerta de inmediato.

—Llama esta noche —dijo.

—Por favor, es muy importante, ¡por favor! Sólo necesito ver esa foto para estar segura...

No supo qué hacer. La puerta ya estaba a la mitad del recorrido.

Entonces sonó otra voz, subiendo la escalera, casi en su rellano.

—¿Mamá? ¿Qué está pasando aquí?

Carla volvió la cabeza.

Solé.

Se quedaron mirando con fijeza. Solé en el último tramo, Carla desde arriba. La puerta del piso ya no llegó a cerrarse. Por el quicio apareció la madre de la aparecida con cara de susto, pero sin abrir ya la boca. Su hija subió los últimos peldaños que la conducían hasta su casa, sin apartar los ojos de Carla. La pregunta fue directa, y sin simpatías.

—¿Qué estás haciendo aquí otra vez?

—Necesito ver una foto de Gabi.

—¿Por qué?

—Para estar segura de una cosa.

—¿Qué cosa?

—Por favor...

La escena se congeló un par de segundos. Las miradas eran divergentes. Una de súplica. Otra de recelo. La madre de Solé continuaba en la puerta, igual que

una fiel celadora. Alguien bajaba por la escalera en ese momento, y la amiga de Gabi acabó reaccionando.

—Pasa.

Entraron en el piso. Solé besó a su madre.

—Tranquila, mamá —le dijo—. No está loca, sólo lo parece.

Solé la precedió hasta su habitación. Le franqueó el paso y, cuando ella hubo cruzado la puerta, la cerró. El lugar era pequeño, como cualquier habitación de cualquier chica, salvo por la ausencia de libros. Compactos, un reproductor, recuerdos, algunas fotografías y pósteres por las paredes... Nada fuera de lo común.

—Y ahora dime, ¿qué buscas? —Solé se le cruzó de brazos.

—Aún no estoy segura.

—¿Para qué quieres ver esa foto?

—Dijiste que parecíamos hermanas, y Brandon casi lo mismo.

—Bueno, ¿y qué?

—No puedo explicártelo —se sintió perdida.

—Eres masoquista, ¿vale? —Solé se rindió—. Te estás comiendo el tarro con lo de que tu novio se lo montara con Gabi. ¿Qué quieres? ¿Imaginar la escena al completo?

No esperó la respuesta de su visitante. Se dirigió al armario, lo abrió, se agachó y extrajo una caja del fondo. La depositó sobre la cama y le quitó la tapa. No tuvo que buscar demasiado. Encontró la imagen que buscaba y se la tendió a Carla.

—Es reciente —le dijo—, y se la ve bastante bien.

Tomó la fotografía. Un primer plano de ellas dos, Solé y Gabi, sonrientes, vivas. No era una imagen pequeña, sino relativamente grande, una ampliación. Se veía a la perfección a las dos.

La belleza de Gabi, su cabello, sus ojos, sus labios, su complexión...

Hermanas.

—Dios... —gimió.

—No vas a llevártela —la previno Solé.

Se la devolvió. No hacía falta más. Bajo la luz de la habitación, su palidez era un sudario.

Casi todo encajaba.

—Oye, ¿estás bien? —le preguntó Solé.

—Sí —logró articular.

—¿Me dirás qué...?

—No puedo, todavía no, pero gracias —susurró ella con una voz muy débil.

—Entonces, vete, por favor.

Era lo que quería. Irse.

Para ordenar sus ideas, serenarse y saber por fin quién había matado a Gabi.

Veintiséis

Tuvo que sentarse en un bordillo porque las piernas se le doblaban. Sentía una demoledora excitación nerviosa, capaz de aplastarla. Por su cabeza estaban pasando tantas cosas que no lograba centrarse en una sola; eran cometas, iban a toda velocidad dejando estelas a su paso. Le resultaba imposible atrapar uno y examinarlo. A veces chocaban entre sí, y el estallido la aturdiría interiormente.

La danza de todos los partícipes en la gran comedia también formaba un aquelarre dantesco.

Veía sus caras.

Tenía casi el nexa final.

Casi.

Y uno de ellos se reía en falso.

Cerró los ojos, hundió la cabeza entre las manos y atemperó sus nervios. No lo consiguió del todo. Permaneció sentada en el bordillo quince o veinte minutos, hasta que se levantó para ir a casa, rendida. Le dolía el cuerpo, cada terminación nerviosa y cada articulación, sometidas a la brutalidad de aquella presión.

Era como estar en la oscuridad, tendiendo las manos, sabiendo que el culpable estaba allí.

—Tú no la mataste, Diego —apretó los puños.

Toda aquella rabia se convirtió en un grito.

—Maldito idiota... —tragó la bola que se acababa de formar en su garganta.

Su casa no estaba cerca, pero no le importó. Caminó despacio, abrazada a sí misma, con la cabeza caída sobre el pecho, mirando el suelo, a sus pies, paso a paso. En un semáforo alguien le dijo algo relativo a su cabello rubio y su belleza, «lo bien que estaba». Lo fulminó con una mirada, igual que si fuese un videojuego. Toda ella era un fuego abrasador.

Y lo que más necesitaba era la frialdad final para llegar a la última verdad.

Si el motivo era el que sospechaba...

La oscuridad, su mano, el culpable que se le escapaba pese a rozarle...

Llegó a su barrio, a su calle, a su casa. Pensó en lo grato que sería encerrarse en su habitación, tenderse en la cama y pensar con más calma. Visualizar todas aquellas caras y, mentalmente, preguntarles una a una quién mató a Gabi.

Aunque luego, si llegaba a saber la maldita verdad, ¿quién la creería?

Era la novia del asesino.

La novia.

Otra vez aquel grito en su interior.

—La novia... —exhaló a media voz.

Sacó las llaves de su casa, y entonces ya no dio un paso más.

Las miró, una a una.

Las llaves. La novia. Las llaves. La novia.

—Mierda... —se estremeció.

Y de pronto era tan evidente...

Estuvo a punto de gritar. Miró a derecha e izquierda. No era más que una chica sola en mitad de una calle cualquiera. Cada cual tenía su propia historia, su propio drama. Cada cual cargaba con el suyo.

Sí, tan evidente...

Quiso gritar de rabia, de felicidad, de pánico, pero ni siquiera pudo moverse. Estaba helada. Titiritaba. Extrajo el móvil del bolsillo posterior de sus vaqueros y buscó el número guardado en la memoria, el del abogado de Diego. Lo marcó y esperó.

—Despacho de García, Fuentes y Gómez, ¿dígame?

—Soy la novia de Diego Sepúlveda —se presentó—. ¡Por favor, pásame con el señor Fuentes!

—Ya no hay nadie en los despachos, y yo me disponía a salir. De todas formas, él no ha estado aquí en toda la tarde, señorita. Si quiere dejarme el recado.

—Oiga, es muy, muy urgente.

—Lo siento, pero hasta mañana por la mañana...

—¡Pero he de hablar con él!

—Le repito que está fuera.

—¿Y su móvil? Por favor, ¿puede darme su número?

—No, no estoy autorizada para...

—¡Mierda, sé quién mató a esa chica! —gritó desesperada.

Al otro lado no hubo ninguna reacción.

—Por favor... —gimió.

—No creo que pueda localizarlo, dada la hora —la telefonista mantuvo su calma profesional—, pero si lo consigo le diré que la llame, ¿de acuerdo? ¿Tiene su número?

No podía esperar al día siguiente.

Ya no.

—Tiene mi número, sí —desgranó sin fuerzas.

—De acuerdo, gracias. Y lo siento.

Comedida, elegante, educada.

Inflexible.

Carla cortó la comunicación y miró su casa.

Ya no entró en ella.

Seguía con las llaves en la otra mano. La última pista. Todo encajaba. Un minuto antes quería refugiarse en su habitación para pensar y sentirse a salvo. Ahora lo único que deseaba era sacar a Diego de la cárcel de una vez, y cada minuto contaba.

Una llave.

Una novia.

Su camiseta roja...

Tan simple.

No, no podía esperar al día siguiente. Imposible serenarse. Imposible pensar en subir a casa, cenar, acostarse...

Dio media vuelta y se encaminó a su destino.

Veintisiete

La escena casi era la misma que en casa de Solé.

Una puerta abierta, una madre mirándola desde el quicio, y ella preguntando:

—¿Está Sabrina?

—¿A esta hora? —la mujer sacó a relucir su sarcasmo maternal—. No, ha bajado, al bar, a tomar algo.

—¿A qué bar?

—Saliendo a la derecha, en la esquina.

—Gracias.

Descendió los cuatro tramos a pie, pasando del ascensor. No sabía cómo afrontar todo aquello. No se sentía ni tan fuerte ni tan capaz. Y sin embargo, estaba allí, sabía la verdad. Lo había descubierto.

Diego necesitaba un último empuje.

Los días se alargaban, un comienzo de julio radiante. Hasta la muerte de Gabi, aquél tenía que ser el mejor verano de su vida. Ya era tarde, pero todavía no

anochecía, y aquellas horas se convertían en algo muy agradable después del incipiente calor diurno. Por la calle se notaba la animación.

Y el bar estaba casi lleno.

Temió que Sabrina estuviese acompañada. Eso habría cambiado la escena. Pero tuvo suerte. Su suerte final. La ex novia de Diego estaba sentada en una mesa, frente a una cerveza, y observaba su alrededor como si aguardase a alguien.

Carla no esperó más.

Caminó hacia ella mirándola fijamente, sin nervios. Ya no podía tenerlos. Tal vez tuviese dieciséis años, tal vez fuese una adolescente, tal vez estuviese ante el hecho más trascendente de toda su vida hasta ese momento, pero si perdía su ventaja tal vez acabase condenando a Diego sin poder evitarlo.

Ahora llegaba el pulso.

Sabrina y ella.

Se detuvo delante de la mesa y esperó a que Sabrina centrase su atención en su presencia. La muchacha miraba hacia el otro lado. No tardó en mover la cabeza, alertada por la figura que acababa de aparecer en su pequeño ámbito. Al reconocer a Carla, su expresión apenas cambió.

Sus ojos, en cambio, la traicionaron.

Odio.

Tanto odio.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No lo sabes?

La ex novia de Diego hizo un gesto de asco.

—No, ni me importa.

Carla continuó de pie. La mesa estaba en un extremo de la terraza. La más

próxima de las ocupadas se hallaba a unos tres metros. Siguió mirando fijamente a Sabrina, percibiendo la exuberante belleza de su rostro, aquel cabello y aquellos ojos tan negros, los labios que Diego había besado tantas veces antes de aparecer ella.

Toda una mujer.

Y ella, tres años menor, tan niña...

—¿Qué pasa contigo? —se enfadó Sabrina al ver que no se movía.

—Hace unos meses, cuando empecé a subir a casa de Diego, dijo que me daría una llave de la puerta. Yo le dije que no.

—¿Y?

—No quería tener una llave, eso es todo. Me daba un poco de... miedo, no sé. Diego insistió, me dijo que era más cómodo, su madre acababa de irse, su padre nunca estaba, y así yo podía esperarle arriba cuando quisiera.

Esta vez, Sabrina no habló.

—¿Te dio también a ti una llave cuando erais novios?

Los ojos se convirtieron en puñales.

—Te la dio, ¿verdad? —repuso Carla—. Yo dije que no, porque eso era como compartir un piso, vivir casi juntos, y me dio corte. Pero tú dijiste que sí. Claro que dijiste que sí. Era lo que más querías. Y cuando te dejó, la metiste en un cajón o...

—Se la devolví.

—¿No hiciste una copia?

El nuevo silencio fue más duro.

—Creíste que era yo, ¿verdad?

—Estás loca —la despreció.

—Hacía un año que nos habíamos conocido, era nuestro aniversario. Eso debió de ser muy duro para ti. Demasiado. No lo soportaste. Tu rabia llegó al máximo. Estabas segura de que saldríamos juntos y lo celebraríamos. Tal vez estabas en la calle, espiando la casa de Diego, los viste llegar y de lejos creíste que era yo, porque nos parecíamos. O tal vez, simplemente, subiste arriba, entraste en el piso con esa llave, y entonces... apareció la chica. Se había puesto lo primero que encontró al levantarse para ir a la cocina a por agua o lo que fuese: una camiseta mía. Una camiseta que tú conocías porque la llevaba una de las veces que le montaste el número a Diego en mi presencia, o que me viste llevar cuando te dedicabas a espiarlos. Así que... la apuñalaste, por la espalda, llena de ese mismo odio que ahora tienen tus ojos. Es decir, me apuñalaste a mí, Sabrina. A mí.

—Vete a la mierda, desgraciada.

—Cuando supiste que la muerta era otra, ¿qué pensaste?

La había desnudado. Sabrina ya no era sino una máscara de sí misma. Toda la rabia y el odio que exudaba se manifestaban en la tensión de su cuerpo, la rigidez de las manos, el desprecio alucinado y visceral de su mirada.

—No podrás probarlo —dijo.

—No podías dar la cara, ¿cierto? Eso hubiera significado que Diego habría salido libre y estaríamos juntos mientras tú te pudrirías en la cárcel. Preferiste sacrificarlo. Lo amas con locura, pero lo sacrificas. Así, si rompíamos, tú lo esperabas, entregada, devota, demostrándole que eras su auténtica chica. Perderlo por perderlo, lo perdías sólo unos años.

—Eres una puta —Sabrina apretó sus puños.

—Diego confirmará que te dio esa llave. Y tal vez encontremos a quien te hizo la copia.

Se levantó de golpe. Carla no se movió. Estaban en plena calle. Había cien testigos.

—¡Eres una mierda! —gritó de pronto la ex novia de Diego—. ¡Lo que ha sucedido es culpa tuya, puta, puta, puta! ¡Lo teníamos todo hasta que apareciste tú! ¡Y lo cambiaste! ¡Lo convertiste en...!

Todos la miraban, pero ella permanecía ajena, puños apretados, el veneno fluyendo a través de su mirada.

Carla lo resistió.

Ya no esperó más. Dio media vuelta para marcharse de allí.

—¡No podréis probarlo! —lo acompañó el grito desesperado de Sabrina.

Cada paso la acercó a una nueva libertad.

Pensó en Diego.

En sí misma.

—¡Putá!

Los testigos las miraban a las dos. Unos estaban serios. Otros sonreían. Dos jóvenes guapas peleándose. Una novedad. El verano traía fuegos fatuos que convertían la sangre en pura adrenalina.

El último alarido desesperado.

—¡Diego es mío! ¡Mío!

Cruzó la calle y desapareció de la vista de Sabrina.

Veintiocho

Al llegar de nuevo a su casa estaba temblando.

Feliz, alucinada, pero temblando por todo lo que acababa de suceder, su revelación, la simpleza de los hechos.

Se detuvo en el mismo sitio que un rato antes, frente a la puerta del vestíbulo

del edificio, cuando había sacado sus llaves y ató el último cabo. Lo mismo que entonces, también cogió el móvil para volver a llamar al despacho del abogado de Diego. Cuando se dio cuenta de la hora que era, desistió de intentarlo. La telefonista le había dicho que ya se iba.

Los abogados tendrían que estar de guardia las veinticuatro horas del día.

Y era absurdo ir a la policía.

Se resignó, guardó el teléfono y entró en el edificio.

La satisfacción y el orgullo se medían por el grado de sensibilidad que la inundaba. Su alma flotaba. A veces quería desaparecer, le pesaba el mundo, la vida. Tenía dieciséis años y se sentía como si tuviera noventa, aun siendo consciente de que necesitaba vivir para crecer de verdad. Pero en ese instante no le pesaba nada, al contrario. Había dado un gran paso, un enorme salto.

Llegó a su rellano y fue a abrir la puerta.

No llegó a insertar la llave en la cerradura. Se abrió como por arte de magia y apareció Herminia.

—¿Qué...?

—Chist... —su hermana se llevó el dedo índice de su mano derecha a los labios. Luego le cuchicheó—: Pasa.

Carla la obedeció. Una vez dentro, Herminia cerró la puerta con cuidado, sin hacer ruido. Aún lo entendió menos.

—¿Se puede saber qué...? —insistió.

—Papá está aquí.

—¿Papá?

—¡Cállate, no levantes la voz!

—Pero ¿a qué viene esto?

—Están en la habitación, hablando.

—¡Oh, no! —se olvidó de Sabrina, de Diego—. ¿Cuándo ha llegado?

—Hará cosa de media hora.

—¿Y mamá le ha dicho que quería hablar con él?

—No, ha sido papá.

—¿En serio?

—Carla —seguían en el recibidor, hablando en voz muy baja—. Tú también sabías que hay problemas, ¿verdad?

No supo que contestarle. Se puso roja.

—¿Por qué no hablaste conmigo? —le confió Herminia.

—Pensé que no... —subió y bajó los hombros—, bueno, que no te dabas cuenta.

—¿Mamá llorando sin parar y yo no iba a darme cuenta?

—No sé —suspiró, sintiéndose culpable.

—Callar no protege nunca a nadie —la advirtió Herminia—. Lo único que consigues es hacerte un agujero tú misma.

—Tú tampoco hablaste conmigo.

Su hermana lo aceptó.

—De acuerdo —convino—. Pero con lo de Diego...

—Lo de Diego ha sido ahora. Esto viene de antes.

Guardaron silencio. No se oía ni una mosca en la casa. Las dos hermanas volvieron a mirarse con cierta aprensión.

—¿Tú crees que papá pueda tener algo por ahí? —preguntó de pronto la mayor.

—Ni idea.

—Ven.

—¿Vas a espiarlos?

—No, mujer.

Caminaron en dirección a la salita. Al pasar por delante de la habitación de sus padres no escucharon nada. No se detuvieron. La ventana estaba abierta y se refugiaron en ella. Carla recordó de pronto la escena vista desde la azotea, el hombre de la moto, el beso de Herminia. Deslizó una mirada de soslayo en dirección a ella y la vio distinta.

El amor cambiaba a las personas.

Daba una luz distinta a sus ojos, un semblante más lleno de paz, una manera distinta de ver las cosas y enfrentarse a ellas.

Se alegró mucho por su hermana.

Pensó en decirle que había averiguado quien mató a Gabi, y que Diego era inocente. Sin embargo, de la misma forma que la idea surgió en su mente, recuperando el estímulo que la había estado guiando en la última hora, desapareció.

Allí se libraba otra batalla.

—Tengo miedo —le confió.

Herminia le pasó el brazo por encima de los hombros.

—Déjales a ellos.

Apoyó la cabeza en ella, como cuando era más pequeña y la mayor hacía de madre en sus juegos, aunque la diferencia de edad no fuese demasiada. Tuvo la misma sensación que entonces: la de sentirse a salvo. Quería vivir sola, llegado el momento, pero no porque le pesaran, sino porque también quería sentirse libre.

Aunque siempre formaría parte de algo.

La sangre.

Entonces recordó aquel pequeño detalle, insignificante.

—Me he hecho un tatuaje —dijo.

—¿En serio?

Se apartó un poco. Los ojos de Herminia chispeaban. Se subió la camiseta y le mostró el dragón que envolvía su ombligo. Los ojos de su hermana chispearon todavía más.

—¿Te gusta? —se impacientó ante su silencio.

—Sí, es bonito.

—Pero...

—No, sin peros. Es bonito.

—Tú no te lo habrías hecho.

—Yo soy yo, y tú eres tú. Hay tatuajes que me parecen monstruosos, hay personas que parecen cuadros..., pero éste está bien. Tiene su aquel.

—Tendré que decírselo a mamá.

—O eso o ir todo el santo día tapada.

Carla sonrió.

—Estás distinta —le dijo a su hermana mayor.

—Lo sé.

Volvieron a abrazarse, y en mitad del gesto escucharon el ruido de la puerta de la habitación de matrimonio al abrirse. Eso las hizo reaccionar, regresar al punto de partida. Se quedaron inmóviles, con los corazones disparados de nuevo, viendo cómo sus padres caminaban hacia ellas.

Iban cogidos de la mano.

Con fuerza.

Su madre había llorado, pero sonreía emocionada. Su padre tenía una pátina de cansancio pegada a los ojos, pero también mostraba el relajamiento de la paz. Carla y Herminia se quedaron un momento quietas, sin saber qué hacer.

Hasta que el cabeza de familia dijo:

—Bueno, Carla, ¿no hay un beso de bienvenida para este pobre camionero que ha conducido un montón de horas de vuelta a casa?

Se echó en sus brazos y él tuvo que soltar a su esposa para corresponderla. Casi trastabilló hacia atrás a causa del impacto. Por encima del hombro, Carla buscó la mirada de su madre, y cuando la encontró no hizo falta más.

La mujer asintió con la cabeza, casi de forma imperceptible.

Carla se relajó.

Todo estaba bien, finalmente. Todo.

Por fin, le tocaba el turno a ella.

—Papá, mamá —dijo separándose de su padre—, he de deciros algo.

Veintinueve

Los recuerdos del día que estuvo en la cárcel formaban una nebulosa vivida en su mente. La sensación de respirar dolor, el sonido de aquellas puertas metálicas abriéndose y cerrándose, las miradas oblicuas de unos y directas de otros. Una mariposa en una jaula de hierro.

Parecía haber pasado tanto tiempo.

Y más después de los últimos tres días.

Como si les costara abrir la puerta de la celda de Diego a pesar de que ya fuera inocente.

Carla miró en dirección a los padres de Diego. El señor Venancio a la derecha, ella a la izquierda. Separados. El nuevo compañero de la mujer esperaba a cierta distancia, dentro de su coche, un viejo, viejísimo Seat del año de la pera. Parecía un hombre mayor, ajado. Tal vez fuese el último.

Comprobó la hora y se agitó.

¿Por qué tardaban tanto?

¿Cuánto costaba que se acatara una orden judicial?

Dio unos pasos hacia la derecha, otros hacía la izquierda, nerviosa. No quería estar cerca de ellos, prefería apartarse, pero eso la hacía sentirse aún más incómoda. Tres personas esperando a la puerta de una cárcel, aguardando al mismo ex presidiario, y ninguna estaba con otra.

Así era la vida de Diego.

Tantos frentes, tantos horizontes...

Entonces sí, la puerta de la libertad se abrió.

Y ella recuperó la paz. Lo que más necesitaba.

Primero apareció el señor Fuentes, el abogado. A continuación, Diego. Lo primero que hizo fue buscarlos. Su mirada se detuvo en su padre, en su madre y en ella.

La más lejana.

El joven sonrió.

Carla lo vio abrazar a su padre. El hombre casi se desintegró en sus brazos, empequeñecido. Intercambiaron unas palabras. Luego fue hacia su madre. El trato resultó más frío. Un beso en la mejilla, una caricia de mujer. Diego asintió un par de veces. Volvió a mirarla y siguió hablando con su madre, o escuchándola. Finalmente ella se retiró, con la cabeza baja.

Y su hijo se quedó solo.

Mientras el viejo Seat se ponía en marcha y el señor Venancio quedaba a un

lado, esperándolo, Diego caminó por fin hacia donde se encontraba su novia.

Carla lo esperó.

Por última vez.

—Cariño...

El abrazo fue demoledor, capaz de liberar toda la tensión almacenada en aquellos días. Y lo fue el calor, la pasión, la forma en que besó su cabeza mientras repetía:

—Cariño, cariño, cariño... Gracias...

Carla no se movió.

Ni una mano.

Y cuando él buscó sus labios, apartó el rostro.

Diego frunció el ceño.

—¿Qué... te pasa?

—Ya eres libre —dijo ella.

—Gracias a ti.

—Sí.

—Dios, fuiste... —intentó besarla otra vez, y de nuevo la chica apartó la cara de sus labios.

—Carla... —balbuceó él.

—He venido a despedirme, Diego.

—No... entiendo.

—Te dejo.

Creó que le costaría más decirlo. Mucho más. Y sin embargo, las palabras

fluían con una sencillez pasmosa.

Tal vez aquellos tres días de espera sí habían valido la pena.

—¿Qué? —consiguió articular Diego, venciendo su incredulidad.

—No hubiera podido hacerlo estando tú en la cárcel, porque no quería fallarte aunque me hubieras fallado a mí. Ahora es distinto. Ya no me necesitas.

—¿Cómo que no te necesito? Sin ti...

—Diego —Carla dio un paso atrás, apartándose de su abrazo—. Tu vida no es mi vida. Te quiero, pero no deseo que me arrastres cuando caigas.

—¡Yo no caeré!

—La vez de las drogas, la del coche robado, ahora esto... Siempre habrá un Gustín dándote pastillas, y una noche en la que perderás la cabeza porque yo no estaré, porque no puedo estar siempre pegada a ti, como una sombra, vigilándote, preocupada. Es así, Diego. Me duele, pero es así. Ahora sé, más que nunca, que soy diferente, y si lo soy es por algo y he de aprovecharlo. Quiero estudiar, aprender, y que alguien me apoye, que no se ría de mí por leer libros, que me entienda como mujer y como persona y me acepté más allá de si soy guapa o no.

—Espera, espera —quiso volver a cogerla, y ella levantó las dos manos con fuerza, casi con rabia. El ímpetu lo desarboló y también alzó las suyas, en señal de paz, o tregua—. ¿Me estás castigando por lo de esa noche? ¿Es eso? ¿Porque me acosté con ella? ¿Sólo porque cometí un error?

—No te castigo, Diego. Bastante lo has hecho ya tú mismo. Lo único que hago es liberarme.

—¡No puedes! —gritó él.

—¿Por qué?

—¡Te quiero!

—Quieres muchas cosas, y yo sólo soy una de ellas. Pero te diré algo: el amor es mucho más que querer. ¿Te das cuenta de que esa es una palabra posesiva?

Querer. La gente dice «te quiero» en lugar de «te amo».

—¡Entonces te amo, y te necesito!

—Eso último es cierto, pero, ¿ves? Yo ya no te necesito a ti.

El lamento de la despedida.

—Carla, estás enfadada y... No... no lo entiendo... —la desesperación fue apoderándose de su voz y de sus gestos. Su padre, lejos, parecía una figura perdida en el decorado—. Estoy libre por ti, ¡tú has luchado para sacarme de aquí y darme una esperanza! ¡No puedes quitármela ahora! ¡No puedes hacerme esto! ¡Me quieres! ¡Me amas!

—Ya no, Diego. Ya no —su voz fue un canto a la tristeza—. De hecho, ¿sabes cuándo decidí dejarte si salías de aquí? El mismo día que vine a verte. Fue en ese momento, aunque no me di cuenta entonces. Tal vez por eso he luchado tanto para sacarte, porque era la única forma de poder decirte esto y sentirme también libre yo misma.

—Carla...

—Teníamos algo bueno y lo echaste a perder, Y no se trata de perdonar. Es mucho más que eso. Te perdoné hace días. Tú no mataste a esa chica, cierto, pero esa noche sí mataste algo al actuar como actuaste, al llevarla a tu cama en nuestro aniversario, al acostarte con ella, al hacerlo sin tomar precauciones, al faltarme al respeto y despreciarme sólo porque tenía que estudiar. Fuiste incapaz de entenderlo, y te rebotaste. Esa noche mataste nuestro amor, Diego.

—Si me dejas... no sabré qué hacer.

—Lo siento.

—Tomaré drogas, me meteré en problemas...

—No me uses de excusa, por favor. Dices que me necesitas, pero sólo te necesitas a ti mismo y ya te tienes. Cuando descubras que no es suficiente, comprenderás por qué hago esto —Carla dio un segundo paso atrás—. A pesar de todo, te deseo suerte. La mejor de las suertes. Y ojalá esté equivocada.

Con el tercer paso se dio la vuelta.

Se sintió orgullosa.

Ni una lágrima.

Todas por dentro, pero ninguna por fuera.

—¡Carla!

Posiblemente nunca se había sentido más sola.

Pero tampoco más dispuesta a seguir.

Esta novela está dedicada a la persona que me la inspiró, uno de los seres más bellos, en todos los sentidos, que he conocido a lo largo de mi vida. Ningún personaje salvo ella es real, y cualquier parecido con hechos o acontecimientos que hayan sucedido es por completo accidental.

Punta Cana (Santo Domingo) y Vallirana, junio y julio de 2005.